

FRANCIS WHEEN

LA HISTORIA DE

El Capital

DE KARL MARX

Libros que cambiaron el mundo

DEBATE

FRANCIS WHEEN

LA HISTORIA DE

El Capital

DE KARL MARX

Libros que cambiaron el mundo

DEBATE

La historia de
El capital de Karl Marx

FRANCIS WHEEN

Traducción de
Carles Mercadal

DEBATE

www.megustaleerebooks.com

Nota del traductor

La edición en castellano de este breve ensayo sobre *El capital* incluye, naturalmente, numerosas citas de la obra maestra de Karl Marx. Para no desorientar al lector que decida profundizar en ella, he optado por transcribir dichos pasajes a partir de las traducciones españolas de *El capital* previamente existentes. En el caso de los volúmenes I y II y del llamado «volumen IV» (*Teorías sobre la plusvalía*), me he servido de la edición traducida por Manuel Sacristán y editada por Crítica/Grijalbo: Karl Marx, *El capital*, libro primero, vol. 1, Grijalbo, Barcelona, 1976 (OME [Obras de Marx y Engels] 40); *El capital*, libro primero, vol. 2, Grijalbo, Barcelona, 1976 (OME 41); Karl Marx, *El capital*, libro segundo, Crítica, Barcelona, 1980 (OME 42), y Karl Marx, *Teorías sobre la plusvalía. Primera parte: capítulos primero hasta séptimo y anexos*, Crítica, Barcelona, 1977 (OME 45). En el caso del volumen III, he recurrido a la edición editada por Siglo XXI Editores: Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política*; libro tercero: *El proceso global de producción capitalista*, traducción de Pedro Scaron, Siglo XXI, Madrid, 1975.

Aparte de las ediciones citadas, que el lector tal vez tenga dificultades para encontrar a causa de su relativa antigüedad, también cabe destacar otra más reciente y editada en formato de bolsillo: Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política*, 8 vols., traducción de Vicente Romano García, Akal, Tres Cantos, Madrid, 2000.

Por último, si el lector está más interesado en una aproximación al conjunto de los escritos de Marx, una buena opción es *Marx: Antología*, en Jacobo Muñoz, ed., Editorial Península, Barcelona, 2002.

Introducción

La obra maestra desconocida

En febrero de 1867, poco antes de enviar el primer volumen de *El capital* a la imprenta, Karl Marx le insistió a Friedrich Engels para que leyera *La obra maestra desconocida*, de Honoré de Balzac. Según le dijo, la historia era en sí una pequeña obra maestra, «repleta de la más deliciosa ironía».

Desconocemos si Engels siguió el consejo de Marx. Si lo hizo, a buen seguro se percató de la ironía, pero también debió de sorprenderle que su viejo amigo hubiera disfrutado con la obra. *La obra maestra desconocida* narra la historia de Frenhofer, un gran pintor que dedica diez años de su vida a trabajar sin descanso en un retrato que revolucionará el arte al proporcionar «la más completa representación de la realidad».

Cuando Frenhofer permite finalmente que otros dos artistas, Poussin y Porbus, inspeccionen el lienzo una vez concluido, estos quedan horrorizados al ver un revoltijo de formas y colores, amontonados unos encima de los otros sin orden ni concierto. «¡Ah! —grita Frenhofer, malinterpretando la expresión de asombro de sus colegas—, ¡no esperabais encontraros con tanta perfección!» Pero luego acierta a oír que Poussin le dice a Porbus que Frenhofer descubrirá la realidad en un momento u otro; que ha pintado y vuelto a pintar tantas veces el cuadro que nada reconocible queda ya de él.

—Nada sobre mi tela —exclamó Frenhofer, mirando alternativamente a los dos pintores y su cuadro.

—¿Qué habéis hecho! —respondió Porbus a Poussin.

El anciano agarró con fuerza al joven del brazo y le dijo:

—¿No ves nada, payaso!, ¡granuja!, ¡bellaco!, ¡canalla! ¿Por qué has venido aquí? Amigo Porbus —continuó, volviéndose hacia el pintor—, ¿acaso también vos me estáis engañando? Responded. Soy vuestro amigo, decidme: ¿acaso he echado a perder mi cuadro?

Porbus, indeciso, no osó decir nada; pero la angustia pintada en el rostro del anciano era tan cruel que señaló la tela y dijo:

—¡Mirad!

Frenhofer contempló el cuadro durante unos instantes y se tambaleó.

—¡Nada! ¡Nada! ¡Y pensar que he trabajado diez años!

Se sentó en una silla y lloró desconsoladamente.

Tras expulsar a los dos hombres de su estudio, Frenhofer quema todas sus obras y se suicida.

Según el yerno de Marx, Paul Lafargue, el relato de Balzac «le causó una profunda impresión porque era en parte una descripción de lo que él mismo sentía». Durante infinidad de años, Karl Marx había trabajado arduamente en su obra maestra sin enseñársela a nadie, y en el transcurso de esa larga gestación, a quienes le pedían que les dejara ver la obra en curso solía responderles del mismo modo que Frenhofer: «¡No, no! Todavía tengo que darle unos retoques finales. Ayer por la tarde pensé que ya lo había concluido ... Pero esta mañana, al verlo a la luz del día, me he dado cuenta de que estaba equivocado». En una fecha tan temprana como 1846, cuando el libro andaba ya con retraso, Marx le escribió a su editor alemán: «No puedo permitir que se publique sin haberlo revisado de nuevo, por lo que se refiere tanto al contenido como al estilo. No hace falta decir que un escritor que trabaja constantemente no puede, al cabo de seis meses, publicar palabra por palabra lo que escribió seis meses atrás». Doce años después, cuando el momento de concluir la obra parecía aún lejano, explicó que «la

cuestión es proceder muy lentamente, porque, tan pronto como ha decidido uno finalmente la disposición de los temas a los que les ha dedicado años de estudio, estos empiezan a revelar nuevos aspectos y a requerir ser pensados con mayor profundidad». Marx, un perfeccionista obsesivo, estaba siempre buscando nuevos colores para su paleta: estudiaba matemáticas, leía acerca del movimiento de los cuerpos celestes o aprendía ruso para poder leer libros sobre el sistema agrario del país. O, por citar de nuevo a Frenhofer: «¡Ay de mí! Por un instante pensé que había concluido mi obra; pero está claro que he errado en algunos detalles, y no me voy a quedar tranquilo hasta haber disipado mis dudas. He decidido viajar y visitar Turquía, Grecia y Asia en busca de modelos, para comparar mi cuadro con naturalezas diversas».

¿Por qué se acordó Marx del relato de Balzac justo cuando se estaba preparando para presentar en público su obra más importante? ¿Temía que también él hubiera trabajado todos esos años en vano? ¿Que su «completa representación de la realidad» resultara ininteligible? A buen seguro Marx se sentía inquieto —su carácter era una curiosa mezcla de absoluta confianza en sí mismo y dudas angustiosas—, y trató de adelantarse a la crítica escribiendo las siguientes palabras en el prólogo: «Presupongo, naturalmente, lectores que quieran aprender algo nuevo y, por lo tanto, pensar también ellos mismos». Pero lo que más debería sorprendernos de su identificación con el creador de la obra maestra desconocida es que Frenhofer es un artista, no un especialista en economía política, un filósofo, un historiador o un polemista. La «más deliciosa ironía» presente en *La obra maestra desconocida*, como se encargó de señalar el escritor estadounidense Marshall Berman, es que en ella Balzac describió a la perfección una pintura abstracta propia del siglo XX, y el hecho de que el escritor francés no pudiera saberlo no hace más que aumentar la resonancia.

«La cuestión es que, allí donde una era solo ve caos e incoherencia, una era posterior o más moderna puede descubrir en ello sentido y belleza —afirmó Berman—. Así pues, el carácter abierto de la última obra de Marx puede enlazar con nuestra época de un modo en que las obras más “acabadas” del siglo XIX no pueden: *El capital* va más allá de las obras bien delimitadas del siglo en que vivió Marx para adentrarse en la modernidad discontinua del nuestro.» Al igual que Frenhofer, Karl Marx era un modernista *avant la lettre*. Las famosas palabras que escribió en el *Manifiesto comunista* acerca de la confusión («Todo lo sólido se disuelve en el aire») prefiguraban al hombre vacío y la ciudad irreal descritos por T. S. Eliot, o la frase de Yeats según la cual «las cosas se desploman, el centro no puede sostenerse». Al tiempo que escribía *El capital*, Marx estaba abandonando la prosa convencional para adentrarse en el *collage* literario radical (mediante la yuxtaposición de voces y citas procedentes de la mitología y la literatura, de los informes de los inspectores fabriles y de los cuentos de hadas, a la manera de los *Cantos* de Ezra Pound o *La tierra baldía* de Eliot). *El capital* es tan disonante como la música de Schoenberg, tan espeluznante como los relatos de Kafka.

Karl Marx se veía como un artista creativo, un poeta de la dialéctica. «En lo tocante a mi obra, seré sincero contigo —le escribió a Engels en julio de 1865—. Cualesquiera que sean los defectos que puedan tener, mis escritos tienen la ventaja de que conforman un todo artístico.» A la hora de comprender mejor los motivos e intereses materiales de la gente, Marx se fijaba en los poetas y los novelistas, no en los filósofos o los ensayistas políticos. En una carta escrita en diciembre de 1868 transcribió un pasaje de otra obra de Balzac, *El cura de aldea*, y le pidió a Engels que corroborara la exactitud de la descripción valiéndose de sus conocimientos en materia de economía práctica. (El conservador y monárquico Balzac puede parecernos

un referente inverosímil, pero Marx siempre mantuvo que los grandes escritores tienen visiones acerca de la realidad social que trascienden sus prejuicios personales.) En caso de haber querido escribir un tratado de economía al uso, lo habría hecho, pero Marx era mucho más ambicioso que eso. Berman describe al autor de *El capital* como «uno de los gigantes atormentados del siglo XIX —junto con Beethoven, Goya, Tolstói, Dostoyevski, Ibsen, Nietzsche y Van Gogh— que nos vuelve locos, como se volvieron locos ellos mismos, pero cuya angustia generó buena parte del capital espiritual en el que todavía nos basamos».

Sin embargo, ¿a cuántas personas se les ocurriría incluir a Karl Marx en una lista de grandes escritores y artistas? Incluso en nuestra época posmoderna, muchos lectores potenciales malinterpretan la narrativa fragmentaria y la discontinuidad radical de *El capital* como una consecuencia de su carácter informe e incomprensible. El principal propósito de mi libro es convencer al menos a algunos de estos lectores de que le echen de nuevo un vistazo; cualquiera que esté dispuesto a esforzarse por entender a Beethoven, Goya o Tolstói debería ser capaz de «aprender algo nuevo» con la lectura de *El capital* —en primer lugar, porque su objeto de estudio rige aún nuestras vidas—. Tal como se pregunta Marshall Berman, ¿cómo puede acabar *El capital* si el propio capital perdura?

No resulta extraño que Marx nunca finalizara su obra maestra. El primer volumen fue el único en aparecer en vida del autor, y los volúmenes posteriores los compilaron otros tras su fallecimiento, basándose en notas y borradores encontrados en su estudio. La obra de Marx tiene un final tan abierto —y, por tanto, tan flexible— como el propio sistema capitalista. A decir verdad, Marx fue uno de los gigantes atormentados. Antes de aproximarnos a su obra maestra, debemos buscar las fuentes del tormento, y de la inspiración, de Karl Marx.

1

Gestación

Aunque *El capital* suele considerarse una obra económica, Karl Marx se sumergió en el estudio de la economía política solo después de muchos años de trabajo preliminar en los campos de la filosofía y la literatura. Estos son los fundamentos intelectuales que sostienen el proyecto, y es su experiencia personal de la alienación lo que proporciona tanta intensidad al análisis de un sistema económico que atomiza a la gente y la enajena del mundo que habita, un mundo en el que los seres humanos están esclavizados por el poder monstruoso del capital y las mercancías.

Marx fue un marginado desde el momento mismo en que nació, el 5 de mayo de 1818: era un chico judío en una ciudad predominantemente católica, Tréveris, ubicada en un Estado prusiano cuya religión oficial era el protestantismo evangélico. Aunque Francia se había anexionado Renania durante las guerras napoleónicas, tres años antes del nacimiento de Marx fue reincorporada al Imperio prusiano, y los judíos de Tréveris quedaron sujetos a un edicto en virtud del cual se les prohibía ejercer profesiones liberales; el padre de Karl, Heinrich Marx, tuvo que convertirse al luteranismo para poder trabajar como abogado. No resulta extraño que Karl Marx empezara ya en su juventud a reflexionar sobre la alienación. «No siempre podemos alcanzar la posición a la que nos creemos destinados —

escribió en un ensayo escolar a los diecisiete años—. Nuestras relaciones en la sociedad han empezado hasta cierto punto a ser establecidas antes de que alcancemos una posición desde la que poder determinarlas.»

Su padre le inculcó el hábito de la lectura voraz. Durante los años de la anexión, Heinrich Marx sintió una creciente inclinación por los gustos franceses en materia de política, religión, vida y arte; uno de sus nietos lo describió como «un auténtico “afrancesado” del siglo XVIII que se sabía de memoria las obras de Voltaire y Rousseau». El otro mentor intelectual del pequeño Karl fue un amigo de Heinrich, el barón Ludwig von Westphalen, un funcionario gubernamental culto y liberal que introdujo a Karl en la poesía y la música (y que le presentó a su hija Jenny von Westphalen, la futura esposa de Karl Marx). En sus largas caminatas juntos, el barón recitaba pasajes de Homero y Shakespeare que su joven acompañante memorizaba, y que posteriormente utilizaría como el condimento básico de sus escritos. Muchos años después, Marx recrearía esos felices paseos con Westphalen declamando escenas de Shakespeare, Dante y Goethe mientras conducía a su familia a Hampstead Heath para celebrar un pícnic dominical. Como escribió el profesor S. S. Prawer, en el hogar de Karl Marx todos estaban obligados a vivir «bajo un perpetuo aluvión de alusiones a la literatura inglesa». Había una cita para cada ocasión: para derrotar a un enemigo político, animar un texto árido, hacer que un chiste fuera más gracioso, dar veracidad a un sentimiento o insuflar vida a un pensamiento abstracto, como cuando el capital habla en boca de Shylock (en el volumen I de *El capital*) para justificar la explotación laboral a que están sometidos los niños en las fábricas.

Los obreros y los inspectores fabriles protestaron por motivos de higiene y de moral. Pero el Capital contestó:

¡Que mis actos caigan sobre mi cabeza!

¡Mi derecho es lo que exijo!

¡La pena y garantía de mi contrato!

Para demostrar que el dinero es un igualador radical, Marx cita un discurso del *Timón de Atenas* en el que el dinero es descrito como «la prostituta de toda la humanidad», seguido de otro extraído de la obra *Antígona*, de Sófocles («¡Dinero! No ha surgido entre los hombres institución tan perniciosa como el dinero. / El dinero destruye ciudades, expulsa a los hombres de sus casas, / el dinero trastoca las mentes honradas de los mortales y las induce a entregarse a acciones vergonzosas...»). Asimismo, a los economistas provistos de modelos y categorías anacrónicas los compara con don Quijote, que «pagó el error de creer que la caballería andante es uniformemente compatible con todas las formas económicas de la sociedad».

Las ambiciones iniciales de Marx fueron literarias. Mientras estudiaba derecho en la Universidad de Berlín, escribió un poemario, un drama en verso e incluso una novela, *Escorpión y Félix*, que escribió de prisa y corriendo, seguramente en un estado de intoxicación ética, mientras se encontraba bajo el hechizo de *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne. Tras estos experimentos, Marx admitió la derrota: «De repente, como si hubiera sido tocado por una varita mágica —al principio lo sentí más bien como un golpe demoledor—, vislumbré el distante reino de la verdadera poesía como un lejano palacio habitado por hadas, y todas mis creaciones se desmoronaron irremisiblemente ... Había caído un telón, mi santa santorum resultó destrozado y había que instaurar nuevos dioses». Marx sufrió una suerte de crisis nerviosa, y su doctor le recomendó que pasara una larga temporada de descanso en el campo, tras lo cual sucumbió finalmente a los cantos de sirena de G. W. F. Hegel, el poco antes cesado profesor de

filosofía de la Universidad de Berlín, cuyo legado era objeto de una fuerte disputa entre los estudiantes y profesores. En su juventud Hegel había sido un partidario idealista de la Revolución francesa, pero al llegar a la madurez se había convertido en un personaje acomodado y complaciente, convencido de que un hombre realmente maduro debía reconocer «la necesidad y racionalidad objetivas del mundo tal como es». Según Hegel, «todo lo que es real es racional», y puesto que el estado prusiano era sin lugar a dudas real, en el sentido de que existía, los partidarios conservadores de Hegel sostenían que era racional e intachable. En cambio, los que compartían las primeras obras de Hegel, más subversivas —los Jóvenes Hegelianos—, preferían citar la segunda parte del aforismo: «Todo lo que es racional es real». Una monarquía absoluta, basada en la censura y la policía secreta, era manifiestamente irracional y, por tanto, irreal, un espejismo que se desvanecería en cuanto alguien se atreviera a tocarlo.

En la universidad, Marx adoptó «el hábito de realizar extractos de todos los libros que leía», un hábito que nunca abandonó. Una lista de lecturas de este período muestra la precoz amplitud de miras de sus exploraciones intelectuales. Escribió un artículo ensayístico sobre filosofía del derecho, estudió de manera meticulosa la *Historia del arte* de Winckelmann, empezó a aprender inglés e italiano, tradujo la *Germania* de Tácito y la *Retórica* de Aristóteles, leyó a Francis Bacon y «pasé infinidad de horas leyendo a Reimarus, a cuyo libro sobre los instintos artísticos de los animales dediqué con sumo placer mis esfuerzos intelectuales». Se trata del mismo método de investigación ecléctico, omnívoro y a menudo tangencial que proporcionó a *El capital* su extraordinaria variedad de referencias. La descripción que de Demócrito efectúa Marx en su tesis doctoral, sobre «La diferencia entre la filosofía de Demócrito y la de Epicuro», tiene mucho de autorretrato:

«Cicerón lo llama un *vir eruditus*. Sabe de física, ética, matemáticas, de las disciplinas enciclopédicas, de todas las artes».

Durante algún tiempo, Marx pareció dudar sobre la mejor manera de sacar provecho a toda esta erudición. Tras doctorarse se planteó la posibilidad de convertirse en profesor de filosofía, pero no tardó en llegar a la conclusión de que tener que convivir a diario con los profesores le resultaría intolerable: «¡A quién le gustaría tener que estar hablando constantemente con canallas intelectuales, con gente que estudia con la única finalidad de encontrar nuevos callejones sin salida en todos los rincones del mundo!». Además, después de dejar la universidad, Marx había abandonado sus planteamientos idealistas por los del materialismo, había pasado de lo abstracto a lo real. «Puesto que toda verdadera filosofía es la quintaesencia intelectual de su tiempo —escribió en 1842—, ha de llegar el día en que la filosofía, no solo internamente, en función de su contenido, sino también externamente, por medio de su forma, entre en contacto e interactúe con el mundo real de su época.» Esa primavera Marx empezó a escribir para un nuevo periódico liberal de Colonia, el *Rheinische Zeitung*; en el plazo de seis meses ya había sido nombrado director del mismo.

El periodismo de Marx se caracterizaba por una beligerancia temeraria que explica por qué se pasó buena parte de su vida adulta en el exilio y el ostracismo político. El primer artículo que escribió para el *Rheinische Zeitung* era un ataque lacerante contra la intolerancia del absolutismo prusiano y la escasa determinación de sus oponentes liberales. No satisfecho con ganarse enemigos tanto entre los miembros del gobierno como entre los de la oposición, Marx arremetió también contra sus propios camaradas, los Jóvenes Hegelianos, a los que acusó de «pendencieros y canallas». Solo dos meses después de que Marx tomara posesión del cargo

de director, el gobernador provincial pidió a los ministros de Berlín encargados de la censura que lo enjuiciaran por «verter críticas imprudentes e irrespetuosas». Nada menos que el zar Nicolás de Rusia, profundamente molesto por una diatriba antirrusa, también le imploró al rey de Prusia que cerrara el *Rheinische Zeitung*. Finalmente, el periódico fue clausurado en marzo de 1843; a los veinticuatro años de edad, Marx ya era capaz de aterrorizar y enfurecer con sus escritos a las cabezas coronadas de Europa. Tras cobrar conciencia de que no tenía futuro alguno en Prusia, aceptó una invitación para trasladarse a París como codirector de un nuevo periódico publicado en el exilio, el *Deutsche-Französische Jahrbücher*. Marx puso una única condición: «Contrahe el compromiso de casarme y no puedo dejar, no debo dejar y no dejaré Alemania sin mi prometida».

Karl Marx se casó con Jenny von Westphalen en junio de 1843. Durante el resto de aquel verano, mientras aguardaban a que los llamaran de París, los recién casados disfrutaron de una larga luna de miel en el lujoso balneario de Kreuznach. Cuando la pareja no se dedicaba a pasear por la orilla del río, Marx se recluía en una habitación para leer y escribir con una intensidad frenética. Siempre le gustó desarrollar sus ideas sobre el papel, y una página que sobrevivió del cuaderno de apuntes utilizado por él en Kreuznach nos muestra ese proceso de elaboración:

Nota. Bajo Luis XVIII, la Constitución por la gracia del rey (Carta magna otorgada por el rey); bajo Luis Felipe, el rey por la gracia de la Constitución (monarquía impuesta). En general, podemos señalar que la conversión del sujeto en predicado, y del predicado en sujeto, la sustitución de lo que determina por lo que es determinado, constituye siempre la revolución más inmediata ... El rey hace la ley (vieja monarquía), la ley hace al rey (nueva monarquía).

Esta sencilla inversión gramatical revelaba también las deficiencias de la filosofía alemana. Hegel había sostenido que «la Idea del Estado» era el sujeto, con la sociedad como su objeto, mientras que la historia mostraba

todo lo contrario. Bastaba con invertir la proposición de Hegel y problema resuelto: la religión no hace al hombre, sino que es el hombre quien hace la religión; la Constitución no crea al pueblo, sino que es el pueblo quien crea la Constitución. Aunque tomó la idea de Ludwig Feuerbach, que en un libro publicado poco antes sostenía que «el pensamiento nace del ser, no el ser del pensamiento», Marx extendió la lógica de dicho razonamiento de la filosofía abstracta al mundo material. Según escribió en las *Tesis sobre Feuerbach*, publicadas en 1845, «los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversos modos; de lo que se trata ahora es de transformarlo». He aquí, en un estado aún embrionario, la tesis básica de *El capital*. Por gloriosos que sean sus aparentes triunfos económicos, el capitalismo sigue siendo una calamidad para la humanidad, al convertir a las personas en mercancías, intercambiables por otras. Los seres humanos no se liberarán de esta tiranía hasta que puedan afirmarse como los sujetos de la historia en lugar de sus objetos.

El triunvirato que encabezaba el *Deutsche-Französische Jahrbücher* (Karl Marx, el periodista Arnold Ruge y el poeta Georg Herwegh) llegó a París en el otoño de 1843 e, inspirado por las ideas utópicas del socialista francés Charles Fourier, estableció un «falansterio», o comuna, en la Rue Vanneau. Pero el experimento de la convivencia comunal duró poco, al igual que el periódico mismo (apareció un solo número antes de que los directores se enemistasen). Poco después, Marx aceptó una oferta para escribir para el *Vorwärts*, un periódico comunista quincenal publicado por exiliados alemanes, en el que Marx manifestó por primera vez su convicción de que la conciencia de clase constituye el abono de la revolución. «El proletariado alemán es el teórico del proletariado europeo, así como el proletariado británico es su economista y el francés, su político», escribió, prefigurando así la posterior afirmación de Engels según

la cual el marxismo era un híbrido de estas tres líneas. Marx estaba ya bien versado en filosofía alemana y teoría política francesa, y ahora se propuso aprender la teoría económica británica. Realizó una lectura sistemática de las obras de Adam Smith, David Ricardo y James Mill, en cuyos márgenes anotaba comentarios. Estas notas, conocidas comúnmente como los «manuscritos de París», son un esbozo preliminar de lo que a la postre se convertiría en *El capital*.

El primer manuscrito empieza con esta afirmación clara y concisa: «El salario está determinado por la lucha abierta entre capitalista y obrero. Necesariamente triunfa el capitalista. El capitalista puede vivir más tiempo sin el obrero que este sin el capitalista». Si el capital consiste en los frutos acumulados del trabajo del obrero, los capitales y beneficios de un país aumentan solamente cuando «se ha ido arrebatando al obrero una cantidad creciente de su producto, porque su propio trabajo se le enfrenta en medida creciente como propiedad ajena, y los medios de su existencia y de su actividad se concentran cada vez más en manos del capitalista». Aun con las condiciones económicas más propicias, el destino del trabajador es inevitablemente «exceso de trabajo y muerte prematura, degradación a la condición de máquina, de esclavo del capital que se acumula peligrosamente frente a él». Su trabajo se convierte en un ente que «existe fuera de él, es independiente de él y ajeno a él, y que empieza a enfrentarse a él como un poder autónomo; la vida que el trabajador ha transmitido al objeto se le enfrenta de forma hostil y ajena». Esta imagen procede de uno de los libros favoritos de Marx, *Frankenstein*, el relato acerca de un monstruo que se rebela contra su creador. Aunque algunos estudiosos afirman que existe una «ruptura radical» entre el pensamiento del joven Marx y el del Marx maduro, tanto el análisis como su macabra forma de expresarlo son a todas luces obra del mismo hombre que, más de veinte

años después, escribió en *El capital* que los medios utilizados por el capitalismo para aumentar la productividad «mutilan al trabajador haciendo de él un hombre parcial, lo envilecen rebajándolo a adminículo de la máquina, aniquilan, al mismo tiempo que el tormento de su trabajo, el contenido de este mismo, le enajenan las potencias intelectuales del proceso de trabajo ... convierten el tiempo de su vida en tiempo de trabajo, arrojan a su mujer y a su hijo bajo la rueda de Chaganat* del capital».

En agosto de 1844, mientras Jenny Marx estaba en Tréveris para visitar a su madre, Friedrich Engels, entonces de veintitrés años de edad, llamó a la puerta del apartamento de Karl en París. Con anterioridad se habían visto en otra ocasión, fugazmente, en las oficinas del *Rheinische Zeitung*, y con posterioridad Marx se sintió profundamente impresionado por el ensayo «Crítica de la economía política», enviado por Engels al *Deutsche-Französische Jahrbücher*. Es fácil ver el porqué. Aunque Marx creía ya en aquella época que las fuerzas sociales y económicas hacían funcionar el motor de la historia, no tenía conocimientos prácticos sobre el funcionamiento del capitalismo. Engels estaba bien situado para instruirlo, como hijo y heredero de un industrial alemán del sector algodonero que poseía fábricas en Manchester, la cuna de la Revolución industrial y el lugar donde había nacido la Liga contra la Ley de Cereales, una ciudad que bullía de miembros del movimiento cartista, seguidores de Owen y agitadores socialistas de todo tipo. En el otoño de 1842 Engels se había trasladado a vivir a Lancashire, en teoría para aprender sobre el negocio familiar, pero, en realidad, con el propósito de observar las consecuencias del capitalismo de la época victoriana. Durante el día, Engels ejercía con diligencia de gerente en la Lonja del Algodón, pero en sus horas libres se dedicaba a explorar las calles y suburbios donde vivía el proletariado a fin de reunir

material para la que sería su primera obra maestra, *Situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845).

Aunque Marx y Engels pasaron diez días juntos en París, la única referencia con que contamos de su épica conversación se halla en una frase escrita por Engels más de cuarenta años después: «Cuando visité a Marx en París en el verano de 1844, quedó claro nuestro completo acuerdo en todos los campos teóricos; nuestro trabajo en común data de esa época». Se complementaban a la perfección; Marx con su riqueza de conocimientos y Engels con su conocimiento de la riqueza. Marx escribía de forma lenta y trabajosa, con innumerables tachaduras y enmiendas, mientras que los manuscritos de Engels eran esmerados, metódicos y elegantes. Marx vivió en medio del caos y las penurias económicas durante la mayor parte de su vida; en cambio, Engels tenía un empleo a jornada completa al tiempo que escribía numerosos libros, cartas y artículos periodísticos, y todavía encontraba tiempo para disfrutar de los placeres del estilo de vida de la alta burguesía, pues poseía establos con caballos y bodegas repletas de botellas de vino. Aun así, pese a las ventajas evidentes de que disfrutaba, Engels fue consciente desde el principio de que nunca sería el socio principal. Sin quejarse ni mostrarse celoso, aceptó que su tarea consistía en proporcionar el apoyo intelectual y económico que hiciera posible el trabajo de Marx. «Me resulta sencillamente imposible entender —escribió— cómo puede alguien sentir envidia del genio; es algo tan absolutamente especial que los que no lo poseemos sabemos desde el principio que resulta inalcanzable; para sentir envidia de algo así hay que ser terriblemente estrecho de miras.»

Marx y Engels no tenían secretos el uno para el otro, y tampoco tabúes; la correspondencia que mantenían es un cáustico muestrario de conocimientos históricos y chismorreos, economía arcana y chistes propios de escolares. Asimismo, Engels desempeñó el papel de una especie de

madre adoptiva para Marx: le enviaba dinero, se preocupaba por su salud y le rogaba encarecidamente que no desatendiera sus estudios. Ya en la primera de las cartas que sobrevivieron al paso del tiempo, de octubre de 1844, Engels instaba a Marx a convertir cuanto antes sus notas sobre política y economía en un libro: «Procure que los materiales que ha reunido salgan pronto a la luz. ¡Ya va siendo hora, por Dios!». Tres meses después, Engels se mostraba más impaciente aún: «Haga un esfuerzo y acabe su libro de economía política. Aunque haya muchos aspectos en él de los que no se sienta satisfecho, le aseguro que no importa; la gente está preparada para recibirlo, y debemos golpear el hierro mientras esté caliente ... Esfuércese y trate de acabarlo antes de abril. Haga como yo, impóngase una fecha para acabarlo y asegúrese de que llega rápido a la imprenta». Pero la insistencia de Engels fue en vano; pasaron más de veinte años antes de que Marx entregara a la imprenta el primer volumen de *El capital*.

Sin embargo, en este retraso Engels tampoco estaba libre de toda culpa. Poco después de encontrarse con Marx en París, le propuso escribir a dos manos un pequeño panfleto —de cuarenta páginas a lo sumo— en el que criticasen a los Jóvenes Hegelianos más exaltados. Engels concluyó en pocos días las veinte páginas que le correspondían, pero algunos meses más tarde quedó «no poco sorprendido» al tener conocimiento de que la extensión del panfleto había aumentado hasta alcanzar las trescientas páginas. Marx era el tipo de escritor que no soportaba una distracción, y prefería la gratificación inmediata que proporcionaban los panfletos o los artículos al esfuerzo agotador y exento de gloria requerido por su magna obra, que por entonces llevaba el título provisional de *Una crítica de la economía y la política*. Pese a haber prometido entregar el manuscrito al editor alemán Karl Leske hacia finales del verano de 1845, Marx lo dejó a un lado tras haber finalizado solo el índice de materias. «Antes de abordar

mi obra científica —le explicó a Leske—, me parecía de suma importancia escribir un ensayo polémico contra la filosofía y el socialismo alemanes tal como se han desarrollado hasta el día de hoy. Ello es necesario para preparar al público para el punto de vista que he adoptado en mi *Economía*, el cual es diametralmente opuesto al mantenido por los académicos alemanes en el pasado y en la actualidad ... Si fuera preciso, le podría enseñar numerosas cartas que he recibido de Alemania y Francia como prueba de que el público espera este trabajo como agua de mayo.» Pero se trataba de una explicación poco creíble: el libro en cuestión, *La ideología alemana*, no encontró editor hasta 1932. «Abandonamos el manuscrito a la demoledora crítica de los ratones —escribió Marx—, tanto más a gusto cuanto que habíamos alcanzado nuestro principal propósito, aclarar nuestras propias ideas.»

Pese a todo, Marx no pudo —o no quiso— centrar toda su atención en los trabajos sobre economía. En los años posteriores se producirían muchas más interrupciones a causa de las polémicas: *Miseria de la filosofía*, una filípica de cien páginas contra Pierre-Joseph Proudhon; *Los grandes hombres del exilio*, una prolija sátira contra «los imbéciles y tunantes diplomáticos más sobresalientes» de la diáspora socialista; *Historia de la diplomacia secreta en el siglo XVIII*, una invectiva antirrusa; *La historia de la vida de lord Palmerston*, obra con la que se proponía demostrar que el ministro de Exteriores británico era un agente secreto del zar, y *Señor Vogt*, un ataque brutal contra el profesor de ciencias naturales de la Universidad de Berna, que había suscitado las iras de Marx al calificarlo de charlatán y gorrón. «Donde las dan, las toman; las represalias hacen que el mundo siga dando vueltas», se repetía Marx con alborozo mientras desperdiciaba la mayor parte de aquel año en su disputa con Vogt.

Los progresos de Marx se vieron además entorpecidos por sus continuos

encontronazos con las autoridades. En enero de 1845, el enviado prusiano en París protestó ante el rey Luis Felipe por un artículo publicado en *Vorwärts* en el que Marx ridiculizaba al rey Federico Guillermo IV. El ministro de Interior francés clausuró la publicación y ordenó que el autor fuera expulsado de Francia. El único rey de toda Europa que accedió a darle acogida fue Leopoldo I de Bélgica, y ello solo tras recibir una promesa por escrito según la cual Marx no publicaría «ninguna obra sobre la política actual». Dando por hecho que eso no le impedía participar en política, Marx le pidió a Engels que se uniera a él en Bruselas, donde fundaron un Comité de Correspondencia Comunista para mantener «un intercambio epistolar constante» con grupos socialistas de Europa occidental. En 1847, el comité se había convertido en una rama de la recientemente creada Liga Comunista de Londres, que invitó a Marx a escribir una declaración de principios provisional. El resultado fue el *Manifiesto del Partido Comunista*, probablemente el panfleto más leído e influyente de toda la historia.

Al redactar el manifiesto, en las primeras semanas de 1848, Marx pensaba que el capitalismo burgués ya había alcanzado sus objetivos y que no tardaría en quedar sepultado por sus contradicciones. Al concentrar en fábricas a trabajadores hasta entonces aislados, la industria moderna había creado las condiciones en las que el proletariado podría unirse y convertirse en una fuerza imparable. «Por tanto, lo que la burguesía crea, sobre todo, es a sus propios sepultureros.» No obstante, al estar convencido de que entonaba una oración fúnebre, Marx pudo permitirse mostrar cierta generosidad con el enemigo derrotado. Un crítico describió el manifiesto como «una celebración lírica de los logros burgueses», y quienes lo leen por vez primera suelen quedar sorprendidos de los elogios que el autor dedica al enemigo:

La burguesía ha desempeñado un papel extremadamente revolucionario en la historia.

Dondequiera que llegó al poder, la burguesía destruyó todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado despiadadamente todos los abigarrados lazos feudales que ligaban a los hombres a sus superiores naturales, no dejando en pie, entre hombre y hombre, ningún otro vínculo que el interés desnudo, que el insensible «pago al contado». Ahogó el sagrado paroxismo del idealismo religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo pequeñoburgués, en las gélidas aguas del cálculo egoísta. Ha reducido la dignidad personal al valor de cambio ...

La burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente los instrumentos de producción, vale decir las relaciones de producción y, por ende, todas las relaciones sociales.

Marx abordaría estas cuestiones con mucha mayor profundidad y complejidad en *El capital*, pero, por el momento, no había tiempo para elaborarlas más. Tanto la frase con que inicia el manifiesto («Un fantasma recorre Europa: es el fantasma del comunismo») como la igualmente famosa frase con que concluye («Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista ... ¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!») confirman que se trata de una obra de agitación y propaganda, aunque de una inteligencia sin parangón, escrita con prisa en una época en que la insurrección parecía inminente.

Por una feliz coincidencia, la revolución estalló la misma semana de su publicación, en febrero de 1848, primero en París y luego, propagándose a la velocidad de un reguero de pólvora, en buena parte de la Europa continental. Tras la abdicación del rey Luis Felipe y la proclamación de una República francesa, el gobierno belga, presa del pánico, ordenó a Marx que abandonara el país en el plazo de veinticuatro horas y le prohibió regresar. Por fortuna, acababa de recibir una invitación del nuevo gobierno provisional de París: «Querido y leal Marx ... La tiranía le obligó a exiliarse, y ahora Francia les abre sus puertas a usted y a todos los que luchan por la causa sagrada, la causa fraternal de todos los pueblos». Sin embargo, tras permanecer únicamente un mes en París, Marx se marchó a Colonia, con la esperanza de poder extender la revolución por Alemania.

Como de costumbre, el arma que eligió fue la palabra impresa; creó un nuevo periódico, el *Neue Rheinische Zeitung*, que sufrió una persecución constante por parte de las autoridades oficiales durante toda su breve existencia. En julio, Marx fue llevado ante los tribunales por «insultar o calumniar al fiscal jefe»; en septiembre, después de que se impusiera la ley marcial, el gobernador militar de Colonia suspendió la publicación durante un mes; en febrero del año siguiente, cuando no existía ya posibilidad alguna de que estallara una revolución, se acusó a Marx de «incitar a la revuelta», pero logró convencer al jurado de que lo absolviera tras pronunciar un discurso brillante desde el banco de los acusados; finalmente, en mayo de 1849 las autoridades prusianas procesaron a la mitad de los miembros del consejo de redacción y recomendaron la deportación de la otra mitad (entre los que figuraba Marx, que había perdido la ciudadanía).

Marx regresó a París en junio de 1849, solo para encontrarse la ciudad dominada por una reacción monárquica y una epidemia de cólera. Tras recibir una orden oficial que lo desterraba al departamento de Morbihan, en la Bretaña, que estaba azotado por la malaria, Marx se refugió en el único país de Europa que todavía estaba dispuesto a acoger a revolucionarios desarraigados; zarpó con rumbo a Gran Bretaña el 27 de agosto de 1849 y vivió allí hasta el año de su fallecimiento, en 1883. «Debe dirigirse a Londres de inmediato —le escribió a Engels, que se encontraba de viaje por Suiza—. En Londres nos pondremos manos a la obra.»

Unos meses después de su llegada a Londres, Karl Marx vio expuesto en el escaparate de una tienda de Regent Street una maqueta de locomotora eléctrica en movimiento. Según un testigo, «se emocionó y excitó mucho», no por la conmoción de la novedad, sino por las implicaciones económicas. «El problema está resuelto y las consecuencias son imprevisibles —les explicó a sus boquiabiertos oyentes—. A la revolución económica debe

seguirle necesariamente la política, pues esta última es solo expresión de la primera.» Es harto improbable que nadie más entre los transeúntes de Regent Street se detuviera a considerar las consecuencias económicas y políticas de ese caballo de Troya de acero; pero, para Marx, solo eso era lo que importaba.

Tras obtener un pase de acceso a la sala de lectura del Museo Británico en junio de 1850, Marx dedicó la mayor parte del siguiente año a leer libros de economía y números atrasados de la revista *The Economist*. En abril de 1851 afirmó haber «avanzado tanto que habré reunido toda la información económica que necesito en cuestión de cinco semanas. Después tendré que completar la economía política en mi casa y dedicarme a otra rama del aprendizaje en el Museo». Marx se sentaba en la sala de lectura desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde la mayor parte de los días, pero la tarea que se había propuesto parecía no tener fin. «Los materiales en los que estoy trabajando son tan terriblemente complicados que, al margen de lo mucho que me esfuerce, no creo que termine antes de otras seis u ocho semanas —escribió en junio—. Además, hay constantes interrupciones de naturaleza práctica, inevitables dadas las circunstancias lamentables en las que estamos vegetando aquí...»

Desde su llegada a Londres, Karl y Jenny Marx vivían una crisis doméstica tras otra. La pareja ya tenía tres hijos pequeños, y en noviembre de 1849 nació un cuarto. Tras ser desahuciados de un piso del barrio de Chelsea en mayo de 1850 por impago del alquiler, durante un tiempo encontraron refugio en la casa de un comerciante de encajes judío ubicada en Dean Street, en el Soho, donde pasaron un verano horroroso al borde de la indigencia, y después se trasladaron a un alojamiento más permanente en un bloque de pisos situado en la misma calle. Jenny se quedó embarazada de nuevo y siempre estaba enferma. Engels acudió en auxilio de la pareja

sacrificando sus ambiciones periodísticas en Londres y regresando a las oficinas de Ermen & Engels en Manchester, donde trabajó durante los veinte años siguientes. Aunque con esto Engels se proponía ante todo ayudar a su brillante e insolvente amigo, también desempeñó la función de agente tras las líneas enemigas, pues se dedicó a enviarle a Marx detalles confidenciales sobre el comercio de algodón y observaciones técnicas sobre el estado de los mercados internacionales, así como envíos regulares de dinero, extraído en secreto de la cuenta de gastos menores o sacado con astucia de las cuentas bancarias de la empresa.

Pero, pese a estas ayudas económicas, los Marx continuaron viviendo en la miseria y al borde de la desesperación. Todos los muebles y utensilios del apartamento de dos habitaciones en el que vivían estaban rotos, cochambrosos o hechos pedazos, y una gruesa capa de polvo lo cubría todo. Toda la familia —los padres, los hijos y la sirvienta— dormía en una minúscula y oscura habitación, mientras que la otra servía de estudio, cocina y sala de juegos para los niños. Un espía de la policía prusiana que consiguió entrar en el piso informó a sus superiores de Berlín de que Marx «vive como un auténtico intelectual bohemio ... Con frecuencia se dedica a holgazanear durante días y días, pero luego trabaja a destajo, sin descanso, cuando el trabajo se le acumula. No tiene horarios fijos para irse a dormir o levantarse. Es habitual que vele toda la noche y luego, al mediodía, se acueste en el sofá completamente vestido y duerma hasta última hora de la tarde, ajeno por completo al devenir del mundo entero». Esta existencia caótica se veía sacudida por frecuentes tragedias familiares. El menor de los Marx, Guido, murió repentinamente en medio de fuertes convulsiones en noviembre de 1850; Franziska, de un año de edad, falleció en la Semana Santa de 1852 tras un fuerte ataque de bronquitis, y otro de los niños, su amado Edgar, murió de tisis en marzo de 1855. Durante el entierro, fuera de

sí a causa del dolor, Marx avanzó hacia el ataúd mientras este descendía hacia las profundidades de la tierra e hizo creer a la mayoría de los presentes que pretendía dejarse caer sobre él. Por si acaso, alguien estiró el brazo y lo sujetó por el hombro.

«Si existiera alguna manera —escribió Engels en su carta de condolencia con motivo de la muerte de Franziska— de que usted y toda su familia se pudieran mudar a un barrio más salubre y a una vivienda más espaciosa...» Fueran o no las penurias económicas la causa de la muerte de Franziska, lo cierto es que dominaban la vida de sus padres. Acreedores enfurecidos de todo tipo —carniceros, panaderos y administradores— se agolpaban constantemente ante la puerta de los Marx para pedirles que pagaran el dinero que adeudaban. «Hace una semana llegué al desagradable extremo de no poder salir de casa porque he empeñado todos los abrigo —escribió Marx en febrero de 1852—, y ya no puedo comer carne por falta de crédito.» Más tarde, ese mismo año, le confesó a Engels que «durante los últimos ocho o diez días he estado alimentando a mi familia con pan y patatas, pero es dudoso que hoy vaya a conseguir algo que darles de comer ... ¿Cómo puedo salir de esta situación infernal?». Por aquel entonces, Marx ganaba un sueldo regular como corresponsal en Europa del *New York Daily Tribune*, al que mandaba un par de artículos a la semana a cambio de dos libras esterlinas por cada uno, pero ni siquiera sumando a eso el dinero enviado por Engels bastaba; por supuesto, esa situación era una razón de más para que Marx no se concentrara en su obra maestra.

«Pese a todo, la cosa está llegando rápidamente a su conclusión —escribió en junio de 1851—. Al final siempre llega el momento en que uno debe por fuerza romper con todo.» Esta frase revela una cómica falta de conocimiento de sí mismo. Marx podía romper fácilmente con amigos y asociaciones políticas, pero no le resultaba tan fácil hacerlo con su trabajo,

en especial no con ese en concreto, un vasto compendio de datos estadísticos, historia y filosofía que pondría finalmente al descubierto los vergonzosos secretos del capitalismo. Cuanto más investigaba y escribía, más lejano parecía el momento de su finalización. «Lo más importante —le advirtió Engels en noviembre de 1851— es que debería presentarse de nuevo ante el público con un gran libro ... Resulta absolutamente esencial romper el misterio creado por su larga ausencia del mercado editorial alemán.» Pero el proyecto tuvo que aguardar una vez más, víctima de otra de las «interrupciones constantes». Inmediatamente después del golpe de Estado ocurrido en Francia en diciembre de 1851, Marx escribió *El 18 brumario de Luis Bonaparte* a petición de la nueva revista norteamericana *Die Revolution*, y malgastó los años siguientes en disputas y ajustes de cuentas con otros emigrados. Marx argumentaba que se trataba de intervenciones políticas esenciales antes que de manifestaciones de resentimiento, puesto que, si no se les rebatía, los falsos mesías del socialismo resultaban mucho más atractivos para las masas que los monárquicos genuinos. «Estoy enzarzado en una lucha a muerte con los falsos liberales», afirmó.

Lo que hizo que Marx retomara finalmente el estudio de la economía fue la llegada del largamente esperado cataclismo financiero del otoño de 1857. La crisis, que empezó con la bancarrota de una entidad bancaria de Nueva York, se propagó por Austria, Alemania, Francia e Inglaterra como los cuatro jinetes del Apocalipsis. Engels, que se encontraba convaleciente de una enfermedad, regresó a toda prisa a su puesto en Manchester para ser testigo de la buena nueva (precios que se desplomaban, constantes bancarrotas y un estado de pánico generalizado). «El aspecto general que ofrecía la Lonja [de Algodón] era verdaderamente maravilloso —informó—. Mis colegas están enfurecidos por mis súbitas e inexplicables muestras

de alegría.» También Marx se había contagiado del melodramático espíritu del momento. En el transcurso del invierno de 1857-1858, se dedicó a trabajar todas las noches en su estudio hasta alrededor de las cuatro de la madrugada, cotejando sus papeles sobre economía «para, al menos, tener claros los esquemas antes del diluvio». La inundación nunca se produjo, pero Marx siguió construyendo su arca, convencido de que sería necesaria antes o después. Cuando sus rudimentarios conocimientos de aritmética demostraron ser inadecuados para las fórmulas económicas complejas, hizo un curso intensivo de álgebra, y explicó que, «por el bien del público, es absolutamente imprescindible entrar en materia de forma concienzuda».

Los garabatos nocturnos de Marx, que dieron lugar a más de ochocientas páginas, no salieron a la luz hasta que el Instituto Marx-Engels de Moscú los sacó de los archivos en 1939, y solo quedaron a disposición del público general con la publicación de una edición alemana en 1953, *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie (Elementos fundamentales para la crítica de la economía política)*. Pese a su extensión, los *Grundrisse* son una obra fragmentaria —descrita por el propio Marx como un auténtico batiburrillo—, pero, como el eslabón perdido entre los manuscritos de París de 1844 y el primer volumen de *El capital* (1867), demuestran que en sus ideas existe una clara continuidad. Hay largas secciones sobre la alienación, la dialéctica y el significado del dinero, que se hacen eco de pasajes de los manuscritos de 1844; la diferencia más notable era que, en los *Grundrisse*, Marx combina la filosofía y la economía, mientras que antes las trataba como disciplinas separadas. (Como dijo el escritor alemán Ferdinand Lassalle, Marx era «un Hegel convertido en economista y un Ricardo convertido en socialista».) En toda la obra, los análisis sobre la fuerza de trabajo y la plusvalía se leen como un borrador de la exposición definitiva de estas teorías en *El capital*.

Marx se refería con frecuencia a sus escritos durante esta época como «la mierda económica», y esta frase despectiva denotaba sin duda un sentimiento de culpa. Ya en 1845 había afirmado que el tratado sobre economía política estaba prácticamente finalizado, y en el curso de los siguientes trece años repetiría y adornaría tantas veces la mentira que las expectativas de sus amigos se elevaron hasta cotas insólitas; a tenor del tiempo empleado por Marx, suponían que se trataría de una potente carga explosiva que destruiría de golpe los endebles fundamentos del capitalismo. Además, los partes que enviaba con regularidad a Engels contribuían a mantener el mito de sus grandes progresos. «He demolido por completo la teoría del beneficio tal como se ha planteado hasta el momento», anunció con júbilo en enero de 1858. Pero, a decir verdad, todo lo que podía presentar como fruto de esos largos días en la sala de lectura del Museo Británico y esas noches más largas aún en su estudio era una montaña tambaleante de cuadernos de notas impublicables, llenos de apuntes sin orden ni concierto.

A principios de 1858, Ferdinand Lassalle le ofreció a Marx negociar un contrato de publicación con un editor alemán llamado Duncker (cuya esposa, casualmente, era una de las amantes de Lassalle). Marx informó al editor de que su «exposición crítica sobre el sistema de la economía burguesa» estaría dividida en seis libros, que facilitaría por entregas: «1. Sobre el capital (contiene unos pocos capítulos introductorios). 2. Sobre la propiedad de la tierra. 3. Sobre el trabajo asalariado. 4. Sobre el Estado. 5. El comercio internacional. 6. El mercado mundial». El primer volumen estaría listo para ser entregado a la imprenta en mayo, seguido por el segundo en el plazo de unos pocos meses, y así sucesivamente. No obstante, como era habitual cuando debía enfrentarse a plazos de entrega estrictos, el cuerpo de Marx se rebeló a modo de protesta. «He estado tan enfermo a

causa de mi trastorno biliar que esta semana he sido incapaz de pensar, leer, escribir o, de hecho, de hacer nada en absoluto», le confió a Engels en abril de 1858. Atormentado por los dolores hepáticos, Marx afirmaba que, cada vez que se sentaba y escribía durante un par de horas, «tengo que acostarme sin hacer prácticamente nada durante un par de días».

Se trataba de un lamento que resultaba familiar. «¡Ay!, ya estamos acostumbrados a estas excusas para no finalizar el trabajo», comentó Engels muchos años después, mientras releía algunas viejas cartas. Y, como admitió el propio Marx, «mis enfermedades siempre se originan en la mente». Sin embargo, había otras distracciones que no tenían nada de imaginario: su hija Eleanor enfermó de tos ferina, su esposa era «un manojo de nervios» y los acreedores exigían que resarciera sus deudas. Como dijo Marx en un arranque de humor negro: «No creo que nadie haya escrito nunca sobre el “dinero” teniendo tan poco como yo». Pese a que durante el verano prácticamente no escribió nada, a finales de septiembre de 1858 Marx prometió que el manuscrito estaría listo para su impresión «en el plazo de dos semanas», pero un mes más tarde confesó que «pasarán semanas antes de que pueda entregarlo». Todo conspiraba en su contra; incluso la crisis económica mundial, al concluir tan pronto, le había puesto de mal humor y le había provocado «el más terrible de los dolores de muelas».

A mediados de noviembre, seis meses después de que hubiera expirado el plazo de entrega inicial, Lassalle, de parte del editor de Berlín, le preguntó con la máxima amabilidad posible si le faltaba poco para concluir el libro. Marx le contestó que la demora era sencillamente «el resultado de mis esfuerzos por entregarle el mejor material posible a cambio de su dinero». Tal como explicó:

El estilo de todo lo que escribía parecía viciado por mis trastornos hepáticos. Y tengo dos

buenos motivos para no permitir que este libro se eche a perder por razones médicas:

Es el resultado de quince años de investigación, es decir, los mejores años de mi vida.

En él, y por primera vez, se expone desde una perspectiva científica una importante visión acerca de las relaciones sociales. Por tanto, le debo al Partido que la cosa no esté desfigurada por un estilo pesado, sin imaginación, propio de una afección hepática...

Preveo que habré terminado dentro de unas cuatro semanas a partir de ahora, pues a duras penas he empezado a escribirlo.

Estas palabras debieron de suponer una sorpresa para Lassalle, a quien en febrero se le había asegurado que el texto se encontraba en sus «fases finales». También para Engels iba a suponer una conmoción. Después de enviar finalmente el paquete a Berlín en enero de 1859, Marx le comentó lo siguiente: «El manuscrito consta de unos 12 pliegos [192 páginas] impresos (tres entregas) y —no se vaya a asustar por ello— aunque se titula *Capital en general*, los textos que por ahora he entregado no incluyen nada que tenga que ver con el capital». Después de todo lo que había venido anunciando a bombo y platillo desde tiempo atrás, Marx solo había escrito un delgado volumen. La mitad consistía simplemente en un resumen de las teorías de otros economistas, y la única parte que revestía un interés real era un prólogo autobiográfico, en el que explicaba que sus lecturas de Hegel y sus actividades periodísticas en el *Rheinische Zeitung* le habían llevado a la conclusión de que «la anatomía de la sociedad civil se halla en la economía política».

Marx desplegó una magnífica campaña de promoción a medida que se acercaba el día de su publicación, y predijo que el libro —titulado ahora *Una contribución a la crítica de la economía política*— sería traducido y admirado en todo el mundo civilizado. Pero sus amigos quedaron consternados; el socialista alemán Wilhelm Liebknecht afirmó que nunca un libro lo había decepcionado tanto. Hubo pocas reseñas. «La conspiración de silencio urdida por los alemanes ha dado al traste con las secretas

esperanzas que habíamos alimentado durante largo tiempo en relación con el libro de Karl —se lamentó Jenny Marx—. Puede que la segunda entrega despierte a los holgazanes de su letargo.»

Estaba previsto que la segunda entrega se efectuase unos pocos meses después de la primera. Marx ajustó al máximo la fecha de entrega y se impuso un «plazo estricto», el mes de diciembre de 1859, para completar sus tesis sobre el capital, inexplicablemente omitidas en la *Crítica*. Sin embargo, durante el siguiente año Marx no se dignó a abrir sus cuadernos de apuntes sobre economía y prefirió continuar con la disputa que mantenía con el profesor Karl Vogt mediante artículos periodísticos, libelos y la publicación de un extenso libro. Además, poco después de que la disputa llegara a su fin, el nuevo rey de Prusia celebró su coronación decretando una amnistía para los emigrados políticos, lo cual alimentó las esperanzas de Marx de regresar al país y fundar un periódico que tomara por modelo el *Neue Rheinische Zeitung*. Así pues, en la primavera de 1861 realizó un largo viaje por Alemania, financiado por Ferdinand Lassalle, con el vano propósito de recaudar fondos, y, en contrapartida a la ayuda económica proporcionada, Marx hizo gala de su hospitalidad cuando Lassalle decidió ir a Londres con motivo de la Exposición Universal de 1862. «El tipo no ha hecho más que hacerme perder el tiempo —se quejó Marx cuando se cumplía la tercera semana de la visita turística—, y, lo que es peor, ¡el muy imbécil opina que, al no estar yo ahora mismo ocupado en ningún “trabajo serio”, sino solamente en una “obra teórica”, debería dedicarme a matar el tiempo en su compañía!»

El desprecio demostrado por Lassalle hacia la «teoría» resultó ser el estímulo que necesitaba Marx para finalizar el trabajo tan calamitosamente interrumpido por el duelo con Vogt. Con pocas obligaciones periodísticas que cumplir, Marx se refugió de nuevo en la sala de lectura del Museo

Británico, donde se pertrechó de municiones para el asalto final contra el capitalismo. Las notas que tomó entre 1862 y 1863 llenaron más de mil quinientas páginas. «Estoy ampliando la extensión de este volumen —explicó—, puesto que estos sinvergüenzas alemanes calculan el valor de un libro en función de su capacidad cúbica.» Los problemas teóricos a los que hasta entonces había sido incapaz de enfrentarse le parecían ahora tan claros y estimulantes como un vaso de ginebra. Consideremos, por ejemplo, el tema de las rentas agrícolas (o el «nauseabundo negocio de las rentas», como lo llamaba él): «Hacía tiempo que albergaba dudas en cuanto a la corrección absoluta de la teoría de Ricardo, y por fin he llegado al fondo del asunto». David Ricardo había confundido el valor y el precio de coste. Los precios de los productos agrícolas eran más elevados que su valor real (medido a partir del tiempo de trabajo empleado para su producción), y el terrateniente se embolsaba la diferencia en forma de rentas más altas; no obstante, bajo un sistema socialista, este excedente sería repartido en beneficio de los trabajadores. Aun en el caso de que el precio de mercado permaneciera inalterado, el valor de los bienes —su «carácter social»— cambiaría por completo.

La satisfacción que sentía Marx por sus progresos alimentó un optimismo excesivo. A finales de 1862 un admirador de Hannover, el doctor Ludwig Kugelmann, le escribió para preguntarle cuándo aparecería la secuela de *Una contribución a la crítica de la economía política*. «Por fin he concluido la segunda parte —respondió Marx—, y solo me falta pasarla en limpio y darle los últimos retoques antes de enviarla a la imprenta.» Asimismo, Marx reveló por vez primera que había abandonado el farragoso título provisional, «Una contribución a la crítica de la economía política, volumen II». En virtud de alguna lógica inversa, los libros extensos merecían títulos

cortos, así que «va a aparecer de forma independiente bajo el título de *El capital*».

A decir verdad, hubiera sido necesario mucho más trabajo de carpintería antes de que la materia prima que Marx tenía entre manos estuviera lista para «los últimos retoques». Además, otra distracción no tardaría en apartarlo de nuevo de su trabajo intelectual. Marx había declinado todos los ruegos para que participara en nuevos grupos políticos desde la disolución de la Liga Comunista en 1850, al estar «plenamente convencido de que mis estudios teóricos resultaban de mucha mayor utilidad a la clase trabajadora que mis injerencias en asociaciones que han dejado de ser útiles». Pero en septiembre de 1864 no pudo reprimir la curiosidad cuando recibió una invitación para asistir al mitin inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores, una alianza anglofrancesa de sindicalistas y socialistas. Aunque acudió al acto como mero observador, al final de la velada fue propuesto para formar parte del Consejo General de la organización, de la que en 1865 era ya el líder *de facto*.

Las actividades políticas le robaron a Marx mucho tiempo. En una carta enviada a Engels en marzo de 1865 describió en qué consistía una típica semana de militancia. La tarde del martes la dedicó a asistir a la reunión del Consejo General, que se prolongó hasta la medianoche; al día siguiente se celebró un mitin público para celebrar el aniversario de la insurrección polaca; el sábado y el lunes los dedicó a reuniones de comité «sobre la cuestión francesa», las cuales se alargaron hasta la una de la madrugada; finalmente, el martes tuvo que acudir de nuevo a una larga y violenta discusión entre los miembros franceses y británicos del Consejo General. Por añadidura, en medio de todos esos compromisos tuvo que atender a «gente que no paraba de insistir en verme» en relación con una conferencia sobre el sufragio que debía celebrarse la semana siguiente. «¡Qué pérdida

de tiempo!», se quejaba Marx en la carta. Engels pensaba exactamente lo mismo. ¿Por qué querría su amigo perder horas y más horas firmando carnets de miembros y discutiendo con malhumorados integrantes de los comités cuando podría estar sentado ante su escritorio escribiendo *El capital*? «Siempre pensé que la ingenua *fraternité* existente en el seno de la Asociación Internacional no duraría mucho —le advirtió Engels tras un nuevo episodio de disputas internas entre los franceses—. Habrá muchos episodios más de este tipo y le robarán infinidad de tiempo.»

A lo largo del verano de 1865, Marx sufrió vómitos todos los días («como consecuencia del tiempo caluroso y de mis problemas hepáticos») y la piel se le llenó de forúnculos. Además, la inesperada llegada a casa de varios huéspedes —el hermano de Jenny desde Alemania, el cuñado de Marx desde Sudáfrica y una sobrina desde Maastricht— propició más interrupciones no deseadas, a lo que debía añadirse la habitual cola de acreedores «que aporreaban la puerta a todas horas y se estaban poniendo cada vez más pesados». Pese a todo, en el punto álgido del torbellino, la obra maestra desconocida de Marx estaba aproximándose a su conclusión. A finales de aquel año, *El capital* era un manuscrito de 1.200 páginas, un revoltijo lleno de tachaduras, flechas y garabatos indescifrables. El día de Año Nuevo de 1866, se sentó en su estudio para pasar en limpio el manuscrito, «lamiendo a la criatura recién nacida tras largos dolores de parto». La tarea le llevó alrededor de un año, y ni siquiera las dolencias hepáticas y los forúnculos se lo pudieron impedir; escribió las últimas páginas de pie ante el escritorio, después de que una erupción de forúnculos en el trasero hiciera que sentarse le resultara demasiado doloroso. (El arsénico, el calmante al que recurría en estos casos, «me embota demasiado la mente, y en ese momento necesitaba mantenerla despejada».) El experimentado ojo de Engels vio de inmediato ciertos pasajes del libro en

los que los forúnculos habían dejado su impronta, y Marx estuvo de acuerdo en que probablemente habían dotado a su prosa de un tono excesivamente farragoso. «En cualquier caso, espero que la burguesía se acuerde de mis forúnculos hasta que le llegue su hora —exclamó Marx—. ¡Malditos sean!»

Los forúnculos desaparecieron en cuanto hubo completado la última página. «Siempre tuve la sensación —le contó Engels— de que este maldito libro, que ha sido su cruz durante tanto tiempo, era la verdadera causa de todas sus desgracias, y de que no se sentiría usted aliviado hasta habérselo sacado de encima.» Sintiéndose tan «vigoroso como quinientos cerdos», en abril de 1867 Marx viajó hasta Hamburgo para entregar en persona el manuscrito y supervisar la impresión. Ni siquiera la noticia de que el editor esperaba tener los dos volúmenes siguientes antes de que finalizara aquel año hizo mella en su excelente estado de ánimo. «Espero y creo con plena confianza que los tendré listos en el plazo de un año», predijo. Las reacciones de quienes tuvieron la oportunidad de echar un vistazo a algunas partes de la obra le dieron esperanzas fundadas en que su nombre y su fama resonarían por toda Europa. Según dijo Johann Georg Eccarius, un viejo aliado de la Liga Comunista y de la Internacional: «El Profeta tiene por fin ante sí publicada la quintaesencia de toda su sabiduría».

2

Nacimiento

«En todas las ciencias los comienzos son siempre difíciles», advertía Marx en el prólogo de *El capital*. Pero ni siquiera la mitad de lo que lo son los finales, podría haber añadido; el primer volumen fue el único que completó antes de fallecer. Tantos años de esfuerzos y disputas lo habían dejado exhausto.

«No espere la aparición del segundo volumen —le escribió a su traductor al ruso en octubre de 1868—, cuya publicación se demorará quizá otros seis meses. No puedo terminarlo hasta que ciertas investigaciones oficiales, establecidas durante el año pasado (y 1866) en Francia, Estados Unidos e Inglaterra, hayan sido completadas y publicadas.» En 1870 encontró otra excusa para seguir aplazando la entrega del volumen: «No solo ha hecho que me retrasara la enfermedad sufrida durante el invierno, sino que también vi que era necesario aprender ruso, porque, al enfrentarme a la cuestión de la tierra, me pareció esencial estudiar las relaciones de propiedad de la tierra en Rusia a partir de fuentes primarias». Durante los años posteriores, Marx acumuló un ingente archivo de obras y estadísticas rusas (para el enfado de Engels, quien dijo que le hubiera gustado quemarlas todas). Engels sospechaba que Marx lo utilizaba a modo de

parapeto tras el que podía ocultarse de los insistentes ruegos de sus amigos y editores.

Las sospechas de Engels estaban plenamente justificadas. Cuando empezó a compilar el siguiente volumen a partir de la montaña de papeles que quedó tras la muerte de Marx en 1883, describió la magnitud de la tarea en una carta dirigida al socialista alemán August Babel:

Junto con algunas partes que pueden darse por finalizadas hay otras que apenas están esbozadas; vista en conjunto, y a excepción de quizá dos capítulos, la obra no pasa de ser un borrador. Las citas de las fuentes no poseen ningún orden y muchas de ellas están mezcladas sin orden ni concierto, anotadas solamente con vistas a una futura selección. Además, a eso cabe añadir el tema de la caligrafía, que nadie salvo yo podría descifrar, e incluso yo me encuentro con dificultades. Me pregunta por qué no sabía yo cuán lejos había llegado la cosa. Muy fácil: en caso de haberlo sabido, le tendría que haber acosado día y noche hasta conseguir que lo acabara todo y lo publicara. Y Marx sabía eso mejor que nadie.

El segundo volumen apareció en 1885, seguido de un tercero (compilado también por Engels) en 1894. Lo que a menudo se llama el «cuarto volumen», *Teorías sobre la plusvalía* (1905), lo editó Karl Kautsky a partir de las notas tomadas por Marx a mediados de la década de 1860 sobre la historia de la economía, en su mayor parte integradas por extractos de las obras de teóricos anteriores, como Adam Smith y David Ricardo.

En resumen, *El capital* es una obra incompleta y fragmentaria; el plan original de Marx —debe recordarse— preveía la redacción de seis volúmenes. Como afirmó en su momento el estudioso marxiano Maximilien Rubel, «no contamos con una biblia marxista de los cánones eternamente codificados», y es preciso subrayar este hecho porque muchos comunistas llegaron a tratar el libro como una escritura sagrada, manteniendo que todo lo dicho por Marx era cierto y que todo lo que no dijo no era verdad. Ambas afirmaciones carecen de fundamento. Hay silencios y omisiones que Marx

seguramente habría llenado en caso de haber contado con la energía y el tiempo suficientes, y hay errores e ideas falsas, resaltadas de modo triunfalista por sus críticos, que los admiradores de *El capital* también deberían haber admitido. «El hecho de que Marx tuviera el gran acierto de descubrir un nuevo continente —señaló el economista Michael Lebowitz— no significa que lo cartografiara todo correctamente.»

La *terra incognita* que Marx se propuso explorar era el nuevo mundo del capitalismo industrial —un paisaje que Adam Smith desconocía—, y desde el principio advirtió a sus lectores de que se estaban adentrando en un reino de fantasía donde nada es lo que parece. Adviértase qué verbos elige en la primera frase de *El capital*: «La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista *aparece* como una “gigantesca acumulación de mercancías”, y la mercancía [*aparece*] como la forma elemental de esa riqueza». (La cursiva es mía.) Aunque es menos efectista que la famosa frase inicial del *Manifiesto comunista* («Un fantasma recorre Europa»), trata de indicarnos lo mismo, que estamos entrando en un mundo de espectros y apariciones. Las páginas de *El capital* están trufadas de expresiones como «objetividad fantasmal», «fantasma insustancial», «pura ilusión» y «falsa apariencia». Solo rasgando los velos de la ilusión podemos revelar la explotación en la que se basa el capitalismo para seguir funcionando.

Las mercancías, sostiene Marx, tienen dos propiedades: el valor de uso y el valor de cambio. La utilidad de un objeto dado resulta evidente: un abrigo nos mantiene calientes y secos, y una barra de pan nos alimenta. Si el valor de cambio fuera una medida de la utilidad del objeto, la barra de pan se vendería a un precio muy superior que, pongamos por caso, un chaleco de seda de elegante estampado, cosa que, evidentemente, no ocurre. ¿Cómo se establece, pues, el valor de cambio?

Tomemos luego dos mercancías, por ejemplo, trigo y hierro. Su relación de cambio, cualquiera que ella sea, es siempre representable en una ecuación en la cual se iguala un determinado quantum de trigo con un cierto quantum de hierro, por ejemplo, 1 quarter de trigo = a quintales de hierro. ¿Qué dice esa ecuación? Que un algo común de la misma magnitud existe en dos cosas diferentes, en 1 quarter de trigo y también en a quintales de hierro. Así pues, ambos son iguales a una tercera cosa que por sí misma no es ni lo uno ni lo otro. Cada uno de los dos primeros, en la medida en que es valor de cambio, tiene, pues, que ser reducible a esa tercera cosa.

El elemento común a todas las mercancías es que son fruto del trabajo. Por tanto, el valor de un objeto debe reflejar la cantidad de trabajo «congelado» en él: el trabajo directamente implicado en la fabricación del objeto, el trabajo producido por las máquinas empleadas en la manufactura y el trabajo dedicado a la adquisición de las materias primas. (Marx se apresura a añadir que se refiere al «tiempo de trabajo socialmente necesario», es decir, las horas que tardará un trabajador corriente en finalizar su trabajo. De lo contrario, podría deducirse que una mercancía fabricada por obreros desmañados o perezosos tiene más valor al haber requerido más tiempo para producirla.)

Hasta aquí nada que sea novedoso; Adam Smith, David Ricardo y otros economistas clásicos habían propuesto «teorías del valor del trabajo» similares. Smith empezó su obra *La riqueza de las naciones* con la siguiente frase: «El trabajo anual de cada nación es el fondo que la surte originalmente de todas aquellas cosas necesarias y útiles para la vida...». Pero Marx va más allá. Al igual que las mercancías tienen un carácter dual al poseer tanto valor de uso como valor de cambio, también el trabajo tiene una naturaleza doble. El valor de uso lo genera el trabajo «concreto» o «útil», definido por Marx como «actividad productiva de un determinado tipo, llevada a cabo con un propósito determinado», mientras que el valor de cambio deriva del trabajo «abstracto» o «indiferenciado», que se calcula

meramente en función de su duración; además, se produce una tensión intrínseca entre los dos. Un sastre, por ejemplo, puede esforzarse en confeccionar la levita más gruesa y resistente de que sea capaz, pero, si lo es demasiado, al comprador no le será necesario volver a la sastrería para sustituirla por otra, con lo que pondrá en peligro el negocio del sastre. Y lo mismo cabe decir del tejedor que creó el paño con el que se confeccionó la levita. La necesidad de crear valor de uso choca, pues, con la necesidad de seguir creando valores de cambio.

Para ilustrar los dos aspectos del trabajo, Marx emprende una larga y cada vez más surrealista meditación sobre los valores relativos de una levita y veinte varas de tela de lino: «Dentro de la relación de valor con el lino — escribe Marx— la levita significa más que fuera de esa relación, al modo como bastantes personas significan dentro de una levita con galones más de lo que significan fuera de ella». Como valor de uso, la tela de lino es algo a todas luces diferente de la levita; sin embargo, como valor es, de hecho, lo mismo, una expresión del trabajo abstracto. «De este modo recibe el lino una forma de valor diferente de su forma natural. Su ser valor se manifiesta en su igualdad con la levita, al modo como la naturaleza de oveja del cristiano se manifiesta en su igualdad con el Cordero de Dios.»

Este símil grotesco debería prevenirnos acerca del hecho de que, en realidad, estamos leyendo un chiste de grandes proporciones, un viaje picaresco por el reino de lo absurdo. En sus años de estudiante, Marx había quedado fascinado por las digresiones salvajes de la novela *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, y treinta años después encontró un objeto de estudio que le permitía imitar el estilo deshilvanado e inconexo ideado por Sterne. Como *Tristram Shandy*, *El capital* está lleno de paradojas e hipótesis, explicaciones abstrusas y ocurrencias fantásticas, narraciones ficticias y agudezas originales. ¿De qué otro modo hubiera podido Marx

hacer justicia a la lógica misteriosa y a menudo caótica del capitalismo? Como Marx observa al final de su extenuante digresión sobre las levitas y los paños de lino: «A primera vista, una mercancía parece una cosa obvia, trivial. Su análisis indica que es una cosa complicadamente quisquillosa, llena de sofisticada metafísica y de humoradas teológicas».

Cuando se procesa la madera para convertirla en una mesa, esta sigue siendo madera, un objeto material común y corriente. Pero cuando se convierte en una mercancía, deviene algo que trasciende su naturaleza puramente material. «No solo descansa ya la mesa con sus patas en el suelo, sino que, además, se pone patas arriba frente a todas las demás mercancías, mientras su cabeza de madera emite caprichos más maravillosos que las espontáneas danzas que emprenden algunas mesas.» Puesto que mercancías diferentes reflejan el trabajo de sus productores, las relaciones sociales entre seres humanos «asumen la forma fantástica de una relación entre objetos». La única analogía que Marx pudo encontrar para esta extraña transformación fue en la región nebulosa del mundo religioso: «En este los productos de la cabeza humana aparecen como figuras autónomas, dotadas de vida propia, con relaciones entre ellas y con los hombres. Así les ocurre en el mundo de las mercancías a los productos de la mano humana. Digo que esto es el fetichismo que se les pega a los productos en cuanto que se producen como mercancías...».

En el sentido religioso, los fetiches son objetos venerados por sus supuestos poderes sobrenaturales, como las reliquias de los santos en la Europa medieval. (Ya en 1842, Marx, que tenía por entonces veinticuatro años, había ridiculizado a un autor alemán que afirmaba que esta forma de fetichismo «levanta al hombre por encima de sus deseos sensuales» y, por tanto, lo salva de ser un simple animal. Marx le respondió que, lejos de alzar al hombre por encima de sus deseos sensuales, el fetichismo es, de

hecho, la religión del deseo sensual: «La fantasía que deriva del deseo engaña al adorador de fetiches y le hace creer que un objeto inanimado le permitirá abandonar su carácter natural con vistas a satisfacer sus deseos».) En una economía capitalista, el fetichismo constituye la creencia de que las mercancías poseen algún valor místico intrínseco. Pero, como en el caso de las reliquias óseas de los santos, se trata de un engaño. «Hasta el momento —escribe Marx— ningún químico ha descubierto valor de cambio en las perlas ni en los diamantes.»

Es curioso que Marx eligiera este ejemplo, pues pone de manifiesto una limitación de su teoría. Si, tal como supone, el valor de cambio de las perlas y los diamantes deriva tan solo del tiempo de trabajo dedicado a su extracción y transformación, ¿por qué hay gente dispuesta a pagar centenares de miles de libras esterlinas por un anillo de diamantes o un collar de perlas? ¿No podrían deberse también estos precios desorbitados a un valor en razón de la escasez, a la percepción subjetiva de la belleza o al simple deseo de destacar por encima de los demás? Si el único factor determinante fuera el tiempo de trabajo, un dibujo realizado por Picasso en el mantel de un restaurante o un sombrero que hubiera pertenecido a John Lennon no costarían más que unas pocas libras, y el «valor» de una botella de vino tinto de una cosecha fabulosa sería idéntico al de una de una cosecha peor, siempre que ambas impliquen la misma cantidad de trabajo.

Los discípulos más incondicionales de Marx se enfrentan a estos problemas considerándolos excepciones a la regla anormales e irrelevantes. Además, ¿no señaló el propio Marx que las mercancías están dotadas «de sofisticada metafísica y de humoradas teológicas»? La teoría del trabajo puede resultar de poca ayuda a la hora de entender por qué unos pocos mechones de pelo de Elvis Presley guardados con celo por su barbero se vendieron por 115.000 dólares en una subasta pública celebrada en 2002, pero es posible

que la idea del fetichismo de la mercancía —«la magia y nigromancia que rodea a los productos del trabajo»— nos ofrezca al menos una explicación parcial. Según Marx, en su sentido más amplio, el fetichismo de la mercancía representa «el dominio del objeto sobre los humanos, del trabajo muerto sobre la vida, del producto sobre el productor». (De nuevo nos hallamos aquí con la lenta germinación de una imagen sembrada muchos años atrás. Uno de los primeros artículos escritos por Marx para el *Rheinische Zeitung* en 1842 tenía por objeto una nueva ley que prohibía a los campesinos aprovisionarse de madera en los bosques privados, un derecho del que habían disfrutado desde la Edad Media: «Existe la posibilidad de que algunos árboles jóvenes resulten dañados —escribía Marx—, ¡y no es preciso decir que los ídolos de madera triunfan y los seres humanos son sacrificados!». Y volvió a sacar a colación la idea en un discurso pronunciado en 1856 ante un público integrado por artistas: «En nuestros días, todo parece preñado de su contrario ... Todos nuestros inventos y todo nuestro progreso parecen tener por resultado que se insufla de vida intelectual a las fuerzas materiales y se reduce la vida humana a una fuerza material»). «Todo lo sólido se disuelve en el aire», había dejado dicho Marx en el *Manifiesto comunista*; unos años después, en *El capital*, todo lo que era más auténticamente humano se disolvía en objetos inanimados que adquirirían una vitalidad y un vigor asombrosos.

Pero entonces surge otra dificultad, y Marx se muestra decidido a abordarla de frente: ¿por qué están los trabajadores tiranizados por los objetos que crean y alienados de ellos? Si los trabajadores generan el valor de una mercancía dada, ¿por qué no obtienen la totalidad de ese valor? En las economías subdesarrolladas, respondió Marx, a menudo sí que lo obtienen. «En ese estado de cosas inicial —escribió Adam Smith en *La riqueza de las naciones*—, que precede tanto a la apropiación de la tierra

como a la acumulación de capital, todo el producto del trabajo pertenece al trabajador. No existe ni amo ni terrateniente con los que tenga que compartirlo.» Si un carpintero vende una mesa y utiliza el dinero para comprar un saco de trigo, dichas transacciones pueden ser descritas mediante la fórmula M-D-M, esto es: las mercancías (M) se transforman en dinero (D), que se convierte a su vez en otras mercancías. Pero existe otra forma de circulación de mercancías, cada vez más preponderante en el capitalismo industrial, que puede sintetizarse con la fórmula D-M-D. El capitalista utiliza dinero para comprar diferentes mercancías (fuerza de trabajo, materias primas y maquinaria) que producen una nueva mercancía, destinada a ser puesta a la venta.

Ambos circuitos pueden dividirse en las mismas fases antitéticas: M-D (venta) y D-M (compra). Lo que los distingue es el orden: en un caso, el punto de partida y el de llegada del movimiento son las mercancías, mientras que en el otro lo es el dinero.

En la circulación M-D-M el dinero se convierte al final en mercancía que sirve de valor de uso. El dinero se gasta, pues, definitivamente. En la forma inversa D-M-D, en cambio, el comprador gasta dinero para cobrarlo como vendedor. Al comprar la mercancía echa dinero a la circulación para retirarlo luego de ella mediante la venta de la misma mercancía. No suelta el dinero más que con la segunda intención de volver a hacerse con él. Por lo tanto, el dinero es solo adelantado.

Mientras que en la «simple circulación de mercancías» representada por M-D-M el doble recorrido de la misma moneda lleva a cabo su transferencia definitiva de una mano a otra, en D-M-D el doble recorrido de la misma mercancía da lugar a que el dinero regrese al punto de partida.

No tendría sentido seguir con este complejo galimatías si la inversión inicial no se viera recompensada con algún tipo de ganancia. Así pues, Marx reelabora la fórmula como D-M-D', donde D' es la suma original más un incremento («Llamo plusvalía a este incremento, o exceso respecto del

valor inicial»), y este movimiento de D a D' es lo que convierte el dinero en capital. «También es posible, ciertamente —admite Marx—, que en M-D-M los dos extremos M y M —por ejemplo, trigo y vestidos— sean magnitudes de valor cuantitativamente diferentes. El campesino puede vender su trigo por encima de su valor, o comprar la ropa por debajo del de esta. También puede ser estafado por el vendedor de ropas.» Sin embargo, dichas diferencias en cuanto al valor son «puramente accidentales» y no invalidan la semejanza esencial entre las dos fórmulas. La simple circulación de mercancías —vender para luego comprar— constituye un medio para alcanzar un fin, a saber: la satisfacción de las necesidades. Pero la circulación de dinero como capital es un fin en sí mismo.

Es la plusvalía la que convierte el dinero en capital. Pero ¿de dónde procede la plusvalía? Marx analiza este misterio desde el punto de vista de un aprendiz de capitalista llamado Caudales.* Cada fase de la circulación (D-M y M-D') es un simple intercambio de mercancías equivalentes. Si los bienes fueran intercambiados a su valor real, al señor Caudales le resultaría imposible extraer beneficio alguno. Pero más sorprendente es quizá que también pueda suceder eso en caso de no intercambiarse a ese valor real:

Supongamos que, por algún privilegio inexplicable, sea dado al vendedor el vender la mercancía por encima de su valor, a 110 si vale 100, o sea, con un aumento nominal de precio del 10 por ciento. El vendedor ingresa, pues, una plusvalía de 10. Pero luego de haber sido vendedor pasa a ser comprador. Ahora un tercer poseedor de mercancías se encuentra con él como vendedor y goza, a su vez, del privilegio de vender la mercancía con un encarecimiento del 10 por ciento. Nuestro hombre [el señor Caudales] ha ganado como vendedor 10, para perder 10 en cuanto comprador. El resultado se reduce de hecho a que todos los poseedores de mercancías se venden sus mercancías un 10 por ciento por encima del valor, lo cual es exactamente lo mismo que si se vendieran las mercancías por sus valores ... Todo queda igual que antes.

Pueden darse ciertos casos —como el del campesino y el del comerciante

de tejidos— en los que un capitalista incorregiblemente lerdo sea engañado para comprar mercancías por un precio superior a su valor o venderlas demasiado baratas, pero este no puede ser el principio en el que se fundamente todo el sistema. Para obtener plusvalía, nuestro amigo Caudales debe encontrar una mercancía provista de la peculiar propiedad de crear más valor en su consumo que su coste. Por fortuna para él, el señor Caudales descubre una mercancía con esta característica única: la fuerza de trabajo, que posee «la oculta cualidad de engordar en valor porque es valor. Pare retoños vivos, o, por lo menos, pone huevos de oro».

Según Marx, la fuerza de trabajo es una mercancía, en cuyo caso su valor se calcula como el de cualquier otra mercancía, en función de la cantidad de tiempo de trabajo necesario para producirlo y reproducirlo. (Se trata de un eco más de Adam Smith, quien escribió que «la demanda de hombres gobierna necesariamente la producción de los hombres, al igual que la de cualquier otra mercancía».) Calcular lo que valen los seres humanos como si se tratara de botes de judías guisadas puede parecer grotesco, pero ahí es precisamente a donde quiere llegar Marx; para el señor Caudales, el mercado de trabajo no es más que otro sector del mercado de bienes. Así pues, ¿cómo calcula el señor Caudales el valor de su peculiar mercancía?

Si el propietario de la fuerza de trabajo ha trabajado hoy, tiene que poder repetir mañana el mismo proceso en las mismas condiciones de fuerza y salud. Por lo tanto, la suma de los medios de vida tiene que bastar para mantener al individuo trabajador, como individuo trabajador, en su estado vital normal. Las necesidades naturales mismas —como la alimentación, el vestido, la calefacción, la vivienda, etc.— son diferentes según las peculiaridades climáticas y otras características naturales de un país. Por otra parte, la extensión de las necesidades llamadas imprescindibles y el modo de su satisfacción son a su vez producto social ... Al contrario de lo que ocurre con las demás mercancías, la determinación del valor de la fuerza de trabajo contiene, pues, un elemento histórico y moral. Pero, de todos modos, la amplitud media de los medios de vida necesarios está dada para un país determinado en un período determinado.

Puesto que el trabajador es mortal, esa suma debe incluir «los medios de vida de los hombres sustitutos, esto es, de los hijos de los trabajadores, de tal modo que se eternice en el mercado de mercancías esta raza de peculiares poseedores de mercancías». También pueden dedicarse algunos esfuerzos («diminutos para la fuerza de trabajo corriente») a su educación y formación.

Marx calculó que el tiempo de trabajo requerido para la subsistencia es de unas seis horas diarias. Pero ¿permitirá el señor Caudales que sus trabajadores se vayan a casa una vez finalizadas esas seis horas de trabajo necesario? Desde luego que no. Para ganarse el sueldo deberán trabajar otras cinco o seis horas y proporcionar así el «trabajo extra» que genera el beneficio obtenido por el señor Caudales. «Desde su nacimiento no contiene ni un solo átomo de valor [sobrante] que no proceda de trabajo ajeno no pagado», concluye Marx, que vincula esta explotación al «viejo proceder del conquistador que compra a los vencidos mercancías con el mismo dinero que les ha robado». La única diferencia respecto de épocas pasadas es la astucia con que los capitalistas les ocultan a las víctimas que están siendo objeto de un robo.

Por supuesto, una vez descubierto el secreto, el señor Caudales quiere obtener más huevos de oro de esas gallinas. El método más evidente es hacerlas trabajar más horas, y en el capítulo 10* de *El capital*, «La jornada de trabajo», Marx pone al descubierto el coste humano de la teoría impersonal que ha planteado hasta el momento.

La Ley de Fábricas de 1850 había limitado la jornada laboral británica a sesenta horas semanales. (Sesenta horas de trabajo real, debe añadirse, con media hora para el desayuno y una para el almuerzo, lo cual equivalía a doce horas de trabajo al día de lunes a viernes y ocho horas el sábado.) La ley también creó un pequeño ejército de inspectores de fábricas, cuyos

informes bianuales proporcionaron a Marx una prueba detallada del «hambre voraz de los capitalistas por el plustrabajo». A los trabajadores se les robaba con frecuencia parte del tiempo destinado a comer y descansar al que tenían derecho, unos hurtos que, sumados, constituían un holgado botín para el capitalista; el propietario de una fábrica se jactó ante un inspector fabril de que, acortando todos los días los descansos para comer de sus obreros en diez minutos, «me embolso mil libras esterlinas al año». La prensa burguesa ofrecía más munición. Un reportaje del *Daily Telegraph* sobre el sector de la fabricación de puntillas de Nottingham revelaba que «a las dos, las tres, las cuatro de la madrugada arrancan a niños de nueve o diez años de sus sucias yacijas y los obligan a trabajar hasta las diez, las once o las doce de la noche por nada más que la simple subsistencia, mientras se les consumen los miembros, se les encoge el cuerpo, se les embrutecen los rasgos de la cara y todo su humano ser se inmoviliza en un sopor de piedra cuya mera visión es escalofriante».

En este pasaje se perciben los ecos de la obra *Situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845), en la que Friedrich Engels combinaba observaciones personales con información irrecusable procedente de periódicos, comisiones parlamentarias, informes de los inspectores fabriles y copias de las actas oficiales de las sesiones del Parlamento británico. «Me deleito con los testimonios de mis oponentes», había escrito Engels, gratamente sorprendido de que el *establishment* británico hubiera publicado tantas pruebas en su contra. Las citas de los Libros Azules del gobierno y de artículos del *Economist* que pueden encontrarse en *El capital* ponen de manifiesto hasta qué punto Karl Marx aprendió de esta técnica.

El capítulo dedicado a la jornada de trabajo, uno de los más extensos del libro, es un compendio de historias de terror, narradas por Marx en el estilo más propio de la novela gótica. «El capital es trabajo muerto que solo se

reanima vampirescamente, chupando trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más chupa de ello», escribió en los párrafos introductorios. Más de setenta páginas después, tras una auténtica sangría, llega a la conclusión de que «el que le chupa [al trabajador] no le suelta mientras aún haya por explotar un músculo, un tendón, una gota de sangre». Para protegerse de este monstruo ávido de sangre, los obreros «tienen que juntar las cabezas e imponer como clase una ley del Estado, un obstáculo social superpotente que les impida venderse ellos mismos y su linaje, hasta la muerte y la esclavitud, en el contrato voluntario con el capital». Aun así, admite Marx, semejante ley no bastaría por sí sola para desbaratar los planes del señor Caudales y los demás capitalistas, pues cuentan con otro medio para incrementar la productividad y, por tanto, la plusvalía.

Si la fuerza de trabajo es en verdad una mercancía especialmente valiosa, cabría esperar que los empresarios compitieran entre sí para incrementar los salarios; de hecho, en épocas de pleno empleo puede darse el caso. Sin embargo, cuando los costes salariales aumentan, el señor Caudales descubre que invertir en maquinaria que permita ahorrar tiempo de trabajo, algo que en el pasado hubiera podido parecer antieconómico, adquiere pleno sentido económico, en especial si el empresario no puede prolongar la jornada de trabajo. Como escribe Marx, «el impulso inmanente y la tendencia constante del capital son los de aumentar la fuerza productiva del trabajo para abaratar la mercancía y, mediante el abaratamiento de la mercancía, abaratar al obrero mismo».

En teoría, las máquinas podrían aligerar la carga del trabajador, pero, según Marx, bajo un sistema de producción capitalista sus efectos son invariablemente malignos (aunque muy beneficiosos para el señor Caudales). (El capítulo sobre «Maquinaria y gran industria» empieza con una cita de los *Principios de economía política* de John Stuart Mill: «Es

dudoso que todas las invenciones mecánicas hechas hasta ahora hayan aligerado la fatiga diaria de algún ser humano»).) Al sustituir la fuerza humana independiente por su imponente capacidad productiva, la máquina deja al trabajador cada vez más subordinado al capital. La cualificación del obrero sufre una merma precisamente a causa de la naturaleza inhumana de los autómatas, y la capacidad de aquel para defender sus intereses aunando esfuerzos con otros trabajadores —por ejemplo, por medio de asociaciones sindicales— disminuye al tiempo que las máquinas se unen en una fuerza más poderosa aún. Se trata, como ocurre a menudo en *El capital*, de una imagen que parece salida de un cuento de terror: «En el lugar de la máquina aislada aparece aquí un monstruo mecánico cuyo cuerpo llena enteros edificios fabriles y cuya fuerza demoníaca, oculta primero por el movimiento casi solemnemente medido de sus gigantescos miembros, estalla en la loca danza tempestuosa de sus innumerables y verdaderos órganos de trabajo». En la medida en que la máquina permite prescindir de la fuerza muscular, se convierte en un medio para la explotación del trabajo infantil, puesto que los niños no tienen facultades mentales tan desarrolladas pero sí miembros muy flexibles, con lo que el contrato entre el trabajador y el capitalista experimentó una revolución:

Sobre la base del intercambio de mercancías era presupuesto primero que el capitalista y el trabajador se enfrentaran como personas libres, como independientes poseedores de mercancías, poseedor el uno de dinero y medios de producción, poseedor el otro de fuerza de trabajo. Pero ahora el capital compra menores de edad ...

Marx señala que los anuncios en los que se ofrece trabajo a los niños se asemejan incluso en la forma con la demanda de esclavos negros tal como solía aparecer en los periódicos estadounidenses, y cita uno del que informa un inspector fabril británico: «Necesítanse 12 a 20 muchachos no menores

de lo que pueda hacerse pasar por 13 años. Salario 4 chelines por semana». La frase «no menores de lo que pueda hacerse pasar por 13 años» se refiere a que, en virtud de la Ley de Fábricas, los niños que no sobrepasaran esa edad podían trabajar solamente seis horas al día. Un médico oficialmente designado debía certificar su edad, y Marx observa que el claro descenso en el número de niños menores de trece años empleados en la industria en las décadas de 1850 y 1860 «era, según declaración de los inspectores fabriles, obra en gran parte de *certifying surgeons* [médicos certificadores] que alteraban la edad de los niños de acuerdo con la concupiscencia explotadora de los capitalistas y la necesidad en que se ven los padres de traficar como usureros».

La aplicación capitalista de la tecnología produce una forma de movimiento perpetuo. Una máquina que trabaje dieciséis horas al día durante siete años y medio produce lo mismo que una que lo haga solo ocho horas al día durante quince años. Aunque no transmite más plusvalía al producto fabricado, al capitalista le permite extraer ese beneficio el doble de rápido. Por tanto, existe un fuerte incentivo para utilizar la maquinaria el máximo número posible de horas al día alargando los turnos de los obreros encargados de atender la máquina, los cuales no están en posición de resistirse porque la automatización también ha intensificado la competencia por los puestos de trabajo al crear lo que Marx llama un «ejército industrial de reserva» de desempleados. Este exceso de población obrera no es solo una consecuencia inevitable del capitalismo industrial, sino que también se convierte, a la inversa, en palanca de la acumulación capitalista, al proporcionar «el material humano explotable siempre dispuesto para las cambiantes necesidades de valorización del capital». Cuando un mercado se expande rápidamente o abre nuevos sectores, como en el caso de los ferrocarriles, «es necesario que grandes masas humanas se puedan lanzar,

repentinamente y sin perjuicio de la escala de producción en otras esferas, a los puntos decisivos. La sobrepoblación suministra esas masas». La pauta cíclica de la industria moderna —un período de actividad media, seguido por otro de producción intensiva y un tercero de crisis y estancamiento— depende de la formación constante, de la mayor o menor absorción y de la nueva formación del ejército industrial de reserva. Las diferentes fases de este ciclo reclutan a la población excedentaria, pero se convierten también en una de sus más enérgicas agencias de reproducción.

A su vez, el trabajo excedentario regula el movimiento general de los salarios. Como escribe Marx:

El ejército industrial de reserva presiona durante los períodos de estancamiento y prosperidad media al ejército activo de trabajadores y frena sus reivindicaciones durante el período de sobreproducción y paroxismo. La sobrepoblación relativa es, pues, el fondo sobre el cual se mueve la ley de la demanda y la oferta de trabajo.

Marx no se hace ilusiones con respecto a la simetría supuestamente sagrada de la ley de la oferta y la demanda. La demanda de trabajo no se identifica con un incremento del capital, ni la oferta de trabajo con el aumento de la clase obrera, «como si se tratara de dos potencias recíprocamente independientes y con efectos cada cual en la otra. *Les dés sont pipés* [“Los dados están cargados”]». En este punto Marx arremete contra «una de las hazañas de la apologética económica», la idea, defendida por varios economistas del período victoriano intermedio, de que la introducción de maquinaria nueva —o la ampliación de la antigua— «libera» a los obreros. Según Marx, quedan liberados solo en el sentido de que resultan desplazados de sus puestos de trabajo, «y todo nuevo capital que quiera entrar en funciones puede disponer de ellos». Cuando consiguen un empleo, el temor a engrosar de nuevo las filas del ejército industrial de

reserva los hace más vulnerables a la explotación. Así pues, concluye Marx, cuanto mayor es la productividad del trabajo, mayor es la «masa relativa» del ejército industrial de reserva, de modo que el resultado de un incremento de la riqueza social es un aumento del pauperismo oficial. «*Esta es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista* —afirma el autor de *El capital* haciendo uso de la cursiva enfática, para luego relativizar dicho énfasis en la siguiente frase—: Al igual que todas las demás leyes, también esta es modificada en su realización por múltiples circunstancias cuyo análisis no es cosa de este lugar.»

Tras eludir cualquier objeción a este planteamiento, Marx realiza una de las afirmaciones más notables de *El capital*: el capitalismo conduce a una «pauperización» o empobrecimiento paulatino del proletariado. Innumerables lumbreras han interpretado esto en el sentido de que el capitalismo podría lograr crecientes niveles de prosperidad mediante una reducción absoluta de los salarios y del nivel de vida de los obreros. Pero fijémonos en las clases trabajadoras de hoy día, con sus automóviles y sus microondas: no parecen muy empobrecidas, ¿verdad? El economista norteamericano Paul Samuelson sostenía que toda la obra de Marx podía desecharse con toda tranquilidad porque el empobrecimiento de los trabajadores «sencillamente nunca se produjo», y al haber sido los libros de texto de Samuelson la fuente teórica de generaciones de licenciados en economía tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, esta idea se ha convertido en un axioma para todos ellos.

No obstante, se trata de un mito, basado en una mala lectura de «La ley general de la acumulación capitalista», en el capítulo 25* del volumen I de *El capital*. «El pauperismo —escribe allí Marx— ... constituye una condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo capitalista de la riqueza. Es uno de los *faux frais* [“gastos secundarios”] de

la producción capitalista, aunque el capital sabe descargárselos en gran parte y cargarlos en los hombros de la clase obrera y de la pequeña clase media.» En el contexto, está claro que Marx no se refiere al proletariado en su conjunto, sino a las «capas inferiores» de la sociedad —es decir, a los parados crónicos, los enfermos y los marginados—, un estrato social todavía existente en la actualidad y denominado con frecuencia «subclase». (Otro proscrito judío afirmó que «los pobres estarán siempre con vosotros», pero, hasta el momento, ningún economista se ha atrevido a sugerir que las enseñanzas de Jesús son desechables por haber predicho el carácter eterno de la pobreza. Incluso Leszek Kolakowski, uno de los críticos de Marx más influyentes del siglo XX, reconoció que «el empobrecimiento material no era una premisa necesaria del análisis de Marx sobre la deshumanización causada por el trabajo asalariado ni de su predicción acerca de la inevitable ruina del capitalismo».)

Lo que Marx dijo fue que, bajo el capitalismo, se produciría un descenso relativo —no absoluto— de los salarios. Se trata de algo irrefutable: ninguna empresa que obtenga un incremento del 20 por ciento en su plusvalía cederá dicha ganancia a su fuerza de trabajo en forma de un aumento salarial del 20 por ciento. «Se sigue de ello —escribe Marx— que, en la medida en que se acumula capital, la situación del trabajador tiene que empeorar, cualquiera que sea su pago, bajo o alto.» La frase clave es aquí «cualquiera que sea su pago, bajo o alto»: la esfera del trabajo va quedando cada vez más rezagada respecto a la del capital, sin importar cuántos automóviles o microondas pueden permitirse los trabajadores.

Además, en el mismo párrafo Marx deja bien claro que su definición de la pobreza (como la de Jesucristo) va bastante más allá de la vertiente puramente material, se refiere también a la destrucción del espíritu humano. Con el trabajador sujeto al capital «más firmemente [de lo] que

encadenaron a Prometeo a la roca los clavos de Hefestos», la miseria de algunos se convierte en una condición necesaria de la riqueza de otros:

... Dentro del sistema capitalista, todos los métodos de intensificación de la fuerza productiva social del trabajo se realizan a costa del trabajador individual ... mutilan al trabajador haciendo de él un hombre parcial, lo envilecen rebajándolo a adminículo de la máquina, aniquilan, al mismo tiempo que el tormento de su trabajo, el contenido de este mismo, le enajenan las potencias intelectuales del proceso de trabajo en la misma medida en que la ciencia se incorpora a ese proceso como potencia autónoma; degradan las condiciones en que trabaja el obrero, someten a este durante el proceso de trabajo al despotismo más mezquinamente odioso, convierten el tiempo de su vida en tiempo de trabajo, arrojan a su mujer y a su hijo bajo la rueda de Chaganat del capital ... La acumulación de riqueza en un polo es, pues, al mismo tiempo, acumulación de miseria, tormento de trabajo, esclavitud, ignorancia, brutalización y degradación moral en el contrapolo, esto es, del lado de la clase que produce su propio producto como capital.

La última frase, leída sin tomar en consideración el resto de la cita, podría esgrimirse como otra predicción del empobrecimiento económico absoluto que les espera a los trabajadores, pero solo un mentecato —o un profesor de economía— podría mantener esta interpretación después de leer la atronadora filípica que la precede.

En la década de 1970 se habló mucho de la inminente llegada de una «era del ocio» en la que, gracias a la automatización, apenas necesitaríamos trabajar, y también una avalancha de libros que versaban con la mayor seriedad sobre cómo llenaríamos nuestro tiempo libre sin caer en un letargo descorazonador. Cualquiera que hojeara hoy día alguno de estos tratados olvidados en una librería de viejo se pondría a reír lleno de incredulidad: el empleado medio británico actual trabaja un total de 80.224 horas a lo largo de su vida laboral, frente a las 69.000 horas de 1981. Lejos de haber perdido la ética del trabajo, parece que estamos más esclavizados que nunca a ella. La moda imperante ahora son los libros que se preguntan llenos de

inquietud cómo podemos alcanzar un «equilibrio laboral» en una época en que mucha gente solo dispone de tiempo para trabajar y dormir.

Este hecho no hubiera sorprendido a Karl Marx. En el capítulo 12* de *El capital*, critica los tratados económicos del período victoriano intermedio en los que «se puede leer en una página que el trabajador tiene que agradecer al capital el desarrollo de las fuerzas productivas, porque ese desarrollo abrevia el tiempo de trabajo necesario, y en la página siguiente, que el trabajador tiene que probar su agradecimiento trabajando en el futuro quince horas en vez de diez». Según afirma Marx, lo que la producción capitalista pretende no es una reducción de la jornada laboral, sino una minimización del tiempo de trabajo necesario para producir una mercancía. «El que el trabajador, con el aumento de la fuerza productiva de su trabajo, produzca, por ejemplo, en una hora diez veces más mercancía que antes —o sea, utilice para cada unidad de mercancía diez veces menos tiempo de trabajo— no impide en modo alguno hacerle trabajar doce horas, como antes, y en las doce horas producir 1.200 unidades, en vez de las 120 de antes. Aún más: su jornada de trabajo se puede incluso alargar al mismo tiempo, de modo que ahora produzca, en catorce horas, 1.400 unidades.» La finalidad de este proceso es «acortar la parte de la jornada de trabajo durante la cual el obrero tiene que trabajar para sí mismo, con objeto de prolongar así la otra parte de la jornada de trabajo, durante la cual puede trabajar gratis para el capitalista».

Sin embargo, si estas mercancías de más llegan al mercado mientras los trabajadores (en calidad de consumidores) no son más ricos que antes, el capitalista se quedará con infinidad de productos sin vender. ¿Qué pasa entonces? En el *Manifiesto comunista* de 1848, Marx ya había prestado atención a «las crisis comerciales que, con su recurrencia periódica, cuestionan en forma cada vez más amenazadora la existencia de la sociedad

burguesa toda. En las crisis comerciales se destruye regularmente gran parte no solo de los productos engendrados, sino de las fuerzas productivas ya creadas. En las crisis estalla una epidemia social que en todas las épocas anteriores hubiese parecido un contrasentido: la epidemia de la superproducción». Según sostenía, las condiciones de la sociedad burguesa eran demasiado estrechas para dar cabida a la riqueza por ellas creada. El capitalismo tenía dos modos de solucionar el problema: «Por una parte, mediante la destrucción forzada de gran cantidad de fuerzas productivas; por la otra, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más a fondo de mercados viejos. ¿De qué manera, pues? Las supera preparando crisis más extensas y violentas y reduciendo los medios para prevenir las crisis».

Se trata del ciclo de «crecimiento y depresión» del que los gobiernos han luchado por escapar desde entonces. En opinión de Marx, no era posible evitarlo mientras el capitalismo siguiera existiendo; el ritmo alterno de expansión y recesión era parte integral de un sistema con una tendencia natural a la sobreproducción. «La barrera real de la producción capitalista —escribió en el volumen III de *El capital*— es el propio capital.» Si la preservación del valor del capital depende de la expropiación y la pauperización de las masas, eso entrará siempre en conflicto con la tendencia simultánea del capital hacia un incremento ilimitado y sin condiciones de la productividad. «La causa última de todas las crisis reales siempre se hallará en la pobreza y el consumo restringido de las masas en comparación con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas de tal modo que solo tengan por límite el poder absoluto de consumo del conjunto de la sociedad.»

Dicho de otro modo, el capitalismo estaba amenazado de resultar herido de muerte por sus propias armas. Tras el fracaso de los levantamientos de

1848, Marx había afirmado que una nueva revolución era posible «solo como consecuencia de una nueva crisis [económica]», y había estado aguardando con impaciencia la llegada de un cataclismo. En las Navidades de 1851, predijo que, «como muy tarde, tiene que estallar el próximo otoño ... Estoy más convencido que nunca de que no se producirá una revolución seria sin una crisis del comercio». Toda conmoción en los mercados o concatenación de bancarrotas hacía que Marx pronosticara con alborozo la llegada del ansiado momento. «El primer paso es la crisis comercial, que parece cada vez más cercana y cuyos primeros síntomas se están dejando notar por todas partes. *Les choses marchent*» (1852). «Las condiciones actuales ... deben, bajo mi punto de vista, conducir a no más tardar a un terremoto» (1853). Las expectativas de Marx se veían constantemente confirmadas por Friedrich Engels, su agente en la ciudadela capitalista, quien en 1856 le informó de que, en el curso del año siguiente, se produciría «un día de cólera como nunca hasta entonces se habrá visto; toda la industria de Europa en ruinas, todos los mercados saturados de existencias ... todas las clases propietarias en apuros, una completa bancarrota de la burguesía, guerra y libertinaje en grado extremo». Como ya hemos visto, en el invierno de 1857-1858 Marx trabajó de forma frenética en las notas económicas que se convertirían en los *Grundrisse*, «para tener claros los esquemas antes del diluvio». Y volvió a retomar el tema en un epílogo a la segunda edición del volumen I de *El capital* (1873), escrito para defender su estilo dialéctico:

En su figura racional [la dialéctica] es un escándalo y un horror para la burguesía, porque abarca en la comprensión positiva de lo existente también y al mismo tiempo la comprensión de su negación, de su ocaso necesario ... El contradictorio movimiento de la sociedad capitalista se hace perceptible del modo más llamativo para el burgués práctico en las peripecias del ciclo periódico que recorre la industria moderna, y en su punto culminante, la crisis general. Esta se vuelve a poner en marcha...

Cuando llegara, añadió, su intensidad y universalidad «meterán la dialéctica en la cabeza incluso de los niños mimados del nuevo Sacro Imperio Alemán de la Nación Prusiana».

Pero se trataba de una vana esperanza. Casi un siglo y medio después, el uso que Marx hizo de la dialéctica en *El capital* sigue siendo objeto de disputas acaloradas. El método deriva de las enseñanzas de Hegel, que sintetizó muchas formas dialécticas previas —desde las paradojas de Zenón hasta la crítica kantiana— en lo que bien pudiera resumirse como un proceso autogenerador de la razón. Hegel lo llamó «el discernimiento de los opuestos en su unidad, o de lo positivo en lo negativo», es decir, la búsqueda de contradicciones y su incorporación en ideas nuevas y más definidas. Cada idea es el producto de una fase menos desarrollada de esa idea, pero contiene en su interior el germen de una idea más avanzada.

La importancia que tiene todo esto para la concepción de Marx acerca del progreso económico resulta bastante clara (aunque Hegel, al ser un idealista y no un materialista, hubiera protestado sin duda por la inversión de su técnica). Para Hegel, el mundo real no es más que una expresión de «la Idea», mientras que, para Marx, la Idea no es sino el mundo material reflejado en la mente humana y trasladada a formas de pensamiento. «La dialéctica de Hegel es el fundamento de todas las dialécticas —escribió Marx—, pero solo después de haber sido despojada de sus aspectos más oscuros, y esto es precisamente lo que distingue a mi método.» En ese epílogo de 1873, Marx recuerda que criticó los aspectos más oscurantistas de la dialéctica de Hegel casi treinta años antes, en una época en que estaba aún de moda.

Pero precisamente cuando escribía el primer tomo de *El capital*, los impertinentes, soberbios y mediocres epígonos que hoy tienen la gran palabra en la Alemania instruida, se complacían en

tratar a Hegel ... como a «perro muerto». Por eso me profesé abiertamente discípulo de aquel gran pensador, y hasta coqueteé aquí y allá, en el capítulo sobre la teoría del valor, con el modo de expresión que le era característico.

No obstante, como Marx muy bien sabía, estos coqueteos dialécticos tenían un valor de uso adicional. Tras escribir en 1857 un artículo sobre el Gran Motín de la India, en el que sugería que los británicos empezarían a retirarse en cuanto empezara la estación de las lluvias, le confesó a Engels lo siguiente: «Cabe la posibilidad de que haga el ridículo. Pero, en ese caso, uno siempre puede salir del apuro con un poco de dialéctica. Desde luego, he redactado mi argumentación de tal modo que parezca que llevo razón». Aplicada de este modo, la dialéctica equivale a no tener que admitir nunca que uno estaba equivocado.

Hasta la profecía más claramente inequívoca de *El capital* —la caída inminente del capitalismo— puede eludir, pues, el soplete crítico de quienes pretenden refutarla. En la peroración del volumen I, Marx sostiene que la competencia entre capitalistas concentra la producción en unidades más grandes aún, que incrementan la opresión y explotación, «pero también la indignación de la clase obrera en constante crecimiento y educada, unificada y organizada por el mecanismo del proceso de producción capitalista ... Suena la última hora de la propiedad privada capitalista». La mayoría de los lectores deducen de ello que Marx pensaba que el capitalismo se hallaba ya a las puertas de la muerte, una conclusión plenamente razonable en vista del regocijo apocalíptico con que recibía cada nueva crisis financiera. («Las condiciones actuales ... deben, bajo mi punto de vista, conducir a no más tardar a un terremoto.») Pese a todo, resulta sorprendente que fuera precisamente Marx quien creyera con mayor firmeza en esa suposición. La descripción que hizo el propio Marx de las varias fases históricas de la producción económica —primitiva-comunal,

antigua, feudal y capitalista— muestra que cada etapa duró muchos siglos, a veces incluso milenios, antes de dar paso a la siguiente. Además, Marx reconoce que el capitalismo burgués es mucho más dinámico y poderoso que cualquiera de los modos de producción anteriores; como escribió en el *Manifiesto comunista*, «ha llevado a cabo obras maravillosas totalmente diferentes a las pirámides egipcias, los acueductos romanos y las catedrales góticas, ha realizado campañas completamente distintas de las migraciones de pueblos y de las cruzadas». ¿Cómo es posible, pues, que Marx creyera que esta fuerza imponente estaba destinada a fenecer tras solo uno o dos siglos de existencia?

Quizá en realidad no lo creía. El volumen I puede parecer un toque de difuntos por el capitalismo, pero en el último capítulo del volumen II puede encontrarse una «exposición esquemática» de cálculos hipotéticos en la que se proporciona un modelo económico de economía capitalista que crece de modo sostenido y sin crisis recurrentes, y que, en teoría, podría hacerlo indefinidamente. Aunque Marx ansía el colapso del capitalismo y que se ponga fin a la explotación —un anhelo que da lugar en ocasiones a profecías espeluznantes sobre un desastre inminente—, la fuerza de su retórica se relativiza y matiza cuando uno estudia la obra de Marx en su conjunto. Con frecuencia se ha descrito al autor de *El capital* como un determinista mecánico que veía el mundo en términos de leyes de hierro y consecuencias inevitables, pero eso es una caricatura. Bien es verdad que en el *Manifiesto comunista* sostuvo que la caída de la burguesía y la victoria del proletariado eran «inevitables por igual»; sin embargo, en *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852) añadió que «los hombres forjan su propia historia, aunque no la forjan como les place; no lo hacen bajo circunstancias escogidas por ellos, sino bajo circunstancias que han encontrado directamente y les vienen dadas y transmitidas por el pasado».

El prólogo original de *El capital* promete describir «las leyes naturales de la producción capitalista ... elaborándolas con necesidad de hierro». No obstante, como antiguo estudiante de derecho que era, Marx sabía que la mera existencia de una ley contra, pongamos por caso, los robos no implica que estos dejen de producirse. Esto resulta particularmente claro en uno de sus planteamientos más controvertidos, la llamada «ley de la tasa decreciente de los beneficios».

La idea de que la tasa de beneficios puede disminuir a medida que una economía se desarrolla la compartían todos los economistas clásicos, incluidos Adam Smith y David Ricardo, aunque divergían en cuanto a por qué esto podía suceder. Smith lo atribuía a una disminución de las oportunidades de lucrarse, mientras que Ricardo pensaba que una oferta limitada de tierras provocaría un descenso de las rentas, cosa que daría lugar a una reducción de los márgenes de beneficio. Sin embargo, de acuerdo con Marx, tal como lo expuso en el volumen III, la competencia entre fabricantes los obligaría a invertir más en «capital constante» (la fábrica y la maquinaria) y, por tanto, menos, en proporción, en «capital variable» (los salarios de los trabajadores). Si, como creía Marx, el trabajo humano es la fuente del valor de cambio, entonces la tasa de beneficios —si no su total real— debe disminuir: «Con ello queda demostrado, a partir de la esencia del modo capitalista de producción y como una necesidad obvia, que en el progreso del mismo la tasa media general de la plusvalía debe expresarse en una tasa general decreciente de ganancia».

Se han planteado muchas críticas contra esta afirmación rotunda y débilmente justificada, y Marx parecía esperar que así fuera. En el siguiente capítulo trató de hallar razones que explicaran por qué, en la práctica, la tasa de beneficios no cayó, al contrario de lo estipulado por su teoría. Una es el comercio exterior: los artículos importados producidos a bajo coste

permiten un margen de beneficios más alto. Y también aduce la familiar cuestión del ejército industrial de reserva: una mayor productividad convierte a los obreros en un elemento redundante y fuerza una caída de los salarios, algo que ralentiza la tendencia a sustituir el trabajo humano por maquinaria costosa. En resumen, hay «influencias contrarrestantes que interfieren la acción de la ley general y la anulan, dándole solamente el carácter de una tendencia». De hecho, «las mismas causas que provocan el descenso de la tasa general de ganancia, suscitan acciones de signo contrario que inhiben, retardan y en parte paralizan dicha caída». De nuevo parece que Marx esté aquí reformulando sus argumentos para dar la impresión de que lleva razón.

Pueden encontrarse salvedades similares en las páginas que Marx dedica a las crisis endémicas de sobreproducción (o, vistas desde el otro lado, de bajo consumo). La primera consecuencia de una recesión es que provoca una fuerte caída de los precios y una depreciación del capital, pero también sirve para restablecer la tasa de beneficios y permite una reanudación de la inversión y el crecimiento económico. O, tal como lo expone Marx en el volumen III de *El capital*: «El estancamiento verificado en la producción habría preparado una ulterior ampliación de la misma, dentro de los límites capitalistas. Y de este modo se recorrería nuevamente el círculo vicioso. Una parte del capital desvalorizada por una paralización funcional recuperaría su antiguo valor. Por lo demás, se recorrería nuevamente el mismo círculo vicioso con condiciones de producción ampliadas, con un mercado expandido y con una fuerza productiva acrecentada». Así pues, ¿no cabría ver estas depresiones periódicas como un mecanismo de autocorrección que garantiza la supervivencia perpetua del sistema en lugar de precipitar su caída? Como dijo Leon Trotski, «el capitalismo vive de las

crisis y los *booms*, al igual que los seres humanos lo hacen de inspirar y expirar aire».

Marx no explica en ningún punto de *El capital* por qué o cómo —y menos aún cuándo— va el sistema a autodestruirse; se limita a afirmar que está convencido de ello. Cada depresión económica conduce a una mayor concentración de capital, y este proceso de monopolización se convierte en una traba del modo de producción, hasta que «la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el cual se hacen incompatibles con su cobertura capitalista. Suena la última hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados». Con esta halagüeña perspectiva concluye Marx el primero (y único completo) de los volúmenes de *El capital*.

Bueno, no exactamente. Tras su tremenda perorata, Marx decidió añadir una coda irónica en forma de capítulo sobre «La teoría moderna de la colonización», cuyo propósito es mostrarnos qué sucede si los productores pueden liberarse de sus grilletes. En países como Inglaterra, el régimen capitalista había subordinado tan completamente los recursos de la nación a sus intereses que los economistas lo veían como algo que formaba parte del orden natural de las cosas. No obstante, Marx señaló que eso no ocurría en las colonias, donde el señor Caudales tiene que habérselas con el obstáculo representado por los colonos de clase obrera que utilizan su trabajo para enriquecerse ellos en lugar de al capitalista. («Es una gran noticia —le había escrito Engels a Marx en septiembre de 1851, tras el descubrimiento de oro en el sur de Australia—. Los británicos serán expulsados y los estados unidos de asesinos, ladrones, violadores y carteristas deportados sobrecogerán al mundo entero al demostrar qué maravillas puede llevar a cabo un Estado integrado por maleantes sin escrúpulos.»)

La anécdota aclaratoria en este capítulo final es la historia tragicómica de

un tal señor Peel, que emigró de Inglaterra al distrito de Swan River, en Australia occidental, con 50.000 libras esterlinas y 3.000 hombres, mujeres y niños pertenecientes a la clase obrera. Pero hubo un factor que el señor Peel no tuvo en cuenta: debía mantener a sus trabajadores alejados de los medios de producción. Al encontrarse en medio de una región deshabitada y con abundantes tierras vírgenes, abandonaron a su patrón y lo dejaron «sin un solo criado que le hiciera la cama o que le fuera a buscar agua al río». «Desgraciado señor Peel —escribió Marx—, que lo previó todo, salvo el exportar al Swan River las relaciones de producción inglesas.»

Marx encontró la historia del señor Peel en un libro escrito por Edward Gibbon Wakefield, un hombre de negocios que la citaba como ejemplo de las consecuencias funestas que acarrea una colonización espontánea y desprovista de regulaciones. En el asentamiento de Swan River, se lamentaba Wakefield, «se perdió un gran capital en semillas, ganado e instrumentos por falta de trabajadores asalariados, y ... ningún colono posee más capital que el que puede aplicar con sus manos». Asimismo, en los estados septentrionales de Estados Unidos «es dudoso que ... pertenezca a la categoría de los trabajadores asalariados un décimo de la población». Cuando se les presenta la oportunidad, los trabajadores dejan de ser asalariados para convertirse en productores independientes, quizá incluso en «competidores de sus viejos amos en el mismo mercado del trabajo asalariado». Para poner remedio a esta desalentadora situación, Wakefield abogaba por una «colonización sistemática», que garantizaría un suministro regular de trabajadores serviles y dependientes, cuya función y estatus se parecerían en no poca medida a los de los esclavos. Se podría lograr con facilidad imponiendo un precio artificialmente elevado sobre las tierras vírgenes, fuera del alcance de los asalariados corrientes, y obligarlos así a trabajar para el pobre señor Peel.

Es fácil ver por qué a Marx le resulta tan placentera esta sincera admisión de los requisitos del capitalismo. «El gran mérito de E. G. Wakefield — escribe Marx— consiste no en haber dicho nada nuevo sobre las colonias, sino en haber revelado en las colonias la verdad acerca de la situación capitalista de la metrópoli ... el modo de producción y acumulación capitalista y, por lo tanto, también la propiedad privada capitalista, condicionan la aniquilación de la propiedad privada basada en trabajo propio, esto es, la expropiación del trabajador.» El hecho de que Marx eligiera esta frase para poner punto final a su libro es revelador acerca de sus intenciones como autor. En caso de haber hecho que finalizara con la supresión de todas las ficciones burguesas y la expropiación de los expropiadores, *El capital* podría tomarse básicamente como una obra profética sobre el inevitable colapso del capitalismo. En vez de ello, Marx dirigió de nuevo su atención a las víctimas en lugar de a los opresores, confirmándonos así, una vez más, el tema central de la obra, que al margen de cuál sea su destino y de si dura cien o mil años más, el capitalismo se fundamenta en la explotación.

Regresamos así al punto de partida, a un averno en la Tierra que parece una versión secular del *Inferno* de Dante. «¿Qué más te da lo que la gente susurre aquí? —le pregunta Virgilio a Dante en el Canto 5 del *Purgatorio*—. Sígueme y deja que la gente hable [*Vien retro a me, e lascia dir le genti*].» A falta de un Virgilio que lo guiara, en el prólogo al volumen I de *El capital* Marx reformula el verso para advertirnos de que él no hará concesiones ante los prejuicios de otros: «Sigue para mí vigente, como siempre, la sentencia del gran florentino: *Segui il tuo corso, e lascia dir le genti!* [“¡Sigue tu camino y que las gentes digan!”]». Así pues, el libro está pensado desde el principio como un descenso a los infiernos, e incluso en

medio de complejas abstracciones teóricas, Marx demuestra poseer un vivo sentido del lugar y el movimiento:

Consiguientemente, vamos a abandonar, junto con el poseedor de dinero [el señor Caudales] y el poseedor de fuerza de trabajo, esa esfera ruidosa, instalada en la superficie y accesible a todas las miradas, para seguir a ambos hasta el oculto lugar de la producción en cuyo umbral se puede leer: «Prohibida la entrada, excepto por negocios». Aquí se verá no solo cómo produce el capital, sino también cómo se produce el capital mismo. El misterio de la plusmanipulación se tiene que desvelar de una vez.

Los antecedentes literarios de ese viaje nos son a menudo recordados a medida que Marx prosigue su camino. Al describir las fábricas de cerillas británicas, donde la mitad de los trabajadores son muy jóvenes (algunos no tienen más de seis años) y las condiciones de trabajo son tan duras que «solo la parte más miserable de la clase trabajadora, viudas al borde de la inanición y gente así, envía sus hijos allí», Marx escribe lo siguiente:

[Con] jornada de trabajo variable de doce a catorce y quince horas, trabajo nocturno, comidas irregulares, generalmente en las mismas naves de trabajo, apestadas de fósforo. Dante verá superadas en esta manufactura sus fantasías infernales más crueles.

Otros infiernos imaginarios embellecen más aún su descripción de la realidad empírica:

Vamos a entresacar aún del abigarrado montón de obreros de todas las profesiones, edades y sexos, que acuden a nosotros más impetuosamente que a Ulises las almas de los que perecieron de muerte violenta y por cuyo aspecto se aprecia a primera vista el exceso de trabajo que padecen, sin necesidad de que presenten los Libros Azules, dos personajes cuyo llamativo contraste prueba que todos los hombres son iguales ante el capital: una modista y un herrero.

Se trata de las palabras que preceden la historia de Mary Anne Walkley, una muchacha de veinte años de edad que falleció «de exceso de trabajo»

después de trabajar durante más de veintiséis horas seguidas confeccionando sombreros de señora para las invitadas a un baile de etiqueta organizado por la princesa de Gales en 1863. La patrona de la muchacha («una dama con el agradable nombre de Elisa», como señala Marx cáusticamente) sufrió un fuerte disgusto al descubrir que la chica había muerto sin haber acabado el elegante vestido que estaba cosiendo en ese momento.

En caso de que estos personajes no hubieran existido realmente, Charles Dickens tendría seguramente que haberlos inventado. Puede percibirse un sesgo dickensiano a lo largo de todo *El capital*, y en ocasiones Marx le guiña explícitamente el ojo a un autor al que admiraba. He aquí, por ejemplo, cómo rebate Marx a los apologistas burgueses que sostienen que sus críticas a ciertas aplicaciones de la tecnología demuestran que es un enemigo del progreso social y de las utilidades de la maquinaria:

Es exactamente la argumentación del célebre rebanador de gargantas Bill Sikes: «Señores del jurado: es verdad que a estos viajantes de comercio se les ha cortado la garganta. Pero ese hecho no es culpa mía, sino culpa del cuchillo. ¿Y por esas molestias transitorias hemos de abolir el uso del cuchillo? Piénsenlo bien. ¿Qué sería de la agricultura y de los oficios sin el cuchillo? ¿No es, acaso, tan salúfero en la cirugía como sabio en la anatomía? ¿Y no es, además, voluntarioso ayudante en el alegre banquete? Prohíban el cuchillo, y nos echarán atrás, a la más profunda barbarie».

Pero Bill Sikes no pronuncia semejante discurso en *Oliver Twist*; se trata de la extrapolación satírica de Marx. «Son mis esclavos —diría en alguna ocasión, gesticulando en dirección a los libros de sus estanterías—, y deben servirme a mi antojo.» La tarea de esta fuerza de trabajo esclava era proporcionar materia prima que a Marx le sirviera para sus propósitos. «No tiene una conversación monotemática, sino que es tan variada como los libros que reposan sobre sus estanterías —escribió un periodista del

Chicago Tribune que visitó a Marx en 1878 para realizarle una entrevista—. Por lo general, se puede juzgar a un hombre por los libros que lee, y el lector sacará sus propias conclusiones cuando le diga que, echando un simple vistazo, descubrí obras de Shakespeare, Dickens, Thackeray, Molière, Racine, Montaigne, Bacon, Goethe, Voltaire, Paine; Libros Azules ingleses, norteamericanos, franceses; obras políticas y filosóficas escritas en ruso, alemán, español, italiano, etcétera.» En efecto, la lista podía extenderse. En 1976 el profesor S. S. Prawer escribió un libro de 450 páginas dedicado por entero a las referencias literarias de Marx. El volumen I de *El capital* incluía citas de la Biblia, Shakespeare, Goethe, Milton, Voltaire, Homero, Balzac, Dante, Schiller, Sófocles, Platón, Tucídides, Jenofonte, Defoe, Cervantes, Dryden, Heine, Virgilio, Juvenal, Horacio, Tomás Moro y Samuel Butler, así como alusiones a cuentos de terror sobre licántropos y vampiros, libros de coplas alemanes, novelas románticas inglesas, baladas, canciones y poemas populares, melodramas y farsas teatrales, además de leyendas y proverbios.

¿Y qué decir de la categoría literaria de *El capital*? Marx sabía que su obra no podía alcanzar esa condición aprovechándose de los méritos ajenos, apoyándose en los logros literarios de otros escritores. En el volumen I muestra su desprecio por los economistas que ocultan «el sentimiento, no del todo reprimible, de impotencia científica y la inquietante conciencia de tener que hacer de dómynes en un terreno de hecho ajeno bajo la pompa de la erudición histórico-literaria o mediante la mezcla de material extraño». El temor a que él mismo hubiera podido incurrir en ese delito acaso explica su angustiada admisión, en el epílogo a la segunda edición, de que «nadie puede ser tan consciente de las deficiencias literarias de *El capital* como yo». Aun así, resulta sorprendente que sean tan pocos los que hayan contemplado el libro como una obra literaria. *El capital* ha engendrado

infinidad de textos en los que se analiza la teoría del valor o la ley de la tasa decreciente de los beneficios formuladas por Marx, pero solo unos pocos críticos han prestado una atención seria a la ambición de Marx, expresada en varias cartas dirigidas a Engels, de escribir una obra de arte.

Uno de los impedimentos es tal vez que la estructura múltiple de *El capital* no se presta a una fácil categorización. El libro puede leerse como una larga novela gótica cuyos héroes están esclavizados y son consumidos por el monstruo que han creado («El capital nace goteando sangre y porquería de pies a cabeza, por todos los poros»); o como un melodrama victoriano (en su estudio de 1962 *The Tangled Bank: Darwin, Marx, Frazer and Freud as Imaginative Writers*, S. E. Hyman llegó a proponer un título apropiado para el drama: *The Mortgage on Labour-Power Foreclosed*, [«La ejecutada hipoteca sobre la fuerza de trabajo»]); o como una comedia negra (al desvelar la «objetividad fantasmagórica» de la mercancía para exponer la diferencia entre la apariencia heroica y la realidad ignominiosa, Marx utilizó uno de los métodos clásicos de la comedia, como si despojase al valiente caballero de su armadura para poner al descubierto a un hombre menudo en paños menores); o como una tragedia griega («Como en *Edipo*, los actores del relato de Marx sobre la historia de la humanidad están dominados por una necesidad inexorable que se desarrolla sin importar qué hagan ellos —escribió C. Frankel en *Marx and Contemporary Scientific Thought*—. Aun así, todo lo que los une a este destino aciago es su trágica ceguera, sus ideas fijas, que les impiden ver las cosas hasta que es ya demasiado tarde»). O quizá es una utopía satírica como el país de los Houyhnhnms que aparece en *Los viajes de Gulliver*, donde toda perspectiva procura satisfacción y solo el hombre es vil; en la versión de Marx de la sociedad capitalista, al igual que en el seudoparaíso equino de Jonathan

Swift, el falso Edén es creado reduciendo el común de los humanos a la categoría de patanes impotentes y alienados.

Para hacer justicia a la desquiciada lógica del capitalismo, el texto de Marx está preñado de ironía, una ironía que se les ha escapado a la mayoría de los estudiosos durante los últimos ciento cuarenta años. Una de las pocas excepciones es el crítico literario estadounidense Edmund Wilson, que en su obra *Hacia la estación de Finlandia. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia* (1940) mantenía que el propósito de las abstracciones teóricas de Marx —la danza de las mercancías, el surrealista punto de cruz del valor— es básicamente irónico, al combinarse con descripciones horrendas y bien documentadas de la miseria y el embrutecimiento que las leyes capitalistas crean en la práctica. Wilson consideraba *El capital* una parodia de la economía clásica, «y una vez que lo hemos leído, las obras convencionales sobre economía nunca nos parecen ya lo mismo: a través de sus argumentos y cifras, siempre podemos ver las realidades de las crudas relaciones humanas, que dichas obras tienen por objetivo o efecto encubrir». Según Wilson, nadie había conseguido nunca una penetración psicológica tan certera en la capacidad infinita de la naturaleza humana para mostrarse olvidadiza o indiferente ante las penas que infligimos a los demás seres humanos cuando tenemos la oportunidad de obtener algo de ellos en beneficio propio. «Al abordar este tema, Marx se convirtió en uno de los grandes maestros de la sátira. Ciertamente, Marx es el mayor satírico desde Swift, y ambos tienen muchos puntos en común.»

Se trata de un elogio tan hiperbólico o increíble que tal vez sea conveniente aportar algunas pruebas que lo demuestren. Permítasenos, pues, citar la obra póstuma *Teorías de la plusvalía*, el llamado «cuarto volumen» de *El capital*, en el que Marx efectúa un repaso de los diferentes intentos de los economistas clásicos por distinguir entre el trabajo

«productivo» y el «improductivo». En esta última categoría Adam Smith había incluido a «los eclesiásticos, los abogados, los médicos, los hombres de letras de todos los tipos; los actores, los bufones, los músicos, los cantantes de ópera, los bailarines, etc.», todos los cuales «son mantenidos por una parte del producto anual de la industria de otras personas». Pero ¿se trata realmente de una distinción tan clara y sencilla? Marx sugiere que cualquier empleo puede ser productivo, y se propone demostrarlo mediante un ejemplo claramente absurdo:

Un filósofo produce ideas, un poeta poemas, un cura sermones, un profesor libros de texto, etc. Un delincuente produce delitos. Si se observa más detenidamente la conexión de esta última rama de la producción con el conjunto de la sociedad, nos liberaremos de muchos prejuicios. El delincuente no produce exclusivamente delitos, sino también el derecho penal y, de esta forma, el profesor que da lecciones sobre derecho penal, y además el inevitable libro de texto en el que el mismo profesor arroja al mercado general sus lecciones como «mercancía» ...

El delincuente produce además toda la policía y la justicia penal, alguaciles, jueces, verdugos, jurados, etc.; y todas estas diferentes ramas de actividad, que constituyen otras tantas categorías de la división del trabajo social, que desarrollan diferentes capacidades del espíritu humano, que crean nuevas necesidades y nuevas formas de satisfacerlas. Solo la tortura ha dado origen a los inventos mecánicos más ingeniosos y en la producción de sus instrumentos ha dado ocupación a una masa de artesanos honrados.

El delincuente produce una impresión, en parte moral, en parte trágica, según los casos, y presta de esta manera un «servicio» al movimiento de los sentimientos morales y estéticos del público. No solo produce libros de texto sobre derecho penal, no solo códigos penales y con ello legisladores penales, sino también arte, hermosa literatura, novelas e incluso tragedias, como demuestran no solo *La culpa* de Müllner y *Los bandidos* de Schiller, sino incluso *Edipo* y *Ricardo III*. (En caso de escribir en la actualidad, Marx

podría añadir que, sin crímenes y delincuentes, no hubieran existido John Grisham, ni el inspector Morse, ni Tony Soprano, ni James Bond.) El delincuente interrumpe la monotonía y la seguridad cotidiana de la vida burguesa. La protege con ello del estancamiento y provoca esta tensión y movilidad inquieta, sin las cuales incluso el aguijón de la competencia se embotaría...

La influencia del delincuente en el desarrollo de las fuerzas productivas puede ser demostrada hasta en detalle. ¿Se habrían desarrollado las cerraduras hasta su perfección actual si no hubiera robos? ¿Se habría desarrollado la fabricación de billetes de banco hasta su perfeccionamiento actual si no hubiera falsificadores de moneda? ... Y si abandonamos la esfera del delito privado: sin delitos nacionales, ¿habría surgido alguna vez el mercado mundial? ¿Incluso las naciones exclusivamente? ¿Y no es el «árbol del mal» al mismo tiempo el árbol de la ciencia desde la época de Adán?

Como dice Edmund Wilson, este pasaje puede muy bien compararse con la modesta propuesta de Swift de remediar la miseria de Irlanda convenciendo a los famélicos pobres de que se alimenten de los bebés sobrantes.

Sin embargo, en última instancia, ni siquiera Wilson parece comprender el argumento. Unas pocas páginas después de haber elogiado la aguda penetración psicológica de Marx y de elevarlo al panteón de los genios de la sátira, se queja de «la tosquedad de la motivación psicológica que subyace en la visión que tiene Marx del mundo» y se lamenta de que la teoría propuesta en *El capital* es «sencillamente, al igual que la dialéctica, una creación del metafísico que nunca cedió ante el economista que había en Marx». Esta aseveración suena muy parecida a las reseñas alemanas en las que se acusaba a Marx de ser un «sofista hegeliano», un delito del que Marx se confesó gustosamente culpable, pues no tuvo problema alguno en admitir que en *El capital* coqueteó con el modo de expresión de Hegel. Los

devaneos dialécticos que tanto ofendieron a Wilson forman un todo inseparable con la ironía que tanto admiraba; ambas técnicas vuelven del revés la realidad aparente para desvelar sus secretos culpables. Como el filósofo norteamericano Robert Paul Wolff afirmó en una conferencia en 1984, «curioso cumplido es llamar a un escritor el mayor satírico desde Swift y luego juzgar que sus esfuerzos intelectuales más serios no son más que un despliegue de metafísica excéntrica».

¿A santo de qué, pues, esta combinación que hace Marx de discurso literario irónico y relato «metafísico» acerca de la sociedad burguesa? O, tal como Wolff planteó la cuestión: «¿Por qué tuvo Marx que escribir como lo hizo si su principal objetivo era cumplir las tareas intelectuales que se había propuesto?». En caso de haber querido escribir un simple texto de economía clásica, lo podría haber hecho sin problema; y, de hecho, lo hizo. Dos conferencias pronunciadas en junio de 1865, publicadas posteriormente como *Salario, precio y ganancia*, nos proporcionan un resumen conciso y lúcido de sus teorías sobre las mercancías y el trabajo: «Un hombre que produce un artículo para su utilización inmediata, para su propio consumo, crea un producto, pero no una mercancía ... Una mercancía posee un valor, porque es una cristalización de trabajo social ... El precio, como tal, no es más que la expresión monetaria del valor ... Lo que el trabajador vende no es directamente su trabajo, sino su poder obrero, que pone temporalmente a disposición del capitalista». Y este no es sino un ejemplo más entre otros muchos que cabría citar. Cualesquiera que sean sus méritos como análisis económico, cualquier niño espabilado puede entender este fragmento; no hay en él metáforas elaboradas o metafísica, ni digresiones o excursos filosóficos incomprensibles, ni florituras literarias. Así pues, ¿por qué es *El capital*, una obra con un único objeto de estudio, tan dispar en cuanto al estilo? ¿Perdió Marx de repente el don de la facilidad de palabra? Está claro

que no; al tiempo que pronunciaba las citadas conferencias, estaba completando el volumen I de *El capital*. Podemos encontrar una clave en una de las escasas analogías que se permitió en *Salario, precio y ganancia*, cuando explica su creencia de que las ganancias se obtienen al vender las mercancías a su valor «real», y no, como cabría suponer, añadiéndoles un recargo. «Esto parece una paradoja y algo contrario a la observación cotidiana —escribe—. Pero también resulta paradójico que la Tierra gire alrededor del Sol y que el agua la formen dos gases altamente inflamables. La verdad científica es siempre una paradoja si se juzga a partir de la experiencia cotidiana, que aprehende tan solo la naturaleza ilusoria de las cosas.»

La función de la metáfora consiste en hacernos contemplar algo de nuevo transfiriendo sus cualidades a algo distinto, convirtiendo lo familiar en lo extraño, o viceversa. Ludovico Silva, un crítico mexicano de Marx, se ha basado en el sentido etimológico del término «metáfora» como transferencia para sostener que el capitalismo es en sí mismo una metáfora, un proceso alienante que desplaza la vida del sujeto al objeto, del valor de uso al valor de cambio, de lo humano a lo monstruoso. Visto así, el estilo literario adoptado por Marx en *El capital* no es una pátina de color aplicada a un lienzo económico que, de otro modo, resultaría prohibitivo, como una loncha de jamón dispuesta sobre una tostada delgada, sino que es el único lenguaje apropiado mediante el cual expresar «la naturaleza ilusoria de las cosas», una empresa ontológica que no puede ser confinada dentro de los límites y convenciones de un género ya existente, como la economía política, la antropología o la historia. En definitiva, *El capital* es una obra por completo *sui generis*. No ha existido nada remotamente parecido antes o después de ella, algo que probablemente explica por qué ha caído tantas veces en el olvido o ha sido malinterpretada de forma tan reiterada.

Vida posterior

Un siglo después de la publicación de *El capital*, el primer ministro británico Harold Wilson, laborista para más señas, se jactó de no haberlo leído nunca: «No pude pasar de la segunda página, donde hay una nota al pie que la ocupa casi por entero. Pensé que dos frases de texto principal y una página de notas al pie era demasiado». Pero si echamos un rápido vistazo al volumen I de *El capital* comprobaremos hasta qué punto era exagerada la afirmación de Wilson; es cierto que hay varias notas en las primeras páginas, pero ninguna se extiende más allá de unas pocas frases. Con todo, Wilson hablaba seguramente por boca de otros muchos lectores, a quienes les había disuadido la «dificultad» percibida o real del libro.

Marx ya previó esta reacción en el prólogo: «La dificultad mayor será la comprensión del primer capítulo, particularmente de la sección que contiene el análisis de la mercancía. Por lo que hace, más detalladamente, al análisis de la sustancia y la magnitud del valor, lo he popularizado todo lo posible». Según afirmaba, la forma valor era la sencillez personificada: «A pesar de ello, el espíritu humano ha intentado en vano desde hace más de dos mil años escrutarla en su profundidad ... Así pues, con excepción de la sección sobre la forma valor, no se podrá acusar a este libro de ser difícil de

comprender. Presupongo, naturalmente, lectores que quieran aprender algo nuevo y, por lo tanto, pensar también ellos mismos».

Pero ni siquiera Engels parecía estar del todo convencido. Cuando el libro se encontraba en la fase de composición, le advirtió a Marx de que no hacer más claros los argumentos teóricos separándolos en secciones más breves y con encabezamientos por separado era un grave error. «Habría acabado pareciéndose a un libro de texto escolar, pero muchos lectores lo hubieran encontrado bastante más fácil de leer. El *populus*, incluidos los académicos, no están ya acostumbrados a esta forma de pensar, y es necesario hacérselo lo más comprensible posible.» Marx introdujo algunos cambios en las galeradas, pero no eran más que enmiendas marginales. «¡Cómo puede dejar la estructura externa del libro tal como está ahora mismo! —le preguntó Engels desesperado tras ver las pruebas finales—. El cuarto capítulo tiene casi doscientas páginas y tan solo cuatro subsecciones ... Además, el hilo argumental queda constantemente interrumpido por aclaraciones, y el punto que va a aclararse nunca se resume tras la aclaración, de tal modo que uno pasa directamente de la explicación de un punto a la exposición de otro. Resulta terriblemente agotador e induce a confusión.»

Otros admiradores de Marx se encontraron también con que los ojos se les cerraban mientras luchaban por entender los oscuros capítulos iniciales. «Por favor, sea tan amable de decirle a su mujer —le escribió Marx a Ludwig Kugelmann, el amigo de Hannover— que los capítulos sobre “La jornada de trabajo”, “Cooperación, división del trabajo y maquinaria” y, finalmente, sobre “La llamada acumulación originaria” son los más legibles. Tendrá que explicarle toda la terminología que le resulte incomprensible. Si se encuentran con algún otro punto que ofrezca dudas, estaré encantado de ayudarles.» Cuando el gran socialista inglés William

Morris leyó *El capital*, «disfrutó mucho con la parte histórica», pero confesó haberse sentido «atormentado por las dudas al leer la parte puramente económica de esa gran obra. En cualquier caso leí hasta donde pude, y espero que la lectura me haya servido para retener parte de la información». (Además, su adquisición del *El capital* demostró ser una buena inversión en todos los sentidos; el ejemplar de Morris del primer volumen, encuadernado en cuero y maravillosamente ornado, se vendió por cincuenta mil dólares en una subasta pública celebrada en mayo de 1989.)

Las notables dificultades de comprensión, más que la animosidad política, quizá sea lo que explica la falta de reacciones ante la aparición de *El capital*. «El silencio que envuelve a mi libro me pone nervioso», reconoció Marx. Engels trató de darle mayor publicidad enviando reseñas hostiles firmadas bajo seudónimo a periódicos alemanes, y emplazó a otros amigos de Marx a hacer lo mismo. «Lo más importante es que el libro sea sometido una y otra vez a discusión, de la forma que sea —le dijo a Kugelmann—. En palabras de nuestro viejo amigo Jesucristo, debemos ser tan inocentes como una paloma y tan astutos como una serpiente.» Kugelmann hizo todo lo posible por colaborar y consiguió que se publicaran dos artículos en sendos periódicos de Hannover, pero, puesto que apenas entendía el libro, ninguno de los dos resultaba especialmente iluminador. «Kugelmann parece cada vez más estúpido», espetó Engels en un arranque de cólera.

Fueron necesarios cuatro años para que se agotaran las mil copias de la primera edición. Aunque en el epílogo a la segunda edición (1872) Marx afirmó que «el mejor premio de mi trabajo es la comprensión que ha encontrado prontamente *El capital* en amplios círculos de la clase obrera alemana», parece poco probable que el volumen llegara a muchos trabajadores (si bien Joseph Dietzgen los introdujo en sus temas principales

en una serie de artículos para la publicación socialista *Demokratisches Wochenblatt*). «Debe de haber pocos libros que hayan sido escritos en circunstancias tan difíciles —escribió Jenny Marx—. Si los obreros tuvieran la menor idea de los sacrificios que fueron necesarios para completar esta obra, que fue escrita para ellos y por su bien, quizá mostrarían algo más de interés.» Pero en vista de su extensión, su densidad y lo poco familiarizados que estaban los trabajadores con el tema tratado, ¿cómo iban a mostrar dicho interés? Como el propio Marx señaló: «En Alemania la economía política sigue siendo una ciencia extranjera».

Pese a todo, en otros lugares sí que hubo muestras de interés por el libro. Ya en enero de 1868, dos meses después de su publicación, la *Saturday Review* de Londres incluyó *El capital* en un resumen de libros alemanes de reciente publicación. «Los puntos de vista del autor quizá sean todo lo perniciosos que se quiera —concluía la reseña—, pero no pueden ponerse en duda la verosimilitud de su lógica, la fuerza de su retórica y la elegancia con que aborda las cuestiones más áridas de la economía política.» Una nota aparecida cinco meses después en la *Contemporary Review*, al tiempo que desdeñaba con patriotismo la teoría económica alemana («sospechamos que Marx poco tiene que enseñarnos»), felicitaba al autor por no haber olvidado «el interés por lo humano —“el interés por los hambrientos y los sedientos”— que subyace en toda ciencia».

En la primavera de 1872 apareció una traducción rusa de *El capital*, aprobada por los censores del zar bajo el argumento de que sus teorías no eran aplicables a Rusia y, por tanto, la obra no podía ser subversiva (si bien suprimieron una imagen del autor por temor a que inspirase un culto a su persona). Los censores juzgaron que el texto era tan impenetrable que «pocos lo leerán y menos aún lo entenderán», pero el hecho es que la mayoría de los tres mil ejemplares de la primera edición se vendieron en

cuestión de un año. Mientras que el libro era desconocido y prácticamente inencontrable en la mayor parte de los países capitalistas de Occidente, en los periódicos y revistas de la Rusia precapitalista aparecían reseñas favorables. «¿No es una ironía del destino —le escribió Marx a Engels— que los rusos, a los que he combatido durante veinticinco años, siempre quieran ser mis benefactores? Corren en pos de las ideas más extremas que Occidente ofrece, en un arranque de pura glotonería.» Marx se sintió especialmente agradecido por una nota aparecida en *La Gaceta de San Petersburgo* en la que se elogiaba la «inusual viveza» de su prosa. «En este sentido —añadía la nota—, el autor no se parece en modo alguno ... a la mayoría de los académicos alemanes, que ... escriben sus libros en un lenguaje tan árido y oscuro que los simples mortales acaban con jaqueca tras su lectura.»

La aparición de una edición francesa resultó más problemática. Aunque los preparativos empezaron en 1867, inmediatamente después de la publicación de la edición alemana, en el curso de los cuatro años siguientes se sometió a prueba y rechazó a no menos de cinco traductores. A la postre, Marx dio su bendición a un maestro de escuela de Burdeos, Joseph Roy, pero tras inspeccionar los primeros capítulos decidió que, pese a «estar en líneas generales bien escritos», Roy los había traducido de forma excesivamente literal. «Por tanto, me he visto obligado a reescribir pasajes enteros en francés, para hacerlos aceptables.» Con la aprobación de Marx, el editor decidió publicar el libro por entregas («que resultan más accesibles para la clase obrera»), la primera de las cuales apareció en mayo de 1875.

En el país de adopción de Marx, a las primeras reseñas, prometedoras, les siguió un largo silencio. «Aunque Marx ha vivido muchos años en Inglaterra —escribió el jurista sir John MacDonnell en la *Fortnightly Review* en marzo de 1875—, es un personaje prácticamente desconocido

entre los ingleses. Puede que la gente le haga el honor de injurarlo, pero lo cierto es que no lo leen.» Marx creía que «la peculiar virtud de la imbecilidad flemática» constituía el rasgo distintivo de todos los británicos, y el hecho de que no apareciera ninguna edición inglesa antes de su fallecimiento confirmó este prejuicio de Marx. «Le agradecemos sinceramente que nos haya enviado esta carta —le escribieron los señores de Macmillan & Co. al amigo de Engels, Carl Schorlemmer, el profesor de química orgánica de la Universidad de Manchester—, pero no estamos dispuestos a asumir la publicación de una traducción de *El capital*.» Los pocos británicos que deseaban estudiar la obra tenían que lidiar lo mejor que podían con las versiones alemana, rusa o francesa. Tras serle regalada la edición alemana, el periodista radical británico Peter Fox, editor del *National Reformer*, dijo que se sentía como alguien a quien le hubieran obsequiado un elefante y no supiera qué hacer con él. Y un obrero escocés, Robert Banner, envió a Marx una angustiada carta en la que le imploraba su ayuda:

¿No hay esperanza alguna de que se traduzca? En Inglaterra no contamos con ningún libro que abogue por la causa de las masas trabajadoras, pues todas las obras que caen en nuestras manos, las de los jóvenes socialistas, defienden los intereses del capital; de aquí el atraso de nuestra causa en este país. Con un libro sobre cuestiones económicas escrito desde el punto de vista del socialismo, no tardará usted en ver en este país un movimiento que pondrá las cosas en su lugar.

Los que más necesitaban el libro eran los menos capacitados para comprenderlo, mientras que la élite culta, que sí lo podía leer y entender, no tenía ningún deseo de hacerlo. Como el socialista británico Henry Hyndman escribió en una ocasión: «Habitados como estamos hoy, sobre todo en Inglaterra, a batirnos en duelo con floretes provistos de un botón inofensivo, la furiosa acometida a hierro desnudo de Marx contra sus adversarios parecía tan fuera de lugar que a nuestros caballerosos espadachines de

postín y a nuestros hombres de gimnasio mental les resultaba imposible creer que ese polemista despiadado y furioso agresor del capital y el capitalismo fuera en verdad el pensador más profundo de nuestra época».

Hyndman era una excepción a la regla. A principios de 1880, tras leer la traducción francesa de *El capital*, bombardeó al autor con elogios tan extravagantes que Marx se sintió obligado a mantener una reunión con él. Pero, aunque Hyndman afirmó estar «ansioso por aprender», fue él quien llevó el peso de la conversación; Marx llegó a temer las visitas de ese «charlatán satisfecho de sí mismo». La inevitable ruptura se produjo en junio de 1881, cuando Hyndman se atrevió a incluir en su manifiesto socialista *England for All* («Inglaterra para todos») dos capítulos claramente plagiados de *El capital*, sin permiso del autor y sin ni siquiera reconocerlo explícitamente (salvo una nota incluida en el prefacio en la que admitía que, «en lo tocante a las ideas y buena parte del contenido de los capítulos II y III, estoy en deuda con los escritos de un gran pensador y escritor, cuya obra confío que estará en breve a disposición de la mayoría de mis compatriotas»). A Marx le pareció algo por completo fuera de lugar. ¿Por qué no mencionaba directamente *El capital* o a su autor? La débil excusa de Hyndman fue que los británicos tenían «pavor al socialismo» y temían «recibir las enseñanzas de un extranjero». Sin embargo, como Marx señaló, era improbable que el libro apaciguara ese sentimiento de pavor evocando «el sueño del socialismo» en la página 86, y, al leer el prefacio, cualquier lector de inteligencia media podía llegar fácilmente a la conclusión de que el «gran pensador» anónimo era extranjero. Era un puro y simple latrocinio, a lo que debía añadirse la presencia de errores de bulto en los pocos párrafos que no se habían copiado al pie de la letra de *El capital*.

No pasó mucho tiempo desde que se enemistara con ese discípulo británico cuando Marx tuvo otro, aunque en esta ocasión tomó la

precaución de no reunirse nunca con él. Ernest Belfort Bax, nacido en 1854, había sufrido un proceso de radicalización con motivo de la Comuna de París cuando era aún un muchacho, y en 1879 empezó a escribir una larga serie de artículos para la culta revista mensual *Modern Thought* sobre los titanes intelectuales de la época, incluidos Schopenhauer, Wagner y (en 1881) Karl Marx. Al haber estudiado filosofía hegeliana en Alemania, era probablemente el único socialista británico de su generación que aceptaba la dialéctica como la dinámica consustancial a la vida. Bax describió *El capital* como una obra «que encarna el desarrollo de una doctrina económica comparable, por su carácter revolucionario y su importancia mayúscula, al sistema copernicano en el terreno de la astronomía o a la ley de la gravedad en el de la mecánica». Marx se sintió profundamente halagado, y dio la bienvenida al artículo de Bax como «la primera publicación de ese tipo preñada de un entusiasmo real por las nuevas ideas en cuanto tales y dispuesta a enfrentarse sin ambages al filisteísmo británico».

Sin embargo, y pese a todos sus errores, el denostado Hyndman hizo más que Bax o que cualquier otro por difundir las ideas de Marx en esa nación filisteas. Nunca dejó de ser un discípulo ferviente y citó a Marx por extenso —esta vez por su nombre— en su obra *The Historical Basis of Socialism in England* (1883). Hyndman fundó incluso un partido político explícitamente marxista, la Federación Democrática (llamada más tarde Federación Socialdemócrata), entre cuyos dirigentes se encontraban Bax, William Morris, Walter Crane, Eleanor (la hija de Marx) y el amante de esta, Edward Aveling. La defensa entusiasta que hacía Hyndman de *El capital* en los mítines de la Federación incitó al joven escritor irlandés George Bernard Shaw a dedicar el otoño de 1883 a estudiar la edición francesa en la sala de lecturas del Museo Británico, de donde el propio Marx había extraído la

mayor parte de su materia prima. «Fue el punto de inflexión de mi carrera —recordaría Shaw—. Marx fue para mí una revelación ... Me abrió los ojos a los hechos de la historia y la civilización, me ofreció una concepción completamente nueva del universo, me proporcionó una meta y una misión en la vida.» *El capital*, escribió el escritor irlandés, «logró la mayor hazaña de la que es capaz un libro: cambiar la mentalidad de la gente que lo leía».

La pasión de Shaw por *El capital* nunca disminuyó, como lo demostró con esta alabanza característicamente extravagante que le dedicó en la primera página de *Everybody's Political What's What*, escrito más de sesenta años después:

El pesimismo y el cinismo no alcanzaron su punto más negro hasta el siglo XIX, cuando Karl Marx arrancó los informes de nuestros inspectores fabriles de los Libros Azules, hasta entonces sumidos en el olvido, y reveló en toda su amplitud las atrocidades del capitalismo. Demostró hasta la saciedad que el capital, en su afán por lo que él llamó *Mehrwerth*, y que nosotros traducimos por «plusvalía» (que incluye la renta, el interés y la ganancia comercial), es despiadado y no se detendrá ante nada, ni siquiera ante la mutilación y las matanzas, la esclavización de los blancos y los negros, la adicción a las drogas y el alcoholismo, si estas lacras prometen un chelín por ciento más que los dividendos de la filantropía. Antes de Marx había habido mucho pesimismo. El libro del Eclesiastés, en la Biblia, está repleto de pesimismo. En *El rey Lear*, *Timón de Atenas* y *Coriolano*, Shakespeare hizo de él el tema central. Y lo mismo hicieron Swift y Goldsmith. Pero, al contrario que Marx, ninguno de ellos pudo documentarlo a partir de fuentes oficiales. Así pues, Marx creó la exigencia de «un mundo nuevo» que no solo inspira al comunismo y el socialismo modernos, sino que en 1941 se convirtió también en la demanda de conservadores y eclesiásticos celosos.

Shaw no tuvo demasiado éxito a la hora de difundir el evangelio entre los miembros de la Sociedad Fabiana, a la que se había incorporado en 1884. Su amigo H. G. Wells dijo de Marx que era «un teórico plomizo, egocéntrico y malicioso» que «dio a los instintos humanos más bajos y chabacanos la apariencia de una filosofía pretenciosa». Bajo la influencia de su principal teórico, Sidney Webb, los fabianos apartaron al socialismo

británico de las ideas de lucha de clases y revolución y lo guiaron hacia la creencia de que, con el sufragio universal, el Estado británico podría promulgar una legislación social que mejorara las condiciones de la clase trabajadora y la eficiencia del sistema económico. Estas premisas se convirtieron también en el credo dominante del Partido Laborista, fundado en 1900. El viejo chiste según el cual el laborismo le debe más al metodismo que a Marx es sin duda una exageración; entre sus partidarios y parlamentarios ha habido muchos socialistas que muy bien podrían llamarse a sí mismos marxianos, si no marxistas, y en 1947 el partido llegó a publicar una reimpresión del *Manifiesto comunista* con el propósito de «reconocer la deuda que tiene contraída con Marx y Engels como dos hombres que han inspirado a todo el movimiento de la clase obrera». Pese a todo, los dirigentes laboristas han apoyado siempre la opinión de Harold Wilson de que el legado de Marx le resulta irrelevante, de hecho quizá incluso hostil, a un partido constitucional situado en el centroizquierda.

En Alemania, las ideas de Marx devinieron la ideología preponderante del Sozialistische Partei Deutschlands (SPD) en el congreso que celebró en Erfurt en 1891. No obstante, el programa de Erfurt constaba de dos partes distintas, algo que presagiaba una larga lucha entre los revolucionarios y los revisionistas. La primera sección, redactada por Karl Kautsky, discípulo de Marx, repetía teorías conocidas de *El capital*, como la tendencia del capitalismo al monopolio y el empobrecimiento del proletariado; la segunda mitad, escrita por Edward Bernstein, abordaba objetivos políticos más inmediatos (el sufragio universal, la libertad de educación y la aplicación de impuestos sobre la renta progresivos). Bernstein había vivido en Londres en la década de 1880 y había caído bajo el influjo de los primeros fabianos; Rosa Luxemburgo se quejaba de que «ve el mundo a través de anteojos británicos».

Bernstein repudió abiertamente buena parte del legado de Marx en la década posterior al congreso de Erfurt, tildando su teoría del valor de «concepto puramente abstracto» que no explicaba la relación entre la oferta y la demanda. Al principio Kautsky se mostró reticente a criticar a su viejo camarada, y a veces incluso pareció respaldar sus opiniones: «Ha echado usted por tierra nuestra táctica, nuestra teoría del valor y nuestra filosofía; ahora todo depende de las que tenga pensado implantar en sustitución de estas». Hacia finales del siglo XIX, las intenciones de Bernstein estaban absolutamente claras. Lo más probable era que, lejos de sucumbir fruto de una crisis inminente e inevitable, el capitalismo sobreviviera y llevara cada vez mayor prosperidad a las masas; si era sometido a una regulación adecuada, incluso podría llegar a convertirse en el motor del progreso social:

Resulta por tanto bastante erróneo pensar que el desarrollo actual de la sociedad muestra una disminución relativa o incluso absoluta de la cantidad de miembros de las clases poseedoras, sino que aumenta desde el punto de vista tanto relativo como absoluto ... Las perspectivas del socialismo dependen del aumento de la riqueza social, no de su disminución.

Aunque el SPD siguió definiéndose como una organización proletaria revolucionaria, en la práctica se convirtió, con éxito creciente, en un partido parlamentario liderado por gradualistas y tecnócratas.

Hasta Marx, todo un maestro de la ironía, debió de verse obligado a sonreír (o al menos a hacer una mueca) ante lo que el destino le tenía reservado; pese a ser un profeta sin demasiada aceptación en su país de nacimiento y menos aún en el de adopción, Gran Bretaña, se convirtió en la principal inspiración de un levantamiento de grandes proporciones allí donde menos se lo esperaba, Rusia, una nación apenas mencionada en *El capital*. Con todo, en los últimos años de su vida Marx se había empezado a

lamentar de la omisión; el éxito de ventas conseguido por la edición rusa de *El capital* lo llevó a plantearse si, después de todo, no existiría allí algún tipo de potencial revolucionario. El traductor al ruso de la obra, el petersburgués Nikolai Danielson, era también el líder del movimiento Narodnik, que sostenía que Rusia podía pasar directamente del feudalismo al socialismo. La descripción de Marx de los efectos destructivos del capitalismo sobre el alma los convenció de que esa fase de la evolución económica debía evitarse en la medida de lo posible, y puesto que Rusia contaba ya con una forma embrionaria de propiedad comunal de la tierra, consideraban que sería pérfido destruir las comunas de campesinos y ponerlas en manos de terratenientes en virtud de la injustificada obligación de obedecer alguna ley histórica supuestamente inevitable. Para los marxistas más ortodoxos, como Gregori Plejanov, que mantenían que las condiciones para el socialismo no madurarían en Rusia hasta que el país se hubiera industrializado, dicho planteamiento era una locura que solo conducía al autoengaño, y durante más o menos diez años tras la aparición de *El capital*, Marx pareció compartir esa opinión. En 1877, en respuesta a una carta de un Narodnik en la que este protestaba por su visión determinista de la historia, Marx escribió que si Rusia tenía que convertirse en una nación capitalista siguiendo el ejemplo de los países de Europa occidental, «no va a conseguirlo sin haber transformado buena parte del campesinado en proletarios; y, una vez dado ese paso y haber acogido con los brazos abiertos el régimen capitalista, el país experimentará sus despiadadas leyes con el mismo rigor que otros pueblos profanos».

Aun así, Marx siguió con atención los acontecimientos de Rusia, que amenazaban con rebatir sus teorías. El movimiento insurreccional podía ser pequeño, pero era muy decidido y eficaz. Entre 1879 y 1881, una facción escindida de los Narodnik, La Voluntad del Pueblo, cometió siete atentados

contra la vida del zar Alejandro II, hasta que, finalmente, en el último logró su propósito. (Seis años después, La Voluntad del Pueblo también trató de asesinar al zar Alejandro III; uno de los que fueron ahorcados por su participación en la tentativa de magnicidio fue Alexander Uliánov, cuyo hermano menor, Vladimir Ilich Uliánov, se convertiría en el famoso V. I. Lenin.) La posterior avalancha de detenciones y ejecuciones obligó a muchos revolucionarios a tomar el rumbo del exilio. Plejanov se estableció en Suiza junto con otros camaradas, entre ellos Vera Zasúlich, quien en 1876 había disparado contra el gobernador general de San Petersburgo y luego, durante el juicio, había defendido con tanta habilidad su inocencia que el jurado acabó por absolverla de todos los cargos. Pese a sus actividades terroristas, Vera Zasúlich desaprobaba la orientación cada vez más violenta y regicida del socialismo ruso, que parecía haber perdido de vista los imperativos económicos establecidos en *El capital*. La cuestión de los campesinos y los proletarios continuó preocupando a Zasúlich y los demás exiliados rusos establecidos a orillas del lago de Ginebra. En febrero de 1881, Zasúlich le pidió a Marx que les diera su autorizada opinión: «Seguramente está al tanto de que su libro *El capital* disfruta de gran popularidad en Rusia —escribió—. Pero lo que probablemente desconoce es el papel que su obra desempeña en nuestras discusiones acerca de la cuestión agraria». La revolucionaria rusa le rogaba que mediara en la disputa «explicándonos sus ideas sobre el probable futuro de nuestra comuna rural y la teoría de la inevitabilidad histórica según la cual todos los países del mundo deben atravesar todas las fases de la producción capitalista».

Marx no dejó de darle vueltas al problema por varias semanas, durante las cuales escribió no menos de cinco borradores de su respuesta. Finalmente, le envió a Zasúlich una breve carta en la que afirmaba que su

«llamada “teoría”» había sido mal interpretada: la inevitabilidad histórica de la fase burguesa «está expresamente limitada a los países de Europa occidental». La transición efectuada en Occidente del feudalismo al capitalismo constituía la transformación de un tipo de propiedad privada a otro, mientras que, en el caso de los campesinos rusos, «su propiedad comunal debería transformarse en propiedad privada. Por tanto, el análisis que hice en *El capital* no aduce razones ni a favor ni en contra de la viabilidad de la comuna rural». Este comentario era mucho más alentador que los realizados por Marx solo cuatro años antes, pero también mucho más cauto que los que había incluido en un principio en el primer borrador de la carta a Zasúlich, en la que explicaba por qué y cómo el campesinado ruso podía esquivar la suerte que habían corrido sus homólogos de Europa occidental:

En Rusia, gracias a una combinación única de circunstancias, la comuna rural, establecida aún en todo el país, puede desvincularse gradualmente de sus rasgos primitivos y desarrollarse directamente como un elemento de producción colectiva a escala nacional ... Para salvar la comuna rusa es menester una revolución. En este sentido, el gobierno y los «nuevos pilares de la sociedad» están haciendo todo lo que está en sus manos para preparar a las masas para semejante desastre. Si la revolución se produce en el momento oportuno, si concentra todas sus fuerzas de tal modo que permita a las comunas rurales desarrollarse en toda su extensión, estas se convertirán pronto en un elemento de regeneración en el seno de la sociedad rusa y en un elemento de superioridad sobre los países esclavizados por el sistema capitalista.

Cinco días después de que Marx enviara la versión final de la carta, un pequeño grupo de La Voluntad del Pueblo asesinó al zar Alejandro II en San Petersburgo lanzando una bomba en el interior de su carruaje.

En vista de su convencimiento, largamente sostenido, de que la revolución podía llevarse a cabo tan solo por medio de la acción colectiva de la clase obrera, en lugar de proezas individuales o atentados terroristas, hubiera sido de esperar que Marx compartiera la postura de Zasúlich y

Plejanov en lugar de la adoptada por los partidarios de las arriesgadas y heroicas acciones terroristas. No obstante, a su hija Jenny le confió en una carta que los exiliados en Suiza eran «simples doctrinarios, anarcosindicalistas atolondrados, y su influencia en el “teatro de guerra” ruso es nula». En cambio, los asesinos de San Petersburgo «son tipos de una pieza, sin posturas melodramáticas, sencillos, prácticos, heroicos ... Están esforzándose en demostrar a Europa que su *modus operandi* es un modo de actuar específicamente ruso e históricamente inevitable, que no se presta a mayores juicios morales —a favor o en contra— que los suscitados por el terremoto de Quíos».

Resulta inconcebible que un Karl Marx más joven hubiera adoptado semejante actitud, había dedicado muchos años a denunciar a los socialistas que ponían sus esperanzas en los golpes de Estado, los atentados terroristas y las conspiraciones clandestinas. En 1881, sin embargo, Marx se encontraba enfermo y exhausto. Tras haber esperado durante tanto tiempo que se produjera una auténtica revolución proletaria, a esas alturas de su vida parecía aguardar con impaciencia un levantamiento de cualquier tipo. Cuando esa misma primavera se produjo el nacimiento de uno de sus nietos, Marx reflexionó en voz alta que a los niños «nacidos durante esta encrucijada de la historia ... les aguarda en el futuro el período más revolucionario por el que la humanidad haya atravesado nunca. Lo malo ahora mismo es ser demasiado “viejo” y tener que contentarse con preverlo en lugar de vivirlo».

Todos los arquitectos de la revolución de 1917 citaban a Marx, y *El capital* en particular, como la autoridad divina que certificaba la corrección de sus puntos de vista. Trotski estudió el libro en 1900, mientras se hallaba deportado en un horrible pueblo de Siberia infestado de insectos («aplastaba las cucarachas mientras avanzaba en su lectura», según recordaría). Lenin

afirmó haberlo leído en 1888, a la precoz edad de dieciocho años, sentado junto a una vieja estufa ubicada en la cocina del apartamento de su abuelo. Posteriormente usó *El capital* —o las partes que se ajustaban a sus propósitos— a modo de estilete para acuchillar a sus rivales. (Maxim Gorki dijo de los discursos de Lenin que tenían «el frío brillo de las aceradas hojas de afeitar».) Aunque la primera obra importante que escribió Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, fue presentada como una suerte de suplemento de la de Marx, estaba desprovista de la ironía y la indignación de *El capital*. Como subrayó Edmund Wilson: «Todos los escritos de Lenin son funcionales; todos tienen por objetivo alcanzar un propósito inmediato ... Es un hombre que simplemente quiere convencernos». El propósito inmediato de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* era convencer a sus camaradas de que Rusia ya había superado el feudalismo gracias a la rápida propagación de los ferrocarriles, la minería de carbón, la industria siderúrgica y las fábricas textiles en las décadas de 1880 y 1890. Bien es verdad que solo existía un proletariado industrial en Moscú y San Petersburgo, pero eso solo reafirmaba su deber de actuar como una vanguardia de clase haciéndose eco de los agravios de los campesinos y artesanos de todo el país. En las fábricas más modernas, escribió, «la explotación llega a su paroxismo y se nos aparece en su forma más pura, sin pormenores que lleven a equívoco. El obrero no puede obviar la realidad de que el capital lo oprime ... Es por eso que el obrero industrial no es sino el representante más avanzado de las masas sometidas a explotación». Con todo, en su último tratado, *¿Qué hacer?*, añadió que los trabajadores se mostraban demasiado preocupados por sus reivindicaciones económicas como para desarrollar una conciencia verdaderamente revolucionaria:

Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo espontáneo del movimiento obrero marcha precisamente hacia la subordinación suya a la ideología burguesa, pues el movimiento obrero

espontáneo es sindicalismo, y el sindicalismo no es otra cosa que el sojuzgamiento ideológico de los obreros por la burguesía. De ahí que nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consista en combatir el espontaneísmo, en apartar al movimiento obrero de este afán espontáneo del sindicalismo, que tiende a cobijarse bajo el ala de la burguesía, y en situarlo bajo el ala de la socialdemocracia revolucionaria.

Lenin rechazó como una pérdida de tiempo las campañas masivas en pro de mejores condiciones de trabajo y jornadas laborales más cortas, defendidas por el propio Marx en *El capital*. En lugar de ello, los obreros debían ponerse al servicio de revolucionarios profesionales como él mismo: «El movimiento socialista contemporáneo solo puede cobrar existencia sobre la base de un profundo conocimiento científico ... El poseedor de este acervo científico no es el proletariado, sino la *intelligentsia* burguesa». En estas líneas puede apreciarse en su forma embrionaria lo que, con el paso del tiempo, se convertiría en una tiranía monstruosa.

Como el poseedor autodesignado de los Diez Mandamientos, Lenin gustaba de recordarles a sus camaradas su inferioridad en el plano intelectual. «Es imposible entender *El capital* de Marx, y en especial sus capítulos iniciales, sin haber estudiado a fondo y comprendido en toda su extensión la *Lógica* de Hegel —escribió en sus *Cuadernos filosóficos*—. Por consiguiente, transcurrido ya medio siglo, ningún marxista comprende a Marx.» Salvo él, por supuesto. No obstante, y a pesar de todas sus lecturas y todos sus escritos, el «conocimiento científico» de Lenin no era más profundo de lo necesario. He aquí una aguda observación de Trotski, que lo observaba tan de cerca como el que más:

La esencia de Marx aparece en el *Manifiesto comunista*, en la *Crítica de la economía política*, en *El capital*. Aun cuando no hubiera estado destinado a erigirse en el fundador de la Primera Internacional, habría perdurado para siempre como la figura que conocemos hoy día. Por otra parte, la esencia de Lenin aparece en la acción revolucionaria. Sus obras científicas son solo un preparativo para la acción.

Y quizá ni siquiera un preparativo. «El objetivo de la revolución — escribió Lenin en 1917— es la toma del poder. Su función política se aclarará con posterioridad.» Como el historiador Bertram Wolfe señala, esto equivale a invertir los planteamientos de Marx, la creencia marxista según la cual la economía determina en última instancia la política «da paso a la opinión leninista en virtud de la cual, con la determinación suficiente, el poder en sí, el puro poder político, puede tener éxito a la hora de determinar por completo la economía». No sorprende, pues, que el credo dominante en la Unión Soviética tomara el nombre de marxismo-leninismo, en lugar de marxismo a secas. El aforismo favorito de Marx era «De omnibus dubitandum» («De todo se debe dudar»), pero nadie que tratara de llevarlo a la práctica en la Rusia comunista sobrevivía por mucho tiempo. El marxismo practicado por el propio Marx no era tanto una ideología cuanto un proceso crítico, un argumento dialéctico continuo; Lenin, y más tarde Stalin, lo convirtieron en un simple dogma. (Como, por supuesto, lo habían hecho otros socialistas antes que ellos. «La Federación Socialdemócrata de aquí comparte con ustedes, los socialistas germanoamericanos, el honor de ser el único partido que se ha atrevido a reducir la teoría marxista del desarrollo a una ortodoxia rígida —se quejó Engels a Friedrich Adolph Sorge, un alemán que había emigrado a Nueva York, en mayo de 1894—. Se obliga a los obreros a que se traguen de golpe esta teoría, como artículos de fe, sin desarrollo, en lugar de hacer que esos obreros se eleven hasta ella por medio de su instinto de clase. Esa es la razón por la que las dos agrupaciones continúan siendo simples sectas y, como dice Hegel, vienen de la nada y se encaminan a la nada a través de la nada.») No resulta descabellado afirmar que el logro más verdaderamente marxista de la Unión Soviética fue su desmoronamiento; una economía planificada, centralizada,

secretista y burocrática demostró ser incompatible con las nuevas fuerzas productivas, cosa que precipitó un cambio de las relaciones de producción. Mijaíl Gorbachov lo admitió ya en 1987 en su libro *Perestroika*:

El sistema de planificación central surgido en los años treinta y cuarenta empezó a contradecir de forma gradual las exigencias y condiciones del progreso económico. Su potencial positivo se malogró. Se convirtió cada vez más en un obstáculo, y dio lugar al mecanismo de freno que tanto nos perjudicó posteriormente ... Fue en el marco de esas condiciones que se desarrolló un fuerte prejuicio hacia el papel de las relaciones mercantiles y monetarias y hacia la ley del valor bajo el socialismo, y era frecuente oír decir que eran contrarias al socialismo y ajenas a él. Todo esto se combinó con una infravaloración de la contabilidad de las ganancias y las pérdidas, y generó un estado de confusión en la fijación de los precios y un absoluto desprecio por la circulación monetaria ... Aparecieron señales cada vez más inequívocas de la alienación de los hombres respecto de la propiedad pública, así como de la falta de coordinación entre el interés público y los intereses personales de los trabajadores.

Después de Rusia, el siguiente país importante que se proclamó comunista fue China, que se convirtió en una «República Popular» en 1949. Mientras que Marx y Lenin se habían centrado en el proletariado urbano, Mao Zedong mantenía que los campesinos de las zonas rurales podían convertirse en una fuerza revolucionaria si eran guiados por líderes «correctos» como el propio Mao. Tras descartar el modelo soviético de industrialización acelerada, Mao hizo del desarrollo de las zonas rurales la máxima prioridad, e inspiró así a muchos marxistas de los países del Tercer Mundo que no contaban con una industria que pudiera considerarse tal. Pero el programa maoísta fue un desastre para el campesinado chino; el Gran Salto Adelante, un plan para colectivizar la agricultura y fomentar industrias rurales a pequeña escala, tuvo por resultado una gran hambruna y fue abandonado en 1960, solo dos años después de su puesta en marcha. Este acontecimiento coincidió en el tiempo con una ruptura entre China y la Unión Soviética, cuando Nikita Jrushchov ridiculizó el Gran Salto Adelante

y Mao respondió acusándolo de ser un «simpatizante del capitalismo». Sin embargo, desde la muerte del Gran Timonel en 1976, China ha seguido la senda capitalista y se ha convertido en la economía industrial que más rápido crece en el mundo, al tiempo que mantiene que, en realidad, ya ha alcanzado «la fase inicial del socialismo». Pese a haber abandonado los preceptos de Mao, el gobierno de Pekín sigue definiéndose como marxista-leninista, aunque sería más apropiado definirlo como «mercado-leninista».

Como en el caso del cristianismo y sus innumerables sectas, el marxismo ha adoptado apariencias sorprendentemente diferentes y claramente disonantes: bolcheviques y mencheviques, espartaquistas y revisionistas, estalinistas y trotskistas, maoístas y castristas, eurocomunistas y existencialistas. Mucho antes de fallecer, Marx previó ya, muy a su pesar y sin estar en condiciones de poder protestar por ello, que numerosos «marxistas» utilizarían su nombre en vano. El ejemplo más famoso de la exasperación que le producían los discípulos ilusos es la reprimenda que les lanzó a los socialistas franceses en la década de 1870; si eran marxistas, suspiró, «yo lo único que sé es que no lo soy». Y quizá sea cierto que no lo era. La historia del siglo xx reveló que la revolución marxista era más probable que se produjera en países que no contaban con una economía industrial avanzada, una clase capitalista o un ejército numeroso de proletarios asalariados. De ahí la paradoja señalada por el académico marxiano David McLellan en 1983, cuando casi la mitad del mundo estaba aún gobernada por regímenes que se reclamaban herederos de Marx:

El hecho mismo de que el marxismo no haya triunfado en Occidente significa que no se ha convertido en una ideología oficial y que, por tanto, es objeto de un estudio serio que no se ve entorpecido por controles gubernamentales. Es precisamente en Europa occidental y Estados Unidos —los países capitalistas— donde se estudia a Marx con mayor cuidado. De hecho, puede decirse que hay más marxistas auténticos en Occidente que en muchos de los países denominados «marxistas».

En los estados comunistas, desde Albania hasta Zimbabue, fue el gobierno el que definió en cada caso qué era el «marxismo», sin que se considerara necesaria —o, de hecho, se permitiera— mayor discusión al respecto. En Occidente, sin embargo, el significado del marxismo devino el objeto tanto de acalorados debates como de un sutil resurgimiento. En los años treinta, la llamada Escuela de Frankfurt —entre cuyos miembros cabe citar a Max Horkheimer, Theodor Adorno y Herbert Marcuse— impulsó una nueva filosofía marxista denominada «teoría crítica», que rechazaba el determinismo económico de Lenin y los bolcheviques. La Escuela de Frankfurt, al igual que otros pensadores del período como Antonio Gramsci, cuestionaba también las actitudes marxistas tradicionales hacia la conciencia de clase obrera. Según Gramsci, el capitalismo mantenía su hegemonía embaucando a la clase obrera o forzándola a aceptar como propia la cultura burguesa, mediante la potenciación de ciertos valores y prácticas y la exclusión de otros. Para desafiar este consenso y explotar sus objetivos de clase, los trabajadores debían desarrollar una cultura «contrahegemónica» propia por medio de nuevos sistemas de educación popular.

En este sentido, los marxistas occidentales pusieron mucho más énfasis en la importancia de lo que Marx llamó la «superestructura» (la cultura, las instituciones y el lenguaje), hasta el punto de que la base económica dejó de formar parte de sus consideraciones. Incapaces de transformar el mundo, dichos marxistas se centraron en su interpretación por medio de lo que vinieron en llamarse «estudios culturales», que establecieron su hegemonía en los campus de muchas universidades en las décadas finales del siglo XX y transformaron disciplinas como la historia, la geografía, la sociología, la antropología y la literatura. Incluso la libido fue sometida a los análisis

marxistas. El psiquiatra Wilhelm Reich trató de reconciliar a Marx y Freud afirmando que los trabajadores no podrían ser verdaderamente libres hasta haberse desembarazado de la represión sexual y de la tiranía de las estructuras familiares tradicionales (si bien Marx consideraba el amor libre una perspectiva «bestial», equivalente a la «prostitución generalizada»). «El sexo está integrado en el trabajo y las relaciones públicas, de modo que es más susceptible a una satisfacción (controlada) —escribió Herbert Marcuse, un gurú de la «nueva izquierda», en *El hombre unidimensional* (1964)—. El progreso técnico y la mejora en las condiciones de vida permiten la inclusión sistemática de componentes libidinosos en el ámbito de la producción y del intercambio de mercancías.»

Este ámbito fue definido de modo mucho más amplio de lo que Marx se hubiera podido imaginar nunca. Abarcaba toda clase de mercancía cultural: un par de zapatos de puntera estrecha, una fotografía publicada en un periódico, un disco de música pop y un paquete de cereales eran todos ellos «textos» que podían «leerse». La crítica de la cultura de masas efectuada por los teóricos influenciados por la Escuela de Frankfurt fue reemplazada poco a poco por el estudio de las diferentes formas en que la gente recibe e interpreta esos textos cotidianos. Los estudios culturales adoptaron paulatinamente un «giro lingüístico» —en una evolución a través del estructuralismo, el postestructuralismo, el deconstructivismo y el posmodernismo— que parecía a menudo una manera de esquivar por completo la política, aun cuando muchos de sus adeptos continuaban calificándose de marxistas. La lógica de su desenfadada insistencia en que no existen certezas o realidades condujo en última instancia a un relativismo libre y desprovisto de valores que podía aplaudir desde la cultura pop norteamericana hasta las supersticiones medievales sin percibir en ello una contradicción. Pese a su desdén hacia las grandes narrativas

históricas y las leyes generales de la naturaleza, muchos parecían aceptar el éxito del capitalismo como una realidad inalterable. Sus impulsos subversivos encontraron refugio en espacios marginales en los que el dominio de los vencedores no parecía tan claro; de aquí su entusiasmo por lo exótico y lo difícilmente asimilable, desde las teorías conspirativas relacionadas con extraterrestres hasta el fetichismo sadomasoquista. La fascinación por los placeres asociados al consumo (los culebrones televisivos, los grandes centros comerciales o las baratijas *kitsch* de los «todo a cien») desplazó la tradicional atención prestada por los marxistas a las condiciones de la producción material. En palabras del crítico marxista Terry Eagleton, la consecuencia fue «una inflación lingüística enorme, al creerse que lo que no parecía ya concebible en el terreno de la realidad política lo era todavía en los campos del discurso, de los signos o de la textualidad. La libertad del texto o del lenguaje podría compensar la falta de libertades en el seno del conjunto del sistema». El nuevo enemigo, escribe Eagleton, «eran los sistemas de creencias coherentes de cualquier tipo, en particular todas las formas de teoría y organización políticas que tenían por objeto analizar las estructuras de la sociedad en su conjunto y actuar sobre ellas. Y es que eran precisamente estas actitudes políticas las que parecían haber fracasado». No podía efectuarse ninguna crítica sistemática del capitalismo monopolista mientras el propio capitalismo fuera una ficción, como la verdad, la justicia, la ley y todos los demás «constructos lingüísticos».

Cabe preguntarse dónde dejaba todo esto a Marx, que se había esforzado por realizar dicha crítica sistemática. Mientras se dedicaban alegremente a deconstruir anuncios televisivos o envoltorios de caramelos, los teóricos parecían curiosamente renuentes a tomar el escalpelo para hacer lo mismo con el texto de *El capital*, quizá por temor a cometer un parricidio literario.

El historiador posmoderno Dominick LaCapra afirmó que es «probablemente el caso más clamoroso de texto canónico necesitado de una relectura en lugar de una simple y llana lectura literal de acuerdo con una voz de autor puramente unitaria».

La aportación más notable en esta línea es *Para leer «El capital»* (1965), una colección de ensayos escritos por Louis Althusser y algunos de sus estudiantes que da comienzo con esta declaración de intenciones:

Desde luego, todos hemos leído, y seguimos leyendo, *El capital*. Durante casi un siglo, hemos podido leerlo a diario, con claridad meridiana, en las tragedias y los sueños de nuestra historia, en sus disputas y conflictos, en las derrotas y victorias del movimiento obrero, que es nuestra única esperanza y nuestro destino. Desde que «vinimos al mundo», hemos leído constantemente *El capital* en los escritos y discursos de quienes lo han leído por nosotros, bien o mal, tanto los vivos como los muertos, Engels, Kautsky, Plejanov, Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky, Stalin, Gramsci, los dirigentes de las organizaciones obreras, sus partidarios y sus detractores: filósofos, economistas y políticos. Hemos leído trozos, los «fragmentos» que cada coyuntura ha seleccionado por nosotros. Incluso hemos leído más o menos el primer volumen, desde «la mercancía» hasta la «expropiación de los expropiadores».

Pero es esencial que algún día leamos directamente *El capital*, que leamos el texto mismo ...

Althusser, como cualquier lector, llega a esta conclusión valiéndose de un par de gafas que se amoldan a sus preceptos. Fue él el primero en insistir en la existencia de un abismo insuperable (una «ruptura epistemológica») entre el Marx de la década de 1840 y el hombre que escribió *El capital* veinte años después. A diferencia de Jean-Paul Sartre, que encontró una rica fuente de inspiración en los escritos filosóficos iniciales de Marx con vistas a su concepción del marxismo como una historia de la emancipación de la humanidad, Althusser despreciaba el interés del joven Marx en la ética, la alienación y la «acción humana». Para Althusser, la historia era «un proceso sin un sujeto» y, por tanto, no era merecedora de estudio o análisis; según

él, las personas nunca podrían eludir o desafiar, ni siquiera de modo colectivo, las fuerzas impersonales del Aparato Ideológico Estatal (la educación, la religión y la familia), que generan y mantienen el sistema de creencias dominante.

Althusser rescató a Marx del estrecho determinismo económico impuesto por Lenin y sus herederos solo para imponerle un corsé igualmente restrictivo. En *Para leer «El capital»*, redujo la obra magna de Marx a un trabajo puramente científico, no corrompido por la influencia hegeliana (y ello pese al explícito reconocimiento del autor de la deuda que había contraído con el filósofo prusiano, en particular en el capítulo inicial sobre la mercancía). El marxismo no se convirtió en nada más que en una teoría de las prácticas estructurales, divorciada de la política, la historia y la experiencia.

La lógica del antihumanismo de Althusser radicaba en que a la gente no se la puede considerar responsable de sus acciones, un argumento que el filósofo francés utilizaría años después para negar toda culpa en el asesinato de su esposa. A una escala mayor, también le sirvió para exculpar al Partido Comunista (del que Althusser fue miembro durante muchos años); así, los asesinatos en masa perpetrados en la Unión Soviética no habrían sido un crimen, sino un simple error teórico (o, según el infame eufemismo empleado por Althusser para referirse al estalinismo, «esa nueva forma de “existencia no racional de la razón”»). Como el historiador marxista E. P. Thompson escribió en su inspirada polémica *Miseria de la teoría* (1979): «Podemos ver el surgimiento del althusserismo como la manifestación de una acción de vigilancia general en la esfera ideológica, como una tentativa de reconstruir el estalinismo en el ámbito de la teoría». Thompson añadió que la insistencia de Althusser en un marxismo enteramente conceptual, no contaminado por la historia o la experiencia, ponía al descubierto a un

hombre «que tiene un conocimiento solo accidental de la práctica histórica», puesto que, repetidas veces, en el mundo real «la experiencia entra sin llamar a la puerta y anuncia muertes y crisis de consideración». Se trata de una afirmación más acertada de lo que Thompson se imaginaba. La ignorancia de Althusser puede hallarse en toda su amplitud y crudeza en sus memorias póstumas, *El porvenir es largo* (1994), en las que confesó ser «un embustero y un impostor» que a veces se inventaba citas que se ajustaran a sus propósitos. «En realidad, mis conocimientos filosóficos de los textos eran bastante limitados ... Conocía un poco la obra de Spinoza, nada en absoluto la de Aristóteles, los sofistas y los estoicos, bastante de las de Platón y Pascal, nada de la de Kant, un poco la de Hegel y, finalmente, algunos pasajes de la de Marx.»

Así pues, ¿cómo consiguió Louis Althusser arreglárselas con tan escaso bagaje intelectual? La descripción que ofrece de sus triquiñuelas es asombrosamente cándida:

Poseía otra habilidad especial. Me servía de una sencilla expresión y pensaba, iluso de mí, que podía desentrañar, si no las ideas concretas de un autor o de un libro que no había leído, sí al menos su sentido general. Naturalmente, poseía ciertas capacidades intuitivas y una clara habilidad para ver puntos de contacto, o una capacidad para establecer oposiciones teóricas, que me permitían reconstruir las presuntas ideas de ese autor a partir de los autores contrapuestos a él. Procedía de manera espontánea, mediante el establecimiento de contrastes y distinciones y la posterior elaboración de una teoría que lo sustentara.

Gracias a estas capacidades intuitivas, y pese a que Althusser había estudiado solo unos pocos pasajes de la obra de Marx, en *Para leer «El capital»* pueden encontrarse en ocasiones ideas brillantes. Althusser sugiere que *El capital* debería verse como «una importante respuesta a una pregunta que hasta el momento nadie ha planteado, una respuesta que Marx solo logra formular a condición de multiplicar las imágenes requeridas para

ofrecerla. La época en que vivió Marx no podía proporcionarle, ni pudo él agenciárselo en esos tiempos, un concepto apropiado con el que meditar acerca de lo que escribía: el concepto de la efectividad de una estructura sobre sus elementos».

En otras palabras, Marx había tendido una bomba trampa de acción retardada, a la espera de que alguien planteara la pregunta a la que él ya había dado respuesta. Es algo que quedó confirmado en una carta que Marx le envió a Engels poco después de haber completado el volumen I en 1867, en la que predecía las objeciones que los «economistas vulgares» plantearían a *El capital*: «Si quisiera refutar de antemano todas esas objeciones, tendría que desechar todo el método dialéctico de exposición. Por el contrario, lo bueno que tiene este método es que tiende constantemente trampas a esos tipos y los conduce finalmente a exhibir toda su estupidez». De nuevo, uno no puede evitar recordar la punzante ironía de *La obra maestra desconocida* de Balzac, el único fallo de la emborrionada, amorfa y aparentemente desastrosa obra maestra del pintor era que este la había realizado cien años demasiado pronto, al ser en realidad una pieza más propia del arte abstracto del siglo xx. Como Edmund Wilson escribió, al erigirse en paladín de las clases desposeídas y sitiar la fortaleza de la petulancia burguesa, Marx incorporó a la economía un punto de vista «que era valioso para su época en la misma proporción que era ajeno a ella».

Sin embargo, durante los cincuenta años posteriores a la publicación de *El capital*, los economistas vulgares mostraron escaso interés en refutar a Marx y prefirieron ignorarlo. Veían el sistema capitalista como una necesidad permanente, no como una fase histórica provisional que albergaba en su interior las semillas de su enfermedad terminal. Mientras que Marx consideraba que el interés, los beneficios y las rentas eran un trabajo impagado, los economistas ortodoxos describían el interés obtenido

por los poseedores de capital como «la recompensa por su abstinencia». Para Alfred Marshall, la figura dominante de la teoría económica británica durante las fases finales de la era victoriana y toda la eduardiana, quienes acumulan capital en lugar de derrocharlo realizan un «sacrificio de la espera» y, por tanto, merecen una recompensa por su virtuosa contención.

Los economistas ortodoxos mantenían que la sobreproducción, considerada por Marx un rasgo esencial del capitalismo, no podía producirse. Según la Ley de Mercados de Say, la oferta creaba su propia demanda, las ganancias derivadas de la producción y la venta de ciertas mercancías generaban el poder adquisitivo necesario para comprar otras. Además, el mismo mecanismo autocorrector garantizaba que el desempleo no fuera más que un contratiempo breve y accidental. Los desempleados estarían dispuestos a trabajar por un sueldo inferior; esa caída de los salarios reduciría el precio de las mercancías producidas por ellos, que, a su vez, incrementarían la demanda de bienes y aumentarían las ventas, cosa que permitiría la reactivación del pleno empleo.

Las turbulencias económicas y el fuerte desempleo del período de entreguerras obligaron a reconsiderar las cosas y a reconocer de forma tardía que, después de todo, el capitalismo quizá tenía defectos estructurales. Algunos economistas empezaron incluso a plantearse si era realmente eterno e inmutable. En su estudio *Valor y capital* (1939), el profesor John R. Hicks puso en duda que «sea posible contar con la supervivencia a largo plazo de algo como el sistema capitalista» en caso de no producirse nuevas invenciones lo suficientemente sólidas como para mantener el volumen de inversiones. «Uno no puede evitar pensar —añadía— que toda la revolución industrial de los últimos doscientos años quizá no ha sido más que un gran *boom* secular.» Y John Maynard Keynes, nacido el mismo año en que Marx falleció, dejó escrito lo siguiente en su obra *Teoría*

general de la ocupación, el interés y el dinero (1936): «Veo el aspecto rentista del capitalismo como una fase de transición que finalizará una vez que haya cumplido su cometido».

Keynes, el economista más influyente del siglo XX, refutó la idea de que el capitalismo basado en el *laissez-faire* tendiera de modo natural al equilibrio. La teoría de que el desempleo provocaba un descenso de los salarios y, por consiguiente, restablecía la situación de pleno empleo podía ser válida en el ámbito de empresas o industrias concretas, pero si se recortaran todos los salarios, todos los ingresos sufrirían una caída y la demanda quedaría paralizada, con lo que los empresarios no tendrían ya incentivos para contratar más mano de obra. En palabras de la economista keynesiana Joan Robinson: «En medio de una multitud, es posible disfrutar de una mejor vista del gentío si uno se sube a una silla. Pero si toda la gente sigue el ejemplo y se encarama también a una silla, nadie gozará ya de una vista mejor».

Antes de Keynes, la mayoría de los economistas consideraban que las crisis ocasionales del capitalismo eran aberraciones que no valía la pena tomar en consideración, pero, al igual que Marx, el británico las veía como el ritmo ineludible de un sistema inestable. Pese a todo, Keynes consideraba a Marx un personaje excéntrico procedente del «submundo del pensamiento económico» cuyas teorías eran «ilógicas, obsoletas, científicamente erróneas y desprovistas de interés o aplicación posible al mundo moderno». Sorprende la vehemencia de esta afirmación, dado el parecido existente entre la crítica efectuada por Marx de los economistas clásicos y las críticas vertidas por Keynes contra sus sucesores neoclásicos. Como escribió Joan Robinson en 1948:

En ambos autores, el desempleo desempeña un papel esencial. En ambos se considera que el capitalismo porta en su seno las semillas del declive. En el lado negativo, como en el caso de su

postura frente a la teoría ortodoxa del equilibrio, los sistemas de Keynes y Marx comparten la misma visión, y ahora, por vez primera, existe suficiente terreno común entre los marxistas y los economistas académicos para hacer posible la discusión. Pese a ello, los economistas académicos británicos no han estudiado mucho todavía la obra de Marx.

No cabe duda de que a algunos les disuadió su opacidad estilística. Aunque Robinson pensaba que la teoría de la crisis expuesta por Marx en el volumen II de *El capital* tenía estrechas afinidades con la de Keynes, la economista confesó que «quizá he puesto excesivo énfasis en el parecido. Los dos últimos volúmenes de *El capital* ... son demasiado oscuros y han sido objeto de muchas interpretaciones. Las aguas son poco transparentes, y puede darse el caso de que quien se mire en ellas solo vea el reflejo de su propio rostro».

Con todo, el motivo principal para ignorar el vínculo entre Marx y Keynes —de hecho, para ocultar en el olvido a Marx— era probablemente político. Más que un socialista, Keynes era un liberal que no tuvo reparo alguno en afirmar que «la guerra de clases me encontrará en el bando de la burguesía ilustrada», y el keynesianismo devino la nueva ortodoxia de los economistas y políticos occidentales a mediados del siglo XX, en el preciso momento en que la Guerra Fría convertía el nombre de Marx en sinónimo del enemigo. Pocos eran los no marxistas dispuestos a mancillar su reputación por asociarse a Marx.

La excepción más notable fue el economista de origen austríaco Joseph Schumpeter. El capitalismo no ha tenido defensor más celoso que Schumpeter, que sigue siendo considerado un héroe por los empresarios estadounidenses, pero, pese a ello, su famosa obra *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942) empieza con un repaso de 54 páginas a los logros de Marx que resulta tan inesperadamente generoso como las loas de Marx a la burguesía en el *Manifiesto comunista*. Según admite Schumpeter, Marx,

como un profeta, adolecía de «una visión errónea y análisis defectuosos», en particular por lo que se refiere a la predicción de que los trabajadores sufrirían una miseria creciente. No obstante, «Marx percibió [el] proceso de cambio industrial con mayor claridad y se percató más conscientemente de su importancia vital que cualquier otro economista de su época», por lo que se convirtió en «el primer economista de primera categoría en ver y exponer sistemáticamente cómo podía la teoría económica transformarse en análisis histórico y cómo podía la narrativa histórica transformarse en *histoire raisonnée*». Unas páginas más adelante, Schumpeter plantea la siguiente pregunta: «¿Puede sobrevivir el capitalismo?», y a ello responde: «No, no creo que pueda». Puede parecer un comentario extraño en un libro pensado como una defensa robusta del espíritu empresarial, y Schumpeter, al contrario que Marx, ciertamente no disfrutó al hacerlo. («Si un médico pronostica que al paciente le queda poco tiempo de vida, eso no significa que desee su muerte.») El argumento esgrimido por Schumpeter al respecto era que la innovación capitalista —nuevos productos y nuevos métodos para producirlos— es una fuerza de «destrucción creativa» que puede en última instancia tener demasiado éxito, y por tanto ser demasiado destructiva, para su propio bien.

En la última década del siglo xx las sibilinas advertencias tanto de Schumpeter como de Marx parecían haber sido víctimas de una confusión. Con el comunismo en sus estertores finales, el capitalismo liberal al estilo norteamericano podía reinar en solitario en el mundo, quizá para siempre. «Lo que estamos presenciando actualmente —proclamó Francis Fukuyama en 1989— no es solo el fin de la Guerra Fría o un período transitorio de posguerra en la historia, sino el fin de la historia como tal; es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad.» Pero la historia no tardó en regresar con una venganza. En agosto de 1998, el caos económico de

Rusia, las crisis financieras de Asia y el pánico bursátil en todo el mundo llevaron al *Financial Times* a preguntarse si habíamos pasado «del triunfo del capitalismo global a una crisis profunda del mismo en apenas un decenio». El artículo llevaba por título «*El capital* visitado de nuevo».

La viabilidad del sistema se la empezaron a cuestionar incluso los que más se habían enriquecido con él. George Soros, el especulador multimillonario a quien se había culpado de las debacles económicas de Asia y Rusia, advirtió en *La crisis del capitalismo global: la sociedad abierta en peligro* (1998) de la necesidad de controlar el instinto gregario de los poseedores del capital antes de que pisotearan a todo el mundo:

El sistema capitalista no muestra por sí mismo tendencia alguna hacia el equilibrio. Los poseedores de capital buscan maximizar sus ganancias. Si se les deja que hagan lo que les venga en gana, seguirán acumulando capital hasta que se produzca una situación de desequilibrio. Hace 150 años Marx y Engels nos ofrecieron un análisis muy certero del sistema capitalista, debo decir que mejor en algunos aspectos que la teoría del equilibrio de los economistas clásicos ... El principal motivo de que sus predicciones funestas no se hicieran realidad fueron las intervenciones políticas compensatorias de los países democráticos. Por desgracia, corremos de nuevo el peligro de sacar conclusiones equivocadas de las lecciones impartidas por la historia. Esta vez el peligro no proviene del comunismo, sino del fundamentalismo de mercado.

Durante la Guerra Fría, cuando los estados comunistas veneraban la obra de Marx como si de unas escrituras sagradas se tratara —completas e infalibles—, los que se encontraban en el bando contrario de la lucha lo vilipendiaban por ser un enviado del diablo. Sin embargo, con la caída del Muro de Berlín, Marx se ganó nuevos admiradores en los lugares más insospechados. «No deberíamos precipitarnos a la hora de congratularnos por la derrota de Marx y del marxismo —escribió en 1994 el economista derechista Jude Wanniski—. La sociedad mundial es mucho más fluida de lo que lo era en su época, pero el proceso de renovación no está garantizado. Las fuerzas de la reacción que Marx identificó correctamente

deben ser conquistadas por cada nueva generación, una tarea hercúlea a la que se enfrenta ahora la nuestra.» Wanniski, que acuñó la expresión *supply-side economics* («economía de la oferta»), citó *El capital* como su principal inspiración para elaborar la teoría según la cual la clave de la prosperidad estriba en la producción antes que en la demanda. Como partidario del libre comercio y del patrón oro, enemigo de la burocracia y admirador del espíritu del Klondike, Marx era «uno de los titanes de la teoría y la práctica clásicas», así como un visionario genial. Según Wanniski, Marx «se acercó mucho a la verdad» al sugerir que el capitalismo portaba las semillas de su propia destrucción: «A saber: si el capitalismo requiere una competencia feroz, y dado que los capitalistas hacen todo lo posible por destruir la competencia, tenemos un sistema que es intrínsecamente insostenible, como sucede en el caso de los animales que devoran a sus crías».

En octubre de 1997, el corresponsal de economía del *New Yorker*, John Cassidy, informó de una conversación mantenida con un banquero británico que trabajaba en Nueva York: «Cuanto más tiempo paso en Wall Street —dijo el banquero—, más convencido estoy de que Marx tenía razón. Hay un premio Nobel a la espera de un economista que resucite la obra de Marx y la convierta en una teoría coherente. Estoy plenamente convencido de que los planteamientos de Marx son la mejor forma de analizar el capitalismo». Este comentario suscitó la curiosidad de Cassidy, leyó a Marx por primera vez en su vida y llegó a la conclusión de que su amigo tenía razón. Encontró «pasajes cautivadores sobre la globalización, las desigualdades, la corrupción política, la monopolización, el progreso técnico, el declive de la alta cultura y la naturaleza enervante de la existencia moderna, temas todos ellos a los que los economistas se están enfrentando de nuevo, a veces sin percatarse de que están pisando el mismo terreno por el que Marx ya transitó». Citando el famoso eslogan acuñado por James Carville para la

campana electoral de Bill Clinton de 1992 («Es la economía, estúpido»), Cassidy señaló que «el término usado por Marx para designar su teoría era “la concepción materialista de la historia”, y este está en la actualidad tan ampliamente aceptado que los analistas de todas las tendencias políticas, como el propio Carville, lo utilizan sin atribuírselo a su autor. Cuando los conservadores argumentan que el Estado del bienestar está condenado porque ahoga la empresa privada, o que la Unión Soviética se derrumbó porque no podía igualar la eficacia del capitalismo occidental, están adoptando el argumento de Marx según el cual la economía es la fuerza impulsora del desarrollo humano».

Al igual que el gentilhomme burgués de Molière, que descubrió para su asombro que había estado hablando en prosa durante más de cuarenta años sin saberlo, buena parte de la burguesía occidental absorbió las ideas de Marx sin percatarse siquiera de ello. Fue una lectura tardía de Marx en la década de 1990 lo que llevó al periodista especializado en temas económicos James Buchan a escribir su brillante estudio *Frozen Desire: an inquiry into the Meaning of Money* (1997). Como Buchan explica:

Marx está tan arraigado en nuestra forma de pensar occidental que poca gente es consciente de la deuda que tiene contraída con él. Todas las personas que conozco creen que sus actitudes son hasta cierto punto una creación de sus circunstancias materiales —«que, por el contrario, su existencia social determina su conciencia», como escribió Marx—, y que los cambios en la forma en que las cosas son producidas afectan profundamente los asuntos de la humanidad incluso fuera del ámbito fabril.

Es en buena medida a través de Marx, antes que a través de la economía política, que nos llegaron esas ideas. Asimismo, todas las personas que conozco piensan que la historia no es una sucesión inconexa de acontecimientos ... sino una suerte de proceso en el que algo humano —¿la libertad?, ¿la felicidad?, ¿el potencial humano?— deviene paulatinamente algo real. Marx no originó ese pensamiento, pero lo puso de actualidad.

Hasta los periodistas de la revista *The Economist* John Micklethwait y

Adrian Wooldridge, partidarios a ultranza del turbocapitalismo, reconocieron la deuda. «Como profeta del socialismo, Marx puede que esté acabado —escribieron en *A Future Perfect: The Challenge and Hidden Promise of Globalization* (2000)—, pero como profeta de la “interdependencia universal de las naciones”, como llamó a la globalización, puede parecer aún sorprendentemente relevante ... la descripción que hizo de la globalización sigue siendo hoy tan aguda como lo fue hace ciento cincuenta años.» El mayor temor de los periodistas era que, «cuanto más éxito tiene la globalización, más parece fustigarnos con su reacción»; en otras palabras, que Marx tenía probablemente razón al sugerir que «el desarrollo de la industria moderna ... corta de raíz la misma base sobre la que la burguesía produce los productos y se los apropia. Por tanto, lo que la burguesía produce ante todo son sus propios enterradores». Pese a todo su triunfalismo, Micklethwait y Wooldridge tenían la leve sospecha de que la destrucción creativa generada por el capitalismo global «pueda sufrir un estancamiento natural, momento en que a la gente se le agote la paciencia».

La caída de la burguesía y la victoria del proletariado no han llegado a producirse. Pero los errores o las profecías incumplidas de Marx acerca del capitalismo se ven eclipsadas y trascendidas por la precisión quirúrgica con que reveló la naturaleza de la bestia. Mientras todo lo sólido se disuelva en el aire, la vívida descripción presente en *El capital* de las fuerzas que gobiernan nuestras vidas —y de la inestabilidad, la alienación y la explotación que generan— nunca perderá su resonancia o su poder para analizar el mundo. Tal como concluía el artículo publicado en el *New Yorker* en 1997: «Valdrá la pena leer sus libros mientras perdure el capitalismo». Lejos de acabar enterrado bajo los escombros del Muro de Berlín, Marx acaso esté ahora emergiendo en todo su sentido. Todavía cabe

la posibilidad de que se convierta en el pensador más influyente del siglo XXI.

* Chaganat, o Juggernaut, procede de uno de los nombres por los que se conoce a Visnú/Krishna en la religión hindú. Sus adoradores se lanzan bajo las ruedas de un carro de dieciséis ruedas sobre el cual el ídolo de Krishna es transportado durante una procesión anual, convencidos de que así alcanzarán la felicidad eterna. (*N. del T.*)

* Moneybags en el original en inglés. Aunque las diferentes ediciones en castellano de El capital consultadas se refieren al personaje como «el poseedor de dinero», he optado por mantener esta figura, encarnación del capitalista. (*N. del T.*)

* Corresponde al capítulo 8 de la edición española consultada. *(N. del T.)*

* Corresponde al capítulo 23 de la edición española consultada. (*N. del T.*)

* Corresponde al capítulo 10, «Concepto de la plusvalía relativa», de la edición española consultada.
(*N. del T.*)

Francis Wheen es periodista y autor de *Karl Marx* (Debate, 2000), la biografía más importante del pensador alemán aparecida en los últimos años; *Hooahs and Passing Frenzies*, libro que obtuvo el prestigioso Premio Orwell en 2003, y *How Mumbo-Jumbo Conquered the World*. Todos sus libros han tenido un extraordinario recibimiento tanto por la crítica como por el público.

Título original: *Marx's Das Kapital*

Edición en formato digital: junio de 2015

© 2006, Francis Wheen

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, Carles Mercadal, por la traducción

Adaptación del diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-562-2

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La historia de *El capital* de Karl Marx

Nota del traductor

Introducción. *La obra maestra desconocida*

1. Gestación

2. Nacimiento

3. Vida posterior

Notas

Biografía

Créditos